El Olivar de Fornitura

Alfonso Cantador Alias

Tercer Finalista
"II Alféizar de Novela 2017"

Ediciones Alféizar

El Olivar de Fornitura

Alfonso Cantador Alias

© 2017

Editado por Ediciones Alféizar

Portada: Enrico Pitton

ISBN:13-978-84-947009-3-4

Sinopsis

“El olivar de Fornitura” es una novela de época que narra la historia real de Alfonso Cantador Casado (1887-1937), oficial y delegado de quintas del Ayuntamiento de Villaencina de la Jara (Villanueva de Córdoba), en torno a dos años de su vida: 1920 y 1921. Alfonso hombre con inquietudes intelectuales, amigo de Alejandro Lerroux y seguidor de las ideas de Sawa y la Institución Libre de Enseñanza, decide como otros andaluces de su tiempo -tras adir y cobrar una herencia de un olivar-, marcharse a Madrid con la idea de adquirir maquinaria y fornitura para un taller de relojería a lo que es aficionado.

Será esa la excusa que pone ante su familia para conocer a los personajes de sus sueños y vivir. El viaje es el inicio de un cambio en su vida al que la monotonía y el hastío de un pueblo le tenían postergado, y donde solo las tertulias con Nicolás y las visitas a la taberna “Casa Zaleas” le retienen. Conoce a los bohemios; encuentra el amor de Almudena y conoce el Madrid de la época donde le suceden más de una aventura junto a su introductor en la capital, Prudencio Comesaña, un viajante sin escrúpulos que a su sueldo se encargará de dilapidar toda la herencia.

Después de unos meses en la capital y un regreso forzado a Villaencina, vuelve a Madrid en busca de su amada coincidiendo con el asesinato del presidente del Consejo de Ministros Eduardo Dato en marzo de 1921, y del que es inculpado. Tras encontrar a su amada en Santa Isabel, La Casa de Dementes, regresa definitivamente a su tierra con el propósito de olvidarlo todo y empezar una nueva vida.

“La tibia fragancia de su alcoba encendía en mí, como una tortura, la voluptuosa memoria de los sentidos”.
Ramón María del Valle-Inclán

I - VILLAENCINA

Era a finales de otro otoño similar a los pasados con la idéntica languidez en el pueblo. Las campanas de la torre de granito en la iglesia principal, verdosas por el discurrir del tiempo, anunciaban una vez más con su toque sincopado la primera señal para la misa vespertina. El sonido ya impregnado a sus tímpanos, recordaba cada atardecer la finalización de la jornada de trabajo a la totalidad de los funcionarios del Ayuntamiento. Su tajo, que se encontraba en frente de ellas, no se libraba de las advertencias de las mismas y de sus avisos. Sus toques que se empeñaban en administrar la vida local, y que en el caso de doblar a muerto sonaban diferentes, sobrecogían por su mensaje a más de uno de los que componían la nómina municipal. Desde un despacho en la parte alta del consistorio cercano a donde procedía el repique, y al que separaba la esbeltez de la altura del campanario y una pequeña plaza en la que apenas había gente a esa hora, un empleado público escuchaba cada día los mismos tañidos, y contemplaba impasible como las inclemencias del tiempo cambiaban remisamente el pasillo de acacias peladas por el frío que unía la puerta del Ayuntamiento con la Iglesia. Esa tarde dos beatas de luto riguroso y con la cabeza cubierta por sendos velos negros, esperaban la apertura del templo y la llegada del párroco para recibir confesión. En la soledad de las paredes húmedas donde se recluía sin remedio el funcionario mañana y tarde, y desde la ventana amplia con reja de forja de hierro cuadrada de su negociado, veía con nitidez todo lo que sucedía en el centro neurálgico de su pueblo. Desconsolado, y desde aquel lugar maldito para él, no cesaba de repetir como cada jornada y para sus adentros, la misma sentencia:

—¡Qué envidia tan grande te profesé Alejandro Sawa y a tantos como tú por ser tan bohemios! ¡Porque vosotros si fuisteis capaces de salir de ese caparazón maldito que envuelve a muchos como a mí, y nos trasforma en hombres complacidos! ¡Qué envidia por perderos en los placeres de la vida y el conocimiento, y cómo me place vuestro bien echándolo de menos!

Desde el pasillo contiguo que llegaba a su despacho, un ujier escuchaba atónito el monólogo y sin poder evitarlo irrumpió en la estancia.

—¿Le pasa algo señor secretario? Le veo algo tecloso esta mañana —preguntó con ademanes amanerados el ordenanza que respondía al nombre de Francisquito.

—¿Me está escuchando o está usted en otro mundo? —insistía.

—¡Perdona Francisquito! Pero mi cabeza andaba precisamente ahora por el centro de España y no por estos andurriales…¿Qué quieres?

—El señor alcalde lleva esperando toda la mañana las listas de quintas de este año para su trámite, y me ha rogado que se las pida sin demorarlo más.

—Comunícale —respondió el secretario— que las tendrá preparadas Dios mediante en unos minutos.

Entre tanto, el secretario que respondía al nombre de Alfonso y que no se había inmutado un ápice con la irrupción del empleado en su despacho, se mantenía hierático en su mesa continuando como si nada a su humor y sus asuntos:

—“Las personas, son el fruto del destino. Pero si para los creyentes, éste está impuesto por el de arriba, para los que no lo son o al menos dudan de serlo, no se entiende como nacen y tienen que permanecer toda su existencia en un ambiente que no han elegido. Pero lo peor de todo es que ya no tenemos remedio”.

Mientras, Francisquito por su carácter entremetido, no despegaba oreja de la puerta del despacho del secretario municipal y delegado de quintas, hasta el mismo momento en que éste finalizó su perorata. Cuando así lo hizo, marchó sigiloso como si nada hubiera escuchado perdiéndose sin que nadie notara su presencia por las dependencias interiores y sombrías de la casa consistorial.

La mañana moría como casi todas, y la vida de Alfonso como empleado público era una vez más una historia repetida. Advertía intensamente la necesidad de la llegada de otro rumbo para su existencia. Se exigía un cambio de aires para conocer otros mundos cargados de nuevos horizontes, otros campos donde desarrollarse de forma diferente en lo profesional, y otros universos para amores prohibidos y pasiones que la angostura de su pueblo le censuraba.

Los días en la localidad cordobesa de Villaencina de la Jara se sucedían de forma monocorde. Todo era aparentemente igual. Las diferencias entre unos y otros venían dadas irremediablemente, por el propio cambio originado en el transcurrir de los meses y las consecuentes estaciones. Solo al final del verano la llegada de algunos foráneos y visitantes —con motivo de la feria del patrón en septiembre— alegraba la vida de la localidad. De esa manera la cambiaba insuflando un nuevo aire que al menos suponía un respiro

generoso pese a estar cargado de novedosas vanidades. En el pueblo difícilmente se contaba con algún que otro incidente que alterase su rutinario caminar. Algún suceso trágico cambiaba en algo la monotonía, porque raro era el año que tristemente los pozos de agua que abundaban en casi todas las casas del pueblo, se erigían en protagonistas desalmados por ser el final de algún que otro despechado o arrepentido. La llegada de otras noticias en periódicos de la capital del reino que traía el tren de vía estrecha, y que recalaban con notable retraso, era el único cordón umbilical entre dos mundos totalmente diferentes; entre la madre del progreso que para Alfonso era la capital de España, y el hijo que con dificultad se aferraba a la supervivencia en un lugar que se le hacía cada día más irrespirable y pequeño.

En el despacho amplio y gélido donde trabajaba con turnos de mañana y tarde, colgaba de la pared un vetusto y desproporcionado mapa político de España. Con el mismo viajaba Alfonso a menudo desde su imaginación y durante las largas horas muertas de tedio laboral. Todos los días lo miraba y soñaba con viajes, con poder iniciar aventuras por sus diversas regiones, y sobre todo con Madrid. Una percha para los abrigos confeccionada con patas de venado disecadas remataba la decoración y no existían más ornamentos que los que podían derivarse de los útiles propios de una oficina para el ejercicio del cargo.

La feria era un acto esperado que modificaba aficiones y despertaba curiosidades que con antelación permanecían ocultas, pero este año, Alfonso no vivió los días de fiesta como en otras ocasiones. Cierta idea persistente le invadía su cabeza y de la que ni de noche ni de día le dejaba vivir tranquilo. Posiblemente, y tras la finalización de este septiembre rutinario —otro más—, sus pensamientos y sus ideas necesitaban de un cambio profundo. Muchas tardes, a la vuelta del trabajo, Alfonso se dirigía a la estación del ferrocarril de vía estrecha inaugurada y puesta en servicio pocos años antes, para recoger algún periódico que su amigo Nicolás jefe de estación y hombre con inquietudes le guardaba, y al que había conocido casualmente en el Ayuntamiento.

Siempre que las obligaciones de este último se lo permitían, las tardes se prolongaban en animadas tertulias sobre los acontecimientos del país. Las continuas huelgas y movimientos sociales, los sucesos que acaecían más allá de las fronteras y por supuesto, la política: ¡Siempre la política! Otras tardes los encuentros de los dos amigos derivaban en dilatadas partidas de

ajedrez que no estaban carentes de suspicacias en razón de estrategias supuestamente originales puestas sobre la mesa para ganar la partida uno de ellos.

Nicolás era una persona de estatura baja y con algunos kilos de más, a diferencia de lo general en los hombres de la época. Su edad —bastante mayor comparada con la de Alfonso— y su origen del norte de España, lo delataba por su acento cada vez que abría la boca. Poseía unas buenas cualidades para la oratoria, al igual que una excelente capacidad para el dialogo y el análisis de cualquier situación del momento. Su tono de voz pausado y extremadamente rico en matices estaba dotado de una pronunciación perfecta. Esto, unido a su aspecto de hombre cabal y serio, le hacía aparentar otra personalidad bien distinta a la que la vida y el destino laboral le habían otorgado. Según Alfonso, era un "Sagasta frustrado"; no en vano muchas veces en las que el acaloramiento de la discusión alcanzaba notas altas pese a coincidir ambos en la mayoría de sus convicciones, Alfonso llamaba "Sagasta" a su amigo Nicolás con más dosis de ira contenida que de benevolencia.

—"El reinado de Alfonso XIII —decía Nicolás— es todo lo que conozco, lo más parecido a una casa de señoritas meretrices o rameras, "vulgo vulgaris putas" querido amigo. Además, con todos sus ingredientes: desenfreno, descontrol, vividores, chulos y hasta un jefe con bigote y trono que se lleva el dinero poniendo su cuerpo a disposición del manoseo de los demás. ¡No le faltan detalles! ¡Monarquía sin cabeza excrementum est! ¡Vamos amigo Alfonso, una auténtica porquería!

—¡Burdel Nicolás burdel! —replicó Alfonso— Seamos capaces al menos de mantener un léxico que aun cuando pueda resultar propio para la ocasión, no sea soez para el oído.

—¡Tú y tus continuas sentencias pedagógicas! ¡Pardiez! ¡No entiendo como no te dan de comer las escuelas con lo erudito que eres! ¡Y que sepas, que de lo dicho, dicho queda! ¡Que no me retracto lo más mínimo de mi posición sobre el tema! —sentenció Nicolás.

—Y si quieres para que se refresque tu mente pedagógica, podemos escaparnos esta tarde en el último tren a Pozoblanco, y tomarnos unas cervezas con lo que se tercie, en una taberna que me ha recomendado un viajero. ¡Y si se alargan, regresamos en el correo de la mañana!

—¡No me tientes Nicolás! —contestó Alfonso— Parece mentira que un hombre casado y con puesto respetable solo piense en el alterne...¡Vamos hombre que ya no tiene edad para pensar en

festolinas!

—¡Ni usted para perderse en ínfulas ni monsergas educativas que no llegan a ninguna parte! —respondía Nicolás— ¡Y no me hables de cargos que ya me daría a mi vergüenza de la vida descarriada que tú llevas trabajando donde trabajas! —repuso airado el ferroviario mientas se despedía con un ademán de rabia desde el fondo del almacén central de la estación.

En otras ocasiones Nicolás por tener cierto dominio del latín con determinado toque de traducción personal, y por haber estudiado en un colegio de la iglesia del norte de España, gustaba rematar sus conversaciones con alguna frase hecha a su manera en esta lengua. Alfonso, que tenía escasos conocimientos de la misma, aunque lo deducía todo por su extraordinario parecido al castellano, no reparaba en ello cuando el debate era entre ellos dos, pero sí cuando era pronunciado por Nicolás delante de otras personas porque sus palabras eran recibidas como si de verdaderos insultos se tratara.

—"In vino veritas" hermano carretero, solía decirle a un empleado de la estación cuando este último se pasaba en la bebida y hablaba hasta por los codos sin capacidad de inferir mentira alguna.

—¡No lo entiendo señor Nicolás! —respondía el mozo.

—Más o menos quiero decir, que en muchas ocasiones, el vino te hace hablar cosas que en otros momentos no te salen, y que en esos instantes las dices sin reparo ni malicia.

—Habrá sido en alguna ocasión en la que me pasé un poquito, ya se entiende, y sin ningún ánimo de insultar a nadie…—afirmó tajante el empleado.

La estación de ferrocarril de Villaencina, lugar frecuente de las tertulias, estaba ubicada en las afueras de la localidad, y en un lugar relativamente elevado, enclavado en la misma línea de separación de las cuencas de los ríos Guadiana y Guadalquivir. Este hecho, pese a tener su importancia como dato hidrográfico, era con frecuencia, motivo de risas por el hecho de realizar la gente sus necesidades fisiológicas y preguntarse a dónde habrían ido a parar, si dirección al sur de Andalucía o para Extremadura, o si por el contrario, la bondad de cada cual habría hecho compartirlas por igual en los años de escasez de agua sobre las dos vertientes.

—La noche está cayendo, amigo Alfonso, y al norte se puede advertir la raya del Guadiana, de lo que se deduce, que es posible que tengamos lluvia próximamente.

—¿Te refieres Nicolás a esas líneas de nubes que se divisa hacia

el noroeste?

—Sí. Dicen los antiguos lugareños que cuando aparece perfectamente marcada, hay lluvia segura en la zona. De hecho, lo he podido comprobar durante el tiempo que llevo viviendo en la estación y sobre todo, en los atardeceres claros del otoño-invierno —afirmó Nicolás.

—Eres un auténtico científico andante y por cierto, otro día y siguiendo con lo del tiempo, me tienes que disertar sobre las cabañuelas y su técnica.

—No lo dudes Alfonso…"Experientia docet", y has de saber igualmente que además de mi apasionamiento por la política, hay otras disciplinas como a la que te refieres que igualmente me atraen. Y lo de las predicciones meteorológicas, es una de ellas.

Cuando algún ejemplar atrasado de "El País", "El Sol" o de su edición nocturna de esa misma cabecera "La Voz", caía en sus manos cuyo contenido incluía alguna editorial sabrosa o algún ensayo sobre política que mereciera la pena, apenas si dedicaban las sobremesas a su lectura y discusión entre ambos, como si de una práctica universitaria de cualquier facultad se tratase. Otras veces, los únicos ejemplares que llegaban a sus manos eran los del "ABC" al que no parecían manifestar los dos amigos la misma afectividad que a otros.

Hubo semanas en las que Alfonso se encerraba en su habitación hasta devorar literalmente algún suplemento de los que semanalmente editaban los periódicos y que posteriormente, de forma cuidadosa, encuadernaba al uso y catalogaba. Emitía una ficha de papel y guardaba sigilosa y minuciosamente en una estantería de madera de encina, mandada fabricar por "Juanito el manco", carpintero titular de la familia.

Alfonso gustaba más en saborear los suplementos del lunes de pedagogía e instrucción pública, editados por El Sol y firmados por Lorenzo Luzuriaga inspector de primera enseñanza. No cesaba en su lectura y relectura para por un lado, poner en pie prácticas pedagógicas novedosas que aparecían y que implementaba en su escuela gratuita y altruista a la que acudían numerosos niños del pueblo de todas las edades, y por otro, gustaba de conocer nuevos avances en organización institucional y que imaginaba poderlos llevar a la práctica algún día en el Ayuntamiento donde trabajaba. No eran desechados los especiales dominicales dedicados a la ganadería que él nunca entendió, pero que se trataba del principal recurso económico de su localidad y tampoco, los suplementos de leyes y derechos que aparecían los sábados que igual que los

anteriores, daba buena cuenta incluso a altas horas de la madrugada a la luz de una de las primeras bombillas eléctricas llegadas a Los Pedroches. Su vida envuelta en una permanente lucha de insatisfacción y tedio, le pedía cambios radicales constantemente. Desde siempre no aceptó su existencia en un lugar donde sus posibilidades no le daban más de sí. Tampoco le eran gratas las faenas del campo a las que incluso de pequeño se le indujo como medio de supervivencia, pero que siempre rechazó aludiendo a que eso no era para él, y que el olor a bellota no acabaría jamás de satisfacerle. A sus treinta y tantos años, permanecía en soltería excepcionalmente para su época y bajo el techo de sus padres, lo cual lejos de resultarle ingrato, le agradaba en cierta manera pese a la insistencia constante de su madre por formar una familia y emanciparse. Tener un trabajo fijo, contar con una ventajosa formación autodidacta, y poseer una cierta reputación en el pueblo, era más que una generosa dote para llevar al altar o ante quien fuera, a cualquier mocita en edad casadera.

—¡Un día de estos te tienes que liar la manta a la cabeza y buscar novia! —le insinuaba Mariana, su madre— Estás muy bien en casa pero ya conoces las costumbres de este pueblo y eres consciente de algunos comentarios y habladurías que sobre tu soltería se oyen por las calles. Ya tendrías que estar hablando con alguna muchacha de las que conocemos porque con un poco que te descuides, te quedas “pa vestir santos”.

—¡No sea usted tan pesada madre! Todo llegará en su debido momento. Si no estoy todavía en relaciones con ninguna mujer, es porque no tengo tiempo de compartir mis ganas de saber y entender con las obligaciones maritales.

—Pero tu padre y yo —insistía Mariana— queremos que sientes ya de una vez la cabeza, que se te va a poner mala de tanto leer libros raros…y sobre todo… ¡Que me parece a mí que tienes que ir dejando las visitas nocturnas a las “maturrangas”! ¡Qué te conozco hijo! ¡Que ese vicio te va a originar algo malo y el día menos pensado te buscas unas purgaciones que te llevan para el otro lado!

—¡Por favor madre que uno es mayorcito para saber lo que hace y como lo hace! ¡Y que no tengo ganas ni de monsergas ni de sermones mañaneros, hombre! Déjeme tranquilo, que ya tomo yo mis precauciones.

De toda la familia y amistades eran conocidas las escapadas de Alfonso y sus variopintas aficiones, pero que respetaban dada la posición del personaje, a sabiendas de conocer de buena mano que como mozo soltero y con dinero, frecuentaba de vez en cuando

ciertos locales de vida alegre de la comarca y de la propia Villaencina. Ser hijo único en su época, lejos de ser una situación ventajosa por lo que esta pudiera parecer, suponía un esfuerzo solitario en mantener y costear a sus padres y dicha situación determinaba a pesar de la libertad de movimientos de Alfonso, ser dependiente de una familia que le frenaba sus aspiraciones en ciertas ocasiones, y sus quimeras otras.

II - LA VISITA

Los últimos años de la segunda década del siglo XX para España eran agitados en lo político, e inestables en el movimiento social y obrero. Nicolás había trasmitido desde que conocía a Alfonso unos ideales próximos al republicanismo y afines a las ideas del político de la campiña cordobesa Alejandro Lerroux, aunque más moderados en las formas y sin intenciones ni manifestaciones absolutamente radicales. El político andaluz creaba corriente de opinión y seguidores, y había captado la atención de Alfonso en infinidad de ocasiones. Muchas de las tertulias que se originaban en la estación entre los dos amigos, e incluso con algún trabajador o jornalero más que se unía excepcionalmente a ellas, lo tenían como base y centro de sus debates. También y cuando estas reuniones no se formalizaban espontáneamente junto al tren, Alfonso y Nicolás las buscaban en la barbería de un familiar del primero que se erigía como otro de los centros clave del pueblo donde afloraban las ideas y que en más de una ocasión, las broncas como consecuencia de las discrepancias políticas, terminaron como el rosario de la aurora. Casualmente habían llegado a sus manos algunos escritos del afamado político, a los cuales les daba una y otra vez lectura, asintiendo a casi todo de lo que en ellos se promulgaba.

—¿Te das cuenta amigo Nicolás? ¡Otro Alejandro! —insistía Alfonso— Parece una perfecta carambola, pero muchos de mis ideales de esta vida parece que están presididos por el nombre de este santo varón. El año próximo cuando llegue su día por febrero tendríamos que rendirles homenaje.

—Si te refieres a Sawa y a Lerroux —contestó Nicolás—, ¡lo del homenaje que acabas de pronunciar, me parece una perfecta estupidez! ¡No te conozco! Aunque mejor visto, bien podrías un día de estos invitarme en persona a departir con ellos…

—¡Eso es casi imposible! El uno porque murió hace diez años justos en Madrid, y el otro porque debido a su inagotable dedicación política, sería imposible abordarle y hablar con él, aunque fuesen un par de minutos. ¡Ya me gustaría a mí poder hacerlo!

Nicolás se guardaba un gran secreto que jamás en su vida desveló a Alfonso. En cierta ocasión y con motivo de los

movimientos y altercados producidos por los trabajadores ferroviarios, conoció en persona a Lerroux en Córdoba y contrajo con él un compromiso personal: hacer una visita a Los Pedroches en la primera ocasión que se le pusiese a tiro, y con la excusa concreta de conocer el trazado de vía estrecha que por allí acababa de ponerse en funcionamiento. De paso Lerroux conocería el Centro Republicano obrero que se terminaba de remodelar y el comité del mismo, en el que Nicolás participaba en calidad de secretario. La mediación de Nicolás y sus requerimientos llevados en secreto hacia la persona de Alfonso, hicieron por fin que una mañana el telégrafo anunciase en la estación, que Lerroux llegaba a Villaencina al día siguiente, y mucho tiempo después de haber sido invitado por Nicolás sin obtener respuesta afirmativa. Ese mismo día, Nicolás diseñaba una estratagema para solicitar la presencia de Alfonso en la estación coincidiendo en la hora de la llegada del tren de Lerroux, y de este paso, sorprenderlo gratamente en su rutina cotidiana y que le transmitía en persona en una de sus visitas vespertinas.

—Me han enviado una nota firmada por el director comercial y encargado de mercancías de la estación de Córdoba, donde se me indica que remiten al consistorio de Villaencina, una colección de libros y manuales de disciplina escolar importantes. Me ruegan encarecidamente, que esta ha de ser exclusivamente recogida y firmada por un funcionario de alto rango de ese Ayuntamiento.

—Si te parece bien —continuaba el ferroviario—, y como tú entiendes de esas cosas, te pasas a primera hora antes de las nueve que es cuando llega el tren correo y los recoges. De esa forma, podrás incorporarte rápidamente a tu puesto, aunque el motivo bien te vale una licencia de unas horas que podríamos aprovechar para echar una partidita de ajedrez que lo tenemos abandonado…

—¡No, no, lo siento en el alma! ¡He de ser breve! —contestó Alfonso—, no me detendré nada más que lo necesario en recoger la mercancía. Mañana tengo que cursar y tramitar unos documentos que vencen en esta fecha, y no puedo dejar de terminarlos de ninguna de las maneras.

—De paso —continuaba Alfonso—, aprovecharé y me llevaré algo de prensa para leer si es que viene, y con ella cuando acabe la faena pasará el día en un abrir y cerrar de ojos.

El encuentro sería fugaz, al igual que el saludo nada más bajarse del tren correo tirado por la locomotora de vapor al que había acudido, con el ánimo de ver y compartir no más de dos o tres horas por fin con uno de sus seguidores más fieles y admirado.

—¡Salud, compañero Alejandro!

—¡Salud, camarada Nicolás! —contestó secamente el político extendiendo su mano derecha para estrecharla a la de su amigo— Alfonso, al que Nicolás había llevado al encuentro como a una celada, fue invitado a acercarse al primer vagón del convoy para recoger en persona su encargo y maldecía en su interior por la patraña que le orquestaba su amigo. Pese al júbilo que experimentaba en esos momentos, no podía creer como había sido engañado igual que a un niño pequeño, y tampoco como podía tener delante suya a uno de sus personajes vitales en carne y hueso.

—Te presento a otro admirador tuyo y que desconocía por completo tu presencia entre nosotros esta mañana. Se llama Alfonso y entre otras cosas tiene la sana costumbre de leer hasta devorar literalmente todo lo que sale de tu pluma…

—¡Bienvenido por estas que también son sus tierras, paisano! —indicó a modo de saludo Alfonso todavía aturdido por la sorpresa.

—¡Gracias amable lector! Ya tendremos la oportunidad de discutir sobre esos escritos, si no hoy porque el tiempo apremia, en alguna otra ocasión en la que nos volvamos a encontrar.

—No dilatemos más los preámbulos y vayamos directos a lo que nos trae por aquí. ¿Dónde es esa la reunión con los compañeros del comité local?

—Si me lo permite, podría acompañarlo yo mismo —contestó Alfonso.

—¡Eso! —argumento Nicolás— Yo iré a recogerte dentro de un par de horas y ahora permite que te acompañe este joven con inquietudes que trabaja al lado del lugar donde mantendréis la pequeña asamblea.

—El encuentro estimado don Alejando —se apresuró a aclarar Alfonso—, se celebra en la sede del Centro Republicano que se encuentra en la Plaza de la Constitución en el centro de nuestro pueblo, y a la que gustosamente podemos acceder a pie, aunque esté a una distancia mediana. No obstante, el paseo es grato dado que el día así lo permite, y por el camino podríamos intercambiar pareceres.

—No lo demoremos —asintió Lerroux.

El recorrido hasta la localidad se hacía en aproximadamente veinte minutos, los cuales para Alfonso, serían de más agradables de su existencia. No paró de hacer preguntas sobre cuestiones con marcado carácter político y social, a los que Lerroux, con su destacada y veteranía dialéctica, daba respuesta argumentando con razonamientos cargados de sinceridad hacia el amigo recién

conocido. No cabía de alegría poder tener a su lado e incluso llevar asido de su brazo en algún instante, al mismísimo líder republicano al que tantas y tantas veces leía y hablaba en la soledad, y con el que tanto y tanto aprendía y se sentía identificado.

Las circunstancias por las que Alejandro Lerroux había recalado en Villaencina amén del compromiso con Nicolás, eran ciertamente alarmantes: una huelga general de los trabajadores del campo planeaba con paralizar toda la actividad económica de la comarca, y con poner patas arriba y en entredicho, el sistema económico agrario latifundista. Por otro, la situación general del país con un paro ferroviario en puertas y una huelga casi general en los servicios de correos y telégrafos, hacían que los ánimos estuviesen alterados en muchos sectores y en la mayoría de la gente. La distancia entre la estación y el pueblo se haría extraordinariamente corta esta vez frente a lo duradero y cansado del resto de las ocasiones, que casi a diario, era recorrida por Alfonso. Un olor a cebolla y calabaza cocida, y a los avíos propios de una matanza que se estaba preparando en alguna casa cercana, inundaba la primera calle del municipio por donde discurrían. En la puerta de una de las casas unos sacos de rafia prensaban bajo el peso plomizo de una enorme losa de piedra la cochura que esperaba enfriarse para ser tratada. En esa misma calle Pedroche llamó la atención al visitante la arquitectura de las casas de granito adinteladas del mismo material y con inscripciones en algunas de ellas, mientras el susodicho olor a berza cocida y especias, no desaparecería hasta bien adentrados en el pueblo. Nada más llegar al centro y al local establecido para a este tipo de actos y que también hacía las veces de casino, Alfonso se limitó a saludar en la puerta al comité de bienvenida y presentarles al invitado, y a la vez, excusarse por motivos laborales de no poder asistir a la reunión. La misma sería efímera. Casi un hola y un adiós, ya que las decisiones que se abordaban estaban más que establecidas y la falta de tiempo por los compromisos del político no permitieron extenderse en el acto.

De regreso a la estación, esta vez acompañado por Nicolás, los dos coincidieron en las necesidades de cambio y mejora para una zona asfixiada en lo económico. Lerroux no cesó en dejar constancia de las verdaderas necesidades de un cambio radical en el campo pedrocheño, máxime cuando los argumentos de los que bebía el líder republicano y que se comenzaban a implementar en otras partes del país como Cataluña, podían recalar perfectamente en estas tierras sobre todo en lo referido a la mecanización para la mejora en la producción agraria y ajustes en la jornada laboral de

los trabajadores. Antes de despedirse Alejandro sacó de un pequeño maletín de piel marrón que siempre le acompañaba, un par de ejemplares de esa misma semana de El País, que entregó a su amigo y anfitrión Nicolás pero con la severa advertencia y el expreso deseo de ser cedidos una vez leídos a Alfonso del que en determinada ocasión le había hablado su compañero y del que hoy había tenido la fortuna de poder conocer.

Un hasta pronto compañeros bastó como único argumento de despedida cuando la quejumbrosa locomotora de vapor iniciaba la marcha en la playa de vías con destino a Peñarroya desde donde enlazaría con Córdoba y la capital del reino. Todo en ese día se sucedió con celeridad. Apenas tres horas habían transcurrido entre la llegada del primer tren correo y su marcha hasta el punto de origen sin que en ningún momento se perdiese de vista la problemática de los trabajadores del campo de la comarca, y acabase con la promesa firme de volver a encontrarse con mucha más calma para retomar temas pendientes.

Los días posteriores pasaron sin apenas novedades importantes desde la visita de don Alejandro como se empeñó en llamarlo Alfonso, y solamente en un par de ocasiones pudieron encontrarse los dos amigos para evocar la fugaz aparición de su líder y amigo.

—¿Cómo estuvo Lerroux en su charla en nuestro pueblo Nicolás?

—¡De sobra conoces lo que planteo! —respondió Nicolás— ¿Quieres que te regale otra vez el oído?

—Sabes con exactitud señor ferroviario, que a la misma hora de su discurso, tuve que despachar con mi alcalde, y lo que pudo ser un hermoso día para mí al escuchar en vivo a nuestro dilecto Alejandro, no ha pasado de conocer algunos planteamientos que hizo por medio de uno de los asistentes al acto que tampoco me lo resumen con la facilidad que usted dispone.

—¡Esta bien! Ahí van los tres pilares de su discurso —que por cierto—, basta con leer la prensa nacional y verás cómo en casi todos los lugares donde recala los repite con vehemencia:

Uno: “La nacionalización de la tierra”; dos: “La mejora del transporte público en especial el ferroviario”; y tres: “La necesidad de dotarse de más presupuesto público y un impuesto único para una mejor regulación fiscal”.

—¡Lo de siempre!, Alfonso, lo de siempre…

—¡Que Dios se lo pague don Nicolás! ¡Usted siempre tan crítico y racional! ¡Eres un verdadero regalo pedazo de cabrón! ¡Gracias por tu síntesis perfecta! —recriminó enfadado Alfonso mientras le daba la espalda y se alejaba.

El trato entre los amigos era de máxima confianza y raras veces el insulto cariñoso al que acudían mutuamente solícitos, derivaba en injuria seria si alguno de los dos veía como sus intereses o planteamientos políticos o éticos eran pisados.

Tres días más tarde en un tercer encuentro tras la llegada del político, Nicolás llevó a casa de Alfonso los dos ejemplares de periódico entregados en la visita y a los que este último, daría cuenta del mismo modo que un chiquillo ávido de chucherías otorga a una golosina dulce que le llega a su alcance.

La venida del ideólogo cordobés Alejandro Lerroux al pueblo, estuvo acompañada de otra venida menos grata y mucho más dolorosa: un severo cuadro de artritis gotosa o "gota", acompañó a Alfonso durante los días que precedieron el encuentro con el político republicano. Ésta, sin saber ni cómo ni por dónde aparecería, se prolongó por espacio de un mes aproximadamente hasta desaparecer por "motu propio" y sin la ayuda de ningún galeno de turno, que dicho sea de paso, no guardaban las simpatías del secretario no tanto por la existencia de alguna causa de índole profesional o personal de estos, sino más bien, por el hecho de que pudieran descubrirle o diagnosticarle algún mal grave o sin remedio. En el fondo, Alfonso tenía mucho miedo a las enfermedades y prefería no saber nada de ellas incluso en las conversaciones cotidianas. Muchas veces las páginas de la prensa donde apareciesen referencias a males o desastres, las pasaba de largo como si no estuviesen impresas. Sin embargo, Alfonso era buen aficionado a la buena mesa, pero sobre todo, a aquella en la que predominase la generosidad y la abundancia más que lo delicado y lo sutil. En más de una ocasión los excesos le habían causado algún que otro dolor de cabeza y barriga, aunque en estas ocasiones el mal no asustaba.

—¡Has tenido una visita real! —recriminó con sarcasmo su amigo Nicolás.

—Es sin duda, una forma de acercarte a la monarquía querido amigo y por cierto… ¿Has visitado al médico?

—No lo he hecho apreciado Nicolás ni lo haré; de sobra me conoces y sabes cómo soy y cómo pienso —replicó Alfonso—. Confío que con algo de abstinencia en el "comercio y el bebercio" desaparecerán paulatinamente los síntomas que no me dejan vivir.

—¿Y la cerveza a la que tanta afición le has tomado últimamente?

—¡Ni catarla Nicolás! ¡Ni catarla! ¡Puedes creerlo!

Alfonso no era un bebedor en exceso, pero por aquellos años la

cerveza que se empezaba a introducir en la comarca, principalmente en determinados convites y por medio de algún establecimiento aislado, estableció un hermanamiento muy estrecho con él y que le acompañaría hasta el resto de sus días.

III - LA MUERTE

Saber que uno es irremediablemente mortal, y teniendo la razón de tu parte, es motivo más que suficiente como para pasarse toda una vida pensando obsesionadamente en ello. Jamás hubo habitante en Villaencina, ni seguramente en ninguna villa de Los Pedroches, con más miedo a morirse y a la muerte que Alfonso. Nadie de los que le conocían estrechamente, podía comprender cómo una persona con una cabeza tan privilegiada, sintiese pánico cada vez que los hilos de las conversaciones tejían en torno a ese asunto. Su padre, enterrador municipal, no entendía el miedo de su hijo a algo a lo que habitualmente estaba él acostumbrado por oficio y beneficio. Tampoco pudo entender jamás Alfonso, el empeño inusitado de su progenitor por acompañarlo a su trabajo cuando era pequeño. Ninguno de los niños de la calle y de sus amigos solían ir de la mano con sus respectivos padres a sus faenas, por lo que ir con el suyo casi a diario a un cementerio, suponía estar permanentemente nombrándole "la bicha" y metiendo dosis cada vez más grandes de "jindama" a un niño asustadizo y débil en estos menesteres. No se acostumbró jamás a ese mundo de llantos, huesos y olores nauseabundos, sobre todo, cuando los rigores del calor así lo deseaban o cuando las cremaciones periódicas así lo establecían. Tal vez ese miedo a la muerte que le acompañó hasta la llegada de la suya, habría de tener su origen en el trabajo de su padre. Siempre le acompañó en todas las etapas de su vida; menos mal que solo en una ocasión sonada, coincidiendo con la construcción del nuevo cementerio de Villaencina, y sobre todo merced a la duración de sus obras por causa de cuestiones económicas, apaciguó temporalmente el temor y esa obligación velada por ir y venir al camposanto que tanto sufrimiento le ocasionaba. Lo que peor llevaba en esas visitas, era sentirse por un momento solo sin compañía de ningún adulto en el pequeño cementerio de San Gregorio anterior a la inauguración del nuevo. Si por algún motivo se quedaba sin nadie a su alrededor, o si para colmo de males la tarde era ventosa o sencillamente oscura, no podía remediar el pánico que le invadía, y que en alguna que otra ocasión, le haría refugiarse agazapado en medio de sudores fríos, temblores y alguna que otra descomposición de vientre repentina,

en el interior del confesionario de madera de la ermita que le daba nombre al camposanto sin poder nunca olvidarlo.

—Es posible hijo mío, que algún día retomes el trabajo de tu padre —insistía una y otra vez su padre—. Es un trabajo tranquilo y para cómo están los tiempos, y lo poco que dejan los olivos, este oficio da dinero para vivir sin apreturas.

—Si tú quieres —insistía el padre de Alfonso—, un día de estos hablo con don Martín el alcalde, y don Miguel el párroco del pueblo, y les propongo que cuando yo deje el puesto te quedes con mi plaza de enterrador…

Alfonso cuando oía estas palabras de boca de su progenitor o incluso en ciertas ocasiones de su propia madre, prefería ser tragado por la tierra y servir de alimento a sus entrañas, a pensar que de por vida tuviera que verse rodeado de tumbas, panteones y cadáveres. En cierta ocasión y siendo pequeño todavía, alguien de la vecindad, y en una de las noches calurosas de verano en la que tomaban el fresco en la calle, le habló de la propiedad de los huesos de verse en la oscuridad. Su cabeza desde ese momento no se detuvo formando auténticas entelequias sobre el asunto. Algunos días, en los que alguna faena les sorprendía al atardecer junto a los enterramientos, el fósforo iluminado de los huesos de los cadáveres que solamente Alfonso veía resplandecer en su imaginación, daba aún más un carácter tétrico y misterioso al cementerio, y esa noche, la visión fantasmal de fenómeno no le dejaría dormir pensando que en cualquier instante un esqueleto de los que su padre sacaba para incinerar, se vengaría de ellos por no dejarlos reposar eternamente y haría acto de presencia en su cuarto para solicitar una explicación por entrometerse en su intimidad. Tampoco el día de los Santos en noviembre, y de los fieles difuntos al día siguiente, el obligado ir y venir al camposanto al que se veía sometido como cualquier niño de la época, le libraba de volver a recordar todos los instantes vividos en ese lugar. La inauguración del nuevo y amplio cementerio en agosto de 1906, tampoco le eximió de recordar los momentos y las pesadillas pasadas. Menos mal que ese día y con motivo del acto, las autoridades municipales terminaron después de bendecir el santo lugar, agasajando a los que habían tenido la entereza de asistido al evento, con dulces, licores y refresco de limonada para los niños en las dependencias del Ayuntamiento y de esta forma, endulzar la amarga realidad a la que vivía adosado.

Para colmo poco después sucedería un hecho que también marcaría a Alfonso para siempre. Un amigo con posibles económicos, le había pedido un favor a su padre ya que había

mandado estudiar medicina a uno de sus hijos a Granada, y sentía la necesidad de que el chaval se familiarizase con huesos humanos y rompiese el miedo, que igual que Alfonso tenía a los muertos. De paso igualmente, practicaría anatomía en especial con una calavera limpia y preparada al efecto. Tomás había prometido traer algunos huesos para enseñarlos a este conocido suyo incluida la calavera, y antes de dejárselos, paso un momento por su casa donde se encontraba Alfonso. Éste no pudo resistir la tentación de niño curioso, y en un descuido de su padre, conseguía abrir el pequeño cofre de madera a modo de urna osario en el que venían los restos humanos. Como quiera que la operación la hizo al atardecer y con poca luz, además de a solas, el susto que este se llevó, le hizo salir precipitadamente de la estancia en la que se encontraban los huesos y correr, llorando y tembloroso a refugiarse bajo el ancho refajo negro de Mariana, su madre.

—¡Un día de estos te matará la curiosidad como al gato!, querido hijo.

—Tienes que aprender a no meter las narices donde no te importa, ya que en más de una ocasión, te llevarás algún que otro chasco, y espero que tu padre no se entere de lo que ha pasado porque de lo contrario, no confiará en ti de aquí en adelante por el hecho de tocar las cosas que no son tuyas.

Pero no solamente esa anécdota marcaría a Alfonso, puesto que años más tarde, habiendo incluso empezado a trabajar en el Ayuntamiento, el amortajamiento y posterior velatorio del vecino de la casa de abajo, volvería a alimentar sus miedos en relación a los difuntos y la indeseada parca. El abuelo Gregorio era delgado y fino como los filos fríos de las navajas de Bueno, y como a cada persona de edad avanzada tarde o temprano le llega su hora, esta le sorprendería una noche de primavera, después de la cena, y antes de disponerse a dormir, en un momento de quietud en el que el único sonido que se escuchaba en la calle era el del ladrido en la lejanía de unos perros, llamaron a la puerta de su casa con aires de urgencia:

—¡Tomás! ¡Mariana! ¡Salid corriendo que el abuelo Gregorio está en las últimas y toca ya con sus coyunturas a las puertas del cielo! —gritaba la hija mayor del anciano y vecina de éstos.

—¡Llama al médico! ¡Ve en busca de don Fermín que a esta hora lo coges en su casa! —contestó Tomás—, mientras, nos haremos cargo nosotros de tu padre… ¡Alfonso, vente conmigo!

Mientras avisaban al médico, Alfonso y su padre, entraban en la habitación primera del cuerpo derecho de la casa donde Gregorio

yacía cadáver y encorvado por los dolores de sus achaques encima de la cama. Su rostro amarillo anunciaba a voces su muerte reciente.

—¡Échame una mano Alfonso! —demando nervioso el padre—, hemos de tenderlo en el suelo hasta que llegue la funeraria porque como se enfríe no habrá manera de meterlo en la caja.

Alfonso al escuchar esas palabras prefirió una vez más que se lo tragara la tierra al hecho de tener que portear y tocar un cadáver, que aun siendo el de un conocido suyo, le provocaba tal repudio y sensación de miedo, que con los ojos cerrados y las piernas temblando sacó fuerzas de flaqueza hasta depositar al difunto agarrándolo por los tobillos boca arriba y con las manos cruzadas sobre su abdomen encima de una manta en el centro de la habitación.

—¡Ayúdame a hacer el nudo! —demandó Mariana a Alfonso, mientras con un pañuelo grande de seda rodeaba la cara para evitar el rigor mortis y la consecuente apertura de la boca en el cadáver— ¡Acércate hombre que el pobre Gregorio no te va a hacer nada! —insistía la madre.

Al poco tiempo llegó el médico del pueblo que nada hizo sino asentir desde la puerta la muerte del viejo, y a la par, empezaban a acudir las gentes de la calle para acompañar a la familia del fallecido en tan amargo trance. Como quiera que fuera una familia corta, toda la noche velaron el cadáver de Gregorio acompañados por muchos vecinos, y a Alfonso, le tocó sentarse en una silla de las muchas que llevó la vecindad para la ocasión, justo enfrente del mismo como si alguien lo hiciera a conciencia. Hasta que amaneció y llevaron café, marcándose así el término del velatorio, toda la noche la paso sin abrir la boca, que al igual que la del difunto, parecía estar sujeta con otro pañuelo o algún resorte que le impedía su movimiento. El pánico al que estuvo sometido por los rituales y las costumbres, sería una de las peores experiencias acontecidas hasta ese momento de su vida. Toda la velada se sintió extrañamente observado por un muerto que en el silencio de la noche, daba la sensación de susurrarle algún secreto para que fuese guardado celosamente por una persona joven con la que de niño, gustaba gastar alguna que otra broma. Pero el paso de los años no fue capaz de atemperar ni de manera leve esa visión aterradora que sobre la muerte y la profesión de su padre tenía Alfonso. Había fechas en el calendario, que volvían a recordar todas las pesadillas y los terrores de la infancia. Cierto año, cuando Alfonso ya tenía cierta posición social en el Ayuntamiento y en Villaencina, y con

motivo de la festividad de todos los Santos, viviría un hecho lamentable con un vecino de la localidad con el que a raíz del mismo, le uniría en amistad durante todos los años de la vida de ambos.

La mañana era un calco de casi todas las anteriormente vividas en este día; neblina, lluvia intermitente y frío, mucho frío del noviembre típico en Los Pedroches. La costumbre obligaba a los habitantes del pueblo a acicalar y limpiar nichos, tumbas y panteones, y desde primeras horas de la mañana un río de gente iba y venía al camposanto cargado con artilugios para la limpieza y faroles o mariposas de aceite para iluminar las sepulturas. En los alrededores del cementerio abundaban los vendedores de flores y arropías, que daban un tono algo más jocoso al color triste y gris que envolvía la jornada. Los chiquillos ataviados ese día de un negro riguroso y con bufandas y gorros de lana calados hasta las orejas para combatir la gelidez de ambiente, eran los que tenían la encomienda de montar guardia y vigilar las tumbas. Detrás, el encargo expreso de encender con cerillas el fuego de las luminarias que se apagaba de vez en cuando por una ráfaga de aire, y algún que otro aguacero inoportuno e impertinente que calaba hasta los huesos y hacía mucho más insoportable el paso de la jornada. La calle Conquista, que llevaba directamente hasta el cementerio, se presentaba algo más animada que en otras ocasiones. Los negocios, sobre todo la taberna de Zaleas, duplicaban ese día su venta de cafés, licores y aguardientes por causa de la inclemencia del tiempo. Nunca pudo Alfonso olvidar esas imágenes, y al recordarlas años después, una especie de frío húmedo le recorría todo el cuerpo sin poder evitarlo provocándole escalofríos y tiritones de los que aunque fuese en pleno agosto no podía evadirse.

Cierto año y en ese día, un trabajador del pueblo que se ganaba el sustento haciendo recados en la estación del tren y que respondía al nombre de Teófilo, había terminado su faena por ser festivo mucho antes de lo habitual. Como la mañana no estaba muy agradable en lo climatológico, antes de partir a su casa recaló en el bar La Estrella para tomar unas copas de anís seco de Rute y matar de esa manera el gusanillo. Entre tanto, polemizaba acaloradamente con un parroquiano sobre el rótulo que bajo el dibujo de una estrella presidía la fachada principal del local. Ahí se anunciaban en letras mayúsculas y de considerable tamaño: “CAFÉ, TES, VINOS, AGUARDIENTES Y LICORES”, dudando con inusitada sapiencia de sus procedencias y calidades como si de un verdadero experto se tratara. Como el día había sido corto en cuanto al trabajo debido a

la festividad, Teófilo se alargó en la ingesta del mencionado licor y bien entrada la mañana, procedió a recoger de la estación los escasos bultos que el segundo tren correo de la jornada había dejado. A vuelta de la misma y como los rigores gélidos del clima proseguían, paró en casa de Zaleas poco antes de las doce del mediodía, donde prosiguió su particular combate con el frío. Esta vez a base de vermú, y a renglón seguido con unos generosos medios de vino de Villaviciosa. Teófilo que no era muy dado a la comida, y con el estómago vacío sufrió rápidamente los envites del alcohol y de su mezcla. Estos se apoderaron de él haciéndole perder momentáneamente la cabeza, y enajenándolo temporalmente en un día tan señalado. Sobre las dos de la tarde en medio de una gran concurrencia de la calle por donde discurrían las gentes al cementerio, y en la puerta de la taberna, protagonizó un episodio que dividió rápidamente a los presentes entre risas y abucheos y entre encomios y detractores dado el día que era. Anulado por una cogorza descomunal, Teófilo comenzó a pregonar a viva voz sus servicios profesionales:

—¡Se dan portes baratos al camposanto, señores! ¡Baratos!

—¡Carretilla a bajo precio para visitar a los muertos! —continuaba en mitad de la calle tambaleándose.

—¡Un respeto Teófilo! —profirió un vecino que le conocía y le increpó por la bochornosa estampa que derivaba de su ebriedad.

—¡Que no tienes ni raya de vergüenza! —decía otro.

—¡Dejadlo al pobre que disfrute…que es lo único que le consuela! —manifestó una anciana al parecer vecina suya.

—¡Deja a los muertos tranquilos y vete a dormir la borrachera! ¡Sinvergüenza! —profirió una señora de luto que igualmente presenciaba los acontecimientos.

—¡Los muertos son todos amigos míos! —balbuceó Teófilo casi sin tenerse en pie— ¡Y si me doy al alpiste y me harto de vino hoy es por ellos! —continuó.

Hasta los oídos de Alfonso llegó el espectáculo que estaba dando Teófilo y como le pillaba de paso a su casa, no dudó en presentarse en la taberna para intentar poner orden en la caterva dado el carácter influyente que tenía como trabajador municipal, y tratar de acallar al personaje que estaba montando el espectáculo.

—¡Está usted formando un alboroto bochornoso sin parar de decir barbaridades! —recriminó enérgicamente Alfonso— ¡Como siga así y no pare, mando llamar a los municipales, y le aseguro que en dos o tres días no sale del calabozo del Ayuntamiento!

—Lo que tú no sabes figura —contestó a duras penas y casi sin

tenerse en pie Teófilo—, es que lo hago porque me acuerdo de todos ellos y por qué estoy muy solo en este mundo.

—¡Estará solo en su casa, pero no en el pueblo! —replicó Alfonso—, porque hay muchas personas que le aprecian y que le quieren aunque usted no se dé cuenta.

—¡Suelte la carretilla! ¡Que no se la va robar nadie hombre! —y cójase del brazo que le llevo a mi casa hasta que se reponga.

Teófilo a duras penas por mantenerse erguido, se desató en llanto y se abrazó a Alfonso en medio de la multitud que dividida presenciaba los hechos.

—¡Suéltese hombre que nos caemos! —dijo Alfonso—, cuando se le pase todo ya hablaremos de hombre a hombre y por la carretilla no se preocupe, que nadie la tocará de la puerta de Zaleas.

—¡Es usted un santo don Alfonso, no volveré a hacer esto, se lo juro! —repetía una y otra vez Teófilo entre sollozos de niño mientras intentaba besarle las manos.

Un vecino se ofreció a ayudarle a llevarlo a su casa, y de esta manera terminar con el episodio que ponía colofón a la jornada restando protagonismo a la festividad que se celebraba. Por el camino, Teófilo aficionado a las corridas de toros, no cesaba un momento de balbucear sin apenas entendérsele una palabra:

—¡Yo me compro mañana un traje de torero en Córdoba! ¡Lo mío es ser banderillero de los buenos! ¡Viva Lagartijo y que en gloria esté!

—De momento —interrumpió Alfonso—, lo que vamos a hacer es dormirla y mañana todo se andará. ¡Ya hablaremos otro día de toros, que hoy no estamos ni para capeas amigo mío!

En los días siguientes no se paró de comentar el asunto por todo el pueblo, y aunque el protagonista del suceso olvidaría rápidamente lo acontecido una vez dormida la sacramental melopea y apaciguada convenientemente la resaca, algunos vecinos no pudieron remediar la tentación de recriminar la actitud de Teófilo en ese día y erigirse en fiscales sobre una persona que por su afición desmesurada a la bebida, perdía con demasiada frecuencia el control pero sin atentar ni maltratar sino a su propio cuerpo.

IV - EL CARRETILLAS

El episodio inaudito del día de los Santos de ese año, propició el comienzo de una gran amistad entre Alfonso y el protagonista del sainete callejero grotesco acontecido días atrás. Teófilo era todo un personaje local. Por unas perras gordas, hacía de recadero, mozo de estación, correveidile, y todo lo que le supusiese un ir y venir sin descanso por las calles del pueblo para de esta manera ganarle la batalla a las horas de cada día y a su soledad. ¡No sabemos qué haría por un puñado de duros! —decía Alfonso a sus amigos en cierta ocasión— Desdeñado, fumador de picadura empedernido y con los dedos amarillentos por el tabaco y enormes gafas de culo de vaso, gustaba pegar hebra en las conversaciones de Nicolás y Alfonso de las que casi nunca participaba ni entendía, pero cuando lo hacía era para soltar tal exabrupto que, como decían en el pueblo, "tiraba una acera de casas". Comía poco porque según él mismo, "comer era de pobres", pero cuando así lo hacía, era a resultas de que alguien conocido le aportase condumio en algún lebrillo pequeño al uso, o le rellenase al paso por alguna casa del vecindario el azafate blanco y desconchado de loza que a modo de caja de herramientas llevaba siempre atado a la parte delantera de su destartalada carretilla. No tenía más empleo que el que le proporcionaban los viajeros que llegaban o salían de la localidad, y el que le mandaban por encargo algunos comerciantes locales a la hora de recoger o entregar determinada mercancía. Cuando Alfonso no podía acudir a la estación del ferrocarril y aprovechando que "El Carretillas" tenía que hacer su ruta diaria para el traslado de bultos o mercancía menuda que llegaba en los escasos trenes diarios al casco urbano, Teófilo acercaba amablemente hasta las dependencias del Ayuntamiento los ejemplares de prensa que eran proporcionados por Nicolás, y que posteriormente serían objeto de frecuentes tertulias entre los dos amigos, las cuales, no estaban exentas de alguna que otra acalorada pelea dialéctica que casi siempre terminaba de buenas maneras o con un simple: "váyase usted al carajo don fulanito".

—¡Que sepa usted don Alfonso, que en este pueblo, vivimos muchos talentos! —sentenciaba una tarde Teófilo.

—No me digas Teófilo —respondió Alfonso.

—¡Si, es verdad! ¡Lo que sucede, es que casi nadie nos entiende!

—Tal vez ocurra que no reconocemos las aptitudes de muchos vecinos, o que solamente por el hecho de vivir al lado de nuestra casa, no valoremos ni demos crédito a ellas —contestó Alfonso.

—Nunca desde que nos conocemos don Alfonso, le he visto llevarse un cigarro a la boca. Dicen que el tabaco es costumbre de hombres fuertes, y usted al menos así me lo parece, aunque no le veo que practique esta afición —insistía el Carretillas.

—¡Ni lo ves Teófilo, y no creo que de momento lo veras jamás! Desde que de América vino, nadie de mi familia tuvo la osadía de habituarse a su uso y por lo tanto a su vicio. No creo que aporte más que perjudique. ¿No te has dado cuenta de las toses mañaneras con las que te presentas algunos días a la estación? ¿O acaso no has visto tus dientes y tus dedos amarillentos, por no hablar de lo que le afecta a tus nervios y a tu tranquilidad?

—¡Exagera usted! Para mi es lo que más felicidad me aporta en mi soledad, solo es comparable con la compañía de una buena dama de vez en cuando…bueno, muy de vez en cuando...ya sabe… ¡Ya no está uno para ciertos menesteres a diario!

—Si dejaras el tabaco todo te iría mejor Teófilo, incluso en el asunto del que me hablas, te defenderías mejor. Por cierto, me han llegado a los oídos, y no te enfades, que en tus últimas visitas a Casa de la Pastora, no cumpliste como un caballero. Si te quitas de ciertos vicios o mantienes el vino con moderación y la picadura de liar en la misma medida, todo iría de otra forma.

—¡Me cago en la pena negra y en san Apapurcio del Campo! —gritó Teófilo— ¡Quién ha dicho eso! ¡Mentira cochina! Las malas lenguas de este asqueroso pueblo pueden más que una plaga don Alfonso. ¡Yo armo todavía como burro entero, que lo sepa! ¡Y no entiendo cómo le han llegado a sus mentideros esas cosas que pienso que no salen de cuatro paredes!

—¡No digas barbaridades! —dijo Alfonso— Esto es pequeño y aquí nos conocemos todos. Tú no te preocupes por las habladurías del vulgo amigo Teófilo, ¡anda! ¡Cuídate que ya dejaremos esta conversación para otro momento!

—Antes de despedirnos quería comentarle un asunto —indicó Teófilo algo más calmado por el incidente derivado de la conversación anterior—. Un día de estos me tiene usted que inventar algún adminículo autómata, bien de cuerda o a vapor, como las locomotoras que llegan a diario a Villaencina, para que vaya sustituyendo a esta vieja carreta con ruedas de madera y que tan gratamente me da de comer, pero con la que con el paso de los

años, me cuesta más trabajo convivir y como sucede con las mujeres, se está volviendo cada vez más pesada de trato…

—¿Por qué quieres inventos a estas alturas, Teófilo? —respondió Alfonso

—Es que el señor Nicolás me ha enseñado en la estación un aparato que sale en el periódico de hace unos días retratado, y que es como una especie de casa con ruedas y raíles por donde baja el rey de España a la playa en San Sebastián y parece resultar muy cómodo. ¡No sabe usted lo que mi carretilla me hace sufrir! Y ya que he visto ese invento, me he acordado de usted y de su capacidad para el ingenio.

—¡Anda, anda! Déjate de inventos reales que todo eso no es más que propaganda…De todas formas —insistía Alfonso—, todo se verá y se estudiará, amigo Teófilo. Por el momento habrás de conformarte con lo que la providencia y el destino ha puesto en tus manos. La ciencia y la técnica avanza a pasos agigantados a estas alturas de siglo, pero hoy por hoy, lo único que puedo inventarte es esta cesta de morcillas que me han regalado en el Ayuntamiento y que quiero compartir contigo. Además, ahí va también una tira de tocino añejo que bien valdría, en pequeña cantidad, para alimentar los ejes de las ruedas de tu vetusta carretilla y aliviarte en menor grado de su peso y del interminable dolor de oídos que produce por sus chirridos.

Teófilo asentía impasible al agasajo de Alfonso, pero aun así, su mente que siempre quería emular a la de su amigo, no paraba de dar vueltas en torno a los inventos. Cuando éste recogía las viandas, volvía a cuestionar a Alfonso sobre cuestiones de inventiva:

—¡Pero lo que estoy seguro que usted no sabe cuál es el mejor invento en la historia del mundo!

—La verdad —contestó Alfonso—, es que me sorprendes y ahora mismo no caigo.

—¡La taberna don Alfonso! ¡La taberna! —gritó casi extasiado Teófilo.

—¡No tienes remedio! ¡Cógete la cesta y desaparece de mi vista antes de que cambie de opinión!

—¡Bueno hombre no se enfade! Además, no sé cómo agradecérselo, ¡usted siempre tan generoso con todo el mundo! ¡Ah, por cierto, se me olvidaba! El señor Nicolás le envía estos periódicos y me comenta que le recuerde que son ya varios días los que no sube a verlo a la estación. Tampoco sabe si es que está usted muy ocupado con sus lecturas o su escuela, o es que sigue todavía malo con la gota.

—Le dices al señor ferroviario, mi querido Teófilo, que esta misma tarde haré todo lo posible por acercarme a verlo, y le anuncias de paso, que el “Mal Real” acaba de abandonarme sin avisar.

—¡No entiendo don Alfonso! —exclamó con extrañeza Teófilo.

—¡Tampoco es necesario! Coge ya la cesta y estas monedas, y no olvides de engrasar con el torrezno la carretilla y de comentarle todo lo que te he dicho a Nicolás. ¡Con dios!

Teófilo se despidió de Alfonso asintiendo con la cabeza y con la boca humeante y ocupada por un destartalado y abetunado cigarro liado. Además, mantenía el convencimiento que haría todo lo que le propuso este a sabiendas de que se trataba de uno de sus mejores clientes, y en el fondo tal vez, uno de los pocos amigos que por su edad y carácter le quedaban en Villaencina.

V - EL OLIVAR

Los años pasan sobre las personas lo mismo que el devenir de los días y las noches sin que seamos capaces de detener el tiempo. Los padres de Alfonso se hacían mayores y con ello las necesidades que ese hecho les iba planteando eran cada vez más intensas. Pese a todo, la existencia en el pueblo para cualquier ciudadano, parecía discurrir mucho más tranquila que en otros espacios vitales. Por aquellos días de finales del diecinueve habían decidido vender, o al menos, dar alguna salida rentable, el olivar que tenían procedente de herencia familiar y que por las ocupaciones del hijo y por la avanzada edad de los mismos no podían atender directamente. Tampoco les merecía la pena dejar en arrendamiento a algún lindero o vecino de Villaencina, puesto que las rentas estaban por los suelos o las malas cosechas que se habían recogido en las últimas campañas. Una noche a la vuelta del trabajo y de sus paseos con Nicolás, mientras cenaban a la luz de un farol de petróleo una exquisita chanfaina hecha con carne cerdo de una matanza de la vecindad a la que Mariana había ayudado como era costumbre entre los vecinos de la calle, los padres hicieron público la idea que tenían sobre el destino del olivar:

—Creemos, Alfonso, que podríamos vender los olivos, porque como sabes, llevarlos por nuestra cuenta es una carga a la que no nos quedan fuerzas para responder, ni tiempo por la tuya. Hogaño además, la cosecha no ha sido buena —comentó Tomás.

—Me parece una idea que tendríamos que pensar un poco por si tiene otras salidas —contestó Alfonso.

—Las salidas las sabes tú de sobra hijo, no están los tiempos para vivir de las rentas...

—De todas formas —insistió el hijo—, puedo enterarme en el Ayuntamiento si hay alguien con ganas de compra. Aunque bien pensado, la solución podría ser buena y nos aportaría unos ingresos con los que no habíamos contado antes.

Tal pecunia iba a redundar en una economía familiar sostenida por una nómina corta de funcionario municipal, y por el ingreso de tres o cuatro perras por la reparación de algún que otro reloj de los pocos que se conocían en el pueblo en el pequeño taller de relojería que poseía. Al margen, la asignación escasa que como enterrador le

tenía otorgada el Ayuntamiento a su padre era insuficiente, y tampoco la escuela que voluntariamente montaba todos los veranos para los hijos de los más necesitados del pueblo que no le rendía una sola peseta de ganancia sino gastos en material y tiempo.

La finca en cuestión se encontraba relativamente cerca del municipio y en el término de otra localidad cercana a Villaencina. Tenía aproximadamente seiscientos olivos en tierra de pizarra y secano en su mayoría jóvenes y con una producción en cada cosecha no muy abundante. Disponía de un caserío pequeño con pocas comodidades más allá de un cuarto y una chimenea para la candela, pero que en la práctica lo hacía habitable. Un buen pozo a su alrededor y una pequeña huerta, servían de manutención al casero, "el Tío Miguel", pariente cercano a la familia y tío segundo de Alfonso, que cuidaba del mismo durante el año viviendo solo. De la misma manera, y con carácter temporal, procuraba alojamiento a la familia de varios miembros que allí se cobijaban durante la recogida de la aceituna entre diciembre y enero. Como no era un medio de subsistencia que diera mucho de sí, la economía y la despensa de dicha familia se complementaba con el cuidado de una piara de quince o veinte cabras y con el engorde de uno o dos cochinos dependiendo de la bonanza del año para su matanza en época de recogida.

Antes de vender los olivos, Alfonso decidió organizar una pequeña juerga a la que solamente llevaría a un par de amigos entre los que se encontraba, más por compasión que por cualquier otro motivo, Teófilo "El Carretillas", y por su puesto Nicolás.

Una tarde en la estación Alfonso comentaba la idea con sus amigos, requiriendo a la vez ideas o consejos para la mejor celebración del convite:

—¡Tengo, amigo Teófilo, una paletilla de bellota preparada que he sacado a un cortijero a buen precio, que si nadie lo remedia, caerá con pan del pueblo y vino manchego!

—Eso no lo dude, don Alfonso —replico Teófilo—. ¡No me pierdo yo un mojete de ese calibre por nada del mundo! ¿Cuándo lo celebramos?

—Nos iremos con un carro el sábado al amanecer y si todo va bien, el domingo, cuando caiga el sol estamos de vuelta, y tomando unas copas en La estrella.

Uno de los padres de un alumno de la escuela de Alfonso, en gratitud por sus servicios, le había ofrecido en multitud de veces un pequeño carromato tipo faetón aunque más bajo y con cuatro ruedas de madera al que iba uncida una burra menuda "la Morena",

y que porque nunca lo había necesitado para ninguna actividad, jamás osó abusar de la generosidad de este vecino. Ahora pensó que era un buen momento para aceptarlo, y como no era mucha carga la que soportaría el jumento, creyó oportuno utilizarlo a modo de trasporte.

—De paso comunicaré al tío Miguel la venta del olivar, pero he de comentarle igualmente, que puede estar tranquilo. El nuevo dueño me ha confirmado que puede seguir en las mismas condiciones en las que está con nosotros, por lo que la relación enfitéutica en la que está inmerso se mantendrá al menos hasta que él mismo lo decida.

—¿Mande? ¿Relación "enfi" qué? —preguntó rápidamente Teófilo al escuchar el término jurídico—.

—¡Nada, nada! —aclaró Alfonso—, algo sobre la cesión del caserío y que ya te explicaré en otra ocasión…

—¡Eres un perfecto retórico! —se apresuró a replicar Nicolás— ¿No te das cuenta que tienes delante de ti a dos iletrados y que no entendemos la mitad de "los palabros" que utilizas por mucho que yo presuma de latín? ¡O ahora mismo nos explicas lo que has dicho —continuó malhumorado Nicolás—, o te aseguro que no te hablo en todo el fin de semana!

—¡Sois unos exagerados! Perdonadme por el concepto, pero me refería solamente a que el tío Miguel puede disfrutar de por vida o a largo plazo de la cesión del inmueble en los olivos ¿Lo comprenden los señores ahora?

—¡Perfectamente! —contestó Nicolás— ¡Agradecido al sabio y docto caballero!

—¡Eso! ¡Ahora lo cojo! ¡Es que habláis muy fino, leche¡ Y uno no entiende —recalcó Teófilo mientras sacaba de su chaquetilla raída un pañuelo de tela y se secaba la frente del sudor provocado por el esfuerzo en tratar de descifrar el concepto por el que se había referido anteriormente Alfonso al tío Miguel y no por el calor del día.

Sobre el precio recibido por la venta del olivar nunca fue del todo sincero Alfonso. Lo cierto es que obtuvo en mano y en metálico, no menos de seis mil pesetas de la época pagadas por un lindero, precio que fue pactado por este y por su propietario y ciertamente mejorado en su cantidad por el hecho de hallarse las fincas unidas con la única separación de un arroyo que en tiempos de fuertes lluvias, impedía el paso entre ambas.

La burra "Morena" no pasaba de diez años de edad. Joven todavía si tenemos en cuenta que algunos de los de su misma

especie acompañaban a sus amos hasta los cuarenta. Su dueño contento por la decisión de Alfonso de aceptar utilizarla esos días, se permitió en un momento de euforia y por ser la primera vez que el maestro de sus hijos aceptaba algo de lo mucho que le ofrecía esta familia, comunicar una sola recomendación a éste:

—Ante cualquier tozudez de la bestia, don Alfonso, hay que responder con un buen varetazo en el lomo o en el testuz, y a la misma vez y para recuerdo y mejor efecto, acompañar el golpe con alguna blasfemia fuerte. De esa manera en la próxima ocasión que haga algo raro, al oír el animal la blasfemia de turno, este acatará la orden y responderá rápidamente sin necesidad de llegar a la segunda parte del proceso, es decir, a recibir el palo.

—¿Se entera usted don Alfonso del procedimiento?

—¡Perfectamente! Confieso que es la primera vez que manejaré un vehículo con alguien tan disciplinado y obediente como quien tira del carro. ¡La escuela debería tomar ejemplo!

—¿Está usted diciendo que las escuelas están plenas de pollinos o burros verídicamente? —replicó con energía Teófilo.

—Tú lo dices... ¡Y no habría nada más que pasarse un rato por ellas para descubrirlo!

La taberna de Zaleas en Villaencina abría temprano sus puertas. Era el lugar de encuentro de muchos trabajadores y personal relacionado con el campo generalmente. Un olor agradable entre café recién hecho y aguardiente, se mezclaba con el humo de los cigarros de picadura liada que los parroquianos apuraban con afán. Había sido el lugar elegido para quedar antes de partir al olivar y todos los componentes del viaje menos uno, acudiría a la hora acordada a la cita. Con puntualidad exquisita de factor ferroviario o de funcionario con celo en su profesión, aparecieron al unísono Nicolás y Alfonso, mientras que Teófilo hombre dado a excesos solitarios, no había llegado todavía a la reunión ni era de la partida, cuando ya los dos primeros tomaban un café cargado y comentaban el retraso del mismo.

—Su tardanza —comentó Nicolás—, deberá ser ocasionada a que la noche anterior y en otra taberna del pueblo, “la zorra”, ha estado alternando con varios vecinos.

—Es posible que se haya pasado esta noche un poco con el pirriaque —comentó Alfonso.

—Estoy seguro —apuntó Nicolás—, que anoche apenas si le dio tiempo de alcanzar la puerta de lo perjudicado que iría, y cayó rendido en el primer cuerpo de su vivienda.

Alfonso, conocedor a la perfección de las virtudes y defectos de su amigo el Carretillas, nada más verlo entrar en la taberna de Zaleas le recriminó:

—¡Anoche te pasaste con el vidrio Teófilo! Seguramente que te ”habrán lamido los perros el hocico” —expresión que se utilizaba con las personas que faltas de control absoluto por causas de una generosa borrachera caían al suelo o dormían en el mismo.

—Un poco solo don Alfonso, ya sabe…empezamos por cuestiones de vecindad y acabamos por las alturas y en cuestiones del Universo mismamente —repuso Teófilo.

—¡Vamos hombre! ¡Que os dio por arreglar el mundo sin contemplaciones! —remarcó Nicolás.

—¡Eso, eso! Que con el arreglo del mundo se nos fue la olla y nos olvidamos del reloj y de las citas. Ustedes saben que yo siempre cumplo con mis obligaciones; lo que pasa es que lo de anoche fue un lío don Alfonso. ¡Vaya!

—¿Cuándo puñetas me vas a dejar de hablar de usted y de don Teófilo?, —que te lo he dicho ya mil veces. ¿No te das cuenta que incluso eres mayor que yo? —insistió con vehemencia Alfonso.

—¡Eso nunca! ¡No señor! —indicó con rotundidad Teófilo moviendo enérgicamente la cabeza de lado a lado. Una persona instruida y con un cargo importante en el consistorio como usted, se merece ese trato de por vida, no lo dude…. Además, ¡no me sentiría cómodo con otras formas de llamarle! Y a parte, que con mi manera de hablarle no creo que falte a nadie, ¿verdad? Incluso —continuaba Teófilo—, es usted tan diferente a todos los que conozco vistiendo siempre elegante sin ropa de pueblo o de campo. Tampoco nunca va mal presentado, no usa prendas con costurones o remiendos, y los zapatos o las botas según sea verano o invierno impecablemente embetunados. ¡Siempre bien acicalado! ¡Sí señor! ¿Cómo quiere que le trate igual si es completamente distinto nada más que por su porte?

—¡Como gustes Teófilo! Ahora tómate el café que después de tanta charla te lo van a tener que volver a calentar de nuevo —matizó Alfonso mientras apuraba en una copa una palomita de anís con agua de un trago pequeño.

Teófilo había hecho casi sin darse cuenta, una descripción exacta y precisa de su amigo. Entre tanto, Nicolás departía con el encargado de la taberna y mientras abonaba la cuenta, le solicitaba puesto que se vendían en el establecimiento, una navaja de Bueno y una botella de vermú de la casa para llevarlas a modo de presente al tío Miguel.

Una vez abandonada la taberna emprendían el camino hacia los olivos envueltos todavía en la oscuridad de la noche que se tornaría en día a las afueras del pueblo entre el antiguo Barrio del Cuartel y La Zorrera, porque que en las mañanas de primeros de octubre los amaneceres eran tardíos.

El carro iba provisto de una arroba de vino de Villaviciosa envasada en una de las primeras garrafas de cristal que habían llegado al pueblo protegida por una funda hecha con tiras de esparto trenzado, y con cuatro asas repartidas equidistantemente para sus trasportes.

En un costal de paño tres panes bazos grandes que Teófilo se había encargado de comprar en casa de Manolito el panadero en la calle Pérez, que seguramente resultarían más que suficientes para el abasto, y que con toda probabilidad acabarían alimentando más a las gallinas y perros del tío Miguel que a sus porteadores. En otro costal en el lateral del vehículo un buen puñado de tomates y cebollas de la huerta que Nicolás cuidaba meticulosamente en la estación, una barrica de madera redonda no muy grande con sardinas arenques y la paletilla de jamón adquirida por Alfonso. Y en una cesta de mimbre colgada en los varales del carro, una orza de lomo en pringue protegida con paja para preservarla de los vaivenes regalada a Teófilo por cierto recado resuelto con más presteza de lo habitual esa misma semana. Junto a los presentes que le llevaban al tío Miguel, se encontraban un par de latas de dulce de membrillo mandado por un compañero del Ayuntamiento de Puente Genil a Alfonso. El presente obedecía a un favor por unos papeles solucionados entre las dos administraciones locales, y que Ramón, que así se llamaba el pontanés, había enviado con esmero. En las casas de Villaencina muchas familias preparaban en peroles de cobre la carne de membrillo, si bien, el toque de calidad aportado por los fabricantes de la campiña cordobesa, era distinto al que tenía el elaborado en tierras pedrocheñas, que sin duda, agradaría al tío Miguel que tuvo fama de dulcero y goloso en sus años en el pueblo.

El sol del otoño besaba ese día tenuemente con sus rayos las encinas de la dehesa en las primeras horas de la mañana. Llegados a la altura de la Vega de la Reina, y al pasar el puente donde se terminaba la parte más ancha de la carretera de tierra, el camino se hacía más angosto y farragoso a una legua de distancia de Villaencina. Un escuerzo enorme del tamaño de medio melón y de color verde aceituna, cruzaba con su piel babosa y escurridiza con cierta rapidez el sendero en busca de refugio hacia un albañal de

una de las paredes de piedra del camino. Ante el asombro de los viajeros y el resoplido seco de “la morena”, Teófilo preguntó:

—¿Le pego un peñascazo al bicho don Alfonso?

—¡Deja vivir al batracio puesto que es de vida errante como la tuya! —respondía.

—No me he enterado de nada…pero si usted dice que lo deje, lo dejo —refunfuñó el Carretillas.

En ese instante, Nicolás sacó del bolsillo la navaja de Bueno con cachas de cuerno de venado que le habían comprado al tío Miguel, liada en papel de estraza con la intención de enseñarla a los demás. Mientras, Teófilo fumaba con ansia y sin parar cigarros cada vez peor liados como consecuencia de su impulsividad hacia el tabaco y los traqueteos del carromato. Este último no había abierto la boca desde que salieron del pueblo nada más que para soltar un fuerte insulto a la burra Morena con la intención de mejorar su ritmo de marcha pocos minutos antes del encuentro con el escuerzo. En un claro de la conversación que mantenían Alfonso y Nicolás, y cuando solo se oía de fondo el crujir del carro y el graznido de alguna urraca en la lejanía, Teófilo profirió una sentencia que sorprendía a todos dado el carácter poco hablador del mismo:

—¡Cuanta desgracia nos asola a los pobres! ¡Y qué desgraciados somos joder!

Alfonso y Nicolás se miraron boquiabiertos sin dar crédito lo que acababan de escuchar sin saber muy bien donde quería llegar Teófilo, o al menos, qué quería comunicarles.

—¿Estás bien Teófilo? —preguntó Alfonso— ¿Quieres decirnos algo y no te salen las palabras?

— ¡No! —contestó—, es que al ver la navaja que llevamos al tío Miguel, he recordado con gran esfuerzo algo… ¡Pero que no lo pongo en pie hombre! Y que tiene algo que ver con los pobres y las navajas.

—Intenta acordarte y suéltalo de una vez —dijo Nicolás—, o al menos dinos dónde lo oíste por si entre todos podemos enmendarlo.

—¡Me parece que fue una murga! —dijo rápidamente— ¡Sí, en los carnavales de este año! ¡Eso una murga que hablaba de los trabajadores, la política o las navajas! ¡Qué sé yo! ¡Estoy hecho un lío ahora mismo!

—Deja, deja Teófilo —apuntó Alfonso—, que entre tu poca memoria y la resaca que llevas, no lo vas a enmendar hasta que se te refresque la cabeza. Ya recuerdo yo a la perfección la letra de la murga que ahora quieres traer a escena. Se trataba del carnaval del dieciocho. Una murga que por cierto tubo más repercusión de lo

que nos creemos e incluso apareció en la prensa provincial.

—También la recuerdo yo perfectamente —apuntó Nicolás—, la verdad es que fue un acontecimiento en el pueblo por las repercusiones que tuvo… ¿La cantamos a dúo Alfonso?

—¡Proceda don Nicolás!

Los dos amigos sin pensarlo dos veces y con la intención de refrescarle la memoria a su amigo Teófilo, y en un alarde de vocación coral no exento de desafino entonaron:

"La política es una cochina que la guardaba un porquero, y por eso los de arriba le dan por saco al obrero". ¡Vamos al estribillo señores!

"Ay que graciosos que somos todos los pobres, que vendemos nuestro voto por hacer navajas de cuerno de hombre". ¡Repetimos!

—¡Yo también! ¡Yo también! —insistió Teófilo que hasta el momento no había participado del espectáculo.

La sesión carnavalesca servía para animar algo más el camino antes de reponer fuerzas, y de paso introducir a Teófilo en la conversación debido entre otras cosas, a sus pocas dotes para la charla.

Sobre las dos horas de viaje decidieron parar en la sombra de una frondosa higuera que encontraron en el camino. El día apuntaba calor y como había un pozo en el margen derecho del camino, dispusieron detenerse un rato y aprovechar para dar de beber a "la morena", a la vez que tomar un tentempié puesto que la venta de la tía Juana, quedaba todavía lejana y el calor del membrillo empezaba a sentirse. Alfonso abrió con cuidado la caja redonda y comprimida de madera que contenía las sardinas arenques disponiendo a continuación un jarrillo de lata para el Villaviciosa, para que pasase mejor la vianda y no se fuera a atragantar ninguno de los expedicionarios. Una vez repuestas las fuerzas por parte de los cuatro —incluida la burra—, y adquiridos nuevos bríos por la virtud del oloroso, emprendieron la marcha sin interrupción hasta la llegada al olivar con el compromiso de no detenerse en la venta de la tía Juana al alcanzar la Pizarra con algún reparo expuesto por Teófilo pero acallado por los demás esgrimiendo la necesidad de no dilatar la duración del viaje.

El camino tardaría en recorrerse en torno a las cuatro horas y hasta su final no pararon de hablar y reír los tres sacando a relucir los asuntos locales principalmente, y en especial, el referido a la juerga del alcalde y el baile protagonizado por el mismo ese año en una casa de citas local que sería motivo de escarnio en el carnaval próximo.

En la puerta de la casa ya en el olivar, el recibimiento corrió a cargo de “Paco”, un perro de aguas del tío Miguel negro como un humero, que tenía el mismo nombre de otro can asiduo a las corridas de toros por esas fechas en Madrid, y al que el destino por mediación de un “matarife aficionado”, le tenía preparada una muerte a estoque sin ser astado. Un estruendo de ladridos hizo salir precipitadamente al morador del caserío alarmado y provisto de una horca de madera en la mano temiéndose la visita de bandidos o asaltadores de campos. Solamente cesaron los ladridos del chucho cuando una orden tajante y seca torno el estrépito, en amabilidad y gestos cariñosos del animal hacia los visitantes. ¡Como si los conociese de toda la vida!

—¡Qué alegría más grande Alfonsito! ¡Nunca me pude imaginar esta visita! —dijo el labriego.

—¿Cómo está usted tío Miguel?

—¡Sano y fuerte como una encina centenaria! ¡Qué sorpresa! ¿Qué tal el camino?

—¡El viaje de maravilla!, ninguno de mis acompañantes ha puesto el más mínimo reparo sino a la hora de retirarles el jarrillo de vino o negarles la parada en la venta de la tía Juana a la entrada de la Pizarra —comentó Alfonso.

—¡No me vea el rechinar de dientes y el mal rato pasado por estos cuando vieron que no se detuvo la expedición en dicho establecimiento!

—¡Eres un cachondo! —repuso Nicolás, rojo por el sol y el morapio— ¡Si nos has traído a palo seco todo el camino!

—No haga caso al personal tío Miguel que es muy exagerado, y que por cierto, le han dado un buen susto a la garrafa de vino de tanto sobarla.

—¡Pasad pasad! —dijo Miguel—, tomad un poco de agua fresca que ahora mismo matamos un gallo y os lo preparo frito con ajos y en su sangre.

—¡Yo no me acerco mientras ese perro, con más pelo que un pollino pizarrero, no esté atado y a buen recaudo! —gritó Teófilo enfadado y con cara de preocupación desmesurada.

—Por si no lo saben —continúo—, tengo más miedo a esos bichos que a la propia muerte. ¡No puedo remediarlo! ¡Ea! Y eso desde muy chiquitito, cuando un piojoso chucho callejero me mordió en una pierna a la puerta de mi casa sin más ayuda y consuelo que el de mi pobre madre que en gloria esté, y que pudo contener a la fiera y lograr espantarla, a base de escobazos. Menos mal que estaba derritiendo pringue en una olla en la estufa de

carbón para hacer jabón, y se le ocurrió lanzársela al perro que si no… ¡No me suelta el asesino!

—¡Tranquilízate Teófilo! Desconocíamos por completo todo eso, ni tampoco lo de tu pánico a estos animales —contestó Alfonso.

—¡Aléjate chucho sarnoso! O de lo contrario, no respondo de mis actos —vociferó Teófilo.

—Sosiégate hombre —replicó Alfonso intentando poner un punto de calma a la situación provocada por Paco—, que el animal ya no hará nada más que sobarte si así lo deseas.

—¡Ese bicho alimaña no se me acerca a mí ni por todo el oro del mundo!

—Descuida Teófilo —contestó Miguel—, este perro es más listo de lo que todos nosotros nos creemos y ya sabe por lo que escucha, que aunque no te tendrá a ti por amigo, bien mereces su respeto.

—¡Tate! ¡Tate! Señor Miguel, que eso pensé yo del otro, y si no llega a ser por la pringue ardiendo de la olla de mi difunta madre ¡Me come entero el canalla!

—Por cierto —preguntó Nicolás—, ¿qué fue del pobre perro quemado por su señora madre?

—Nada supimos del mismo —contestó Teófilo—. Salió corriendo con el rabo entre las patas en dirección al cementerio, y no le vimos más el polvo por el pueblo. ¡Por chulo y mordedor! ¡Eso! —sentenció Teófilo.

—Bueno —interrumpió Alfonso—, dejemos el asunto del perro y cuidemos las formas que hemos venido aquí a divertirnos y no para lanzar desplantes ni difamar de nada ni nadie ¡Aunque sea de un desagradable can!

—Descarguemos el carro para tomarnos algún tentempié, que ya va siendo hora y vamos a dejarnos de monsergas, que a nadie y menos al tío Miguel le interesan.

El tío Miguel, por zanjar el tema definitivamente, se apresuró rápido a atar a Paco con un ramal trenzado de esparto al chaparro de la entrada, y para no molestar en absoluto a nadie, comentó mientras ayudaba a descargar el carro sus condiciones de docilidad y cariño cuando se le ganaba la confianza, a la par, que su valentía y su decisión cuando el amo así se le requería.

—Usted perdone tío Miguel —continuo Teófilo—, pero me quedo ya tranquilo al ver a la fiera amarrada…yo creo que esta gente de cuatro patas, huele mi debilidad y el miedo que les profeso y por esa razón me ladran.

—Os aseguro que no molestará y ahora, dejadme que os prepara algo de comer.

—Por la comida no se moleste Miguel —dijo Nicolás en nombre de todos—, hoy será usted el invitado. En el carro traemos suficientes víveres como para que no tenga que cocinar al menos hasta el lunes.

—¡Es que, si no, perdemos la costumbre! —replicó.

—Al menos hasta el domingo por la tarde que pensamos quedarnos, usted no va a hacer nada que no sea acompañarnos y no encender la candela si no por si refresca esta noche. ¡Ah, por cierto!, le traemos un regalo.

—No os teníais que haber metido en nada Alfonsito puesto que de nada necesito —reprochó enérgicamente el tío Miguel—. Bastante tengo ya con lo que me otorgas tu familia y tú al cederme techo y tierra para vivir; el resto me lo dan los olivos y la soledad...pero, ¡puñetas, cuéntame novedades del pueblo! Son ya varios años los que pasan sin pisarlo, y lo poco y único que se de él, es lo que me cuenta de tarde en tarde el arriero de Montoro que me suministra cada semana el pan y los coloniales, y que a fuerza de viajar y viajar, tiene siempre nuevas para contar de los lugares y pueblos en los que se mueve.

—En ocasiones me acerco al cortijo en el que Lucena, el panadero del pueblo amasa y vende, y a la par que me traigo pan, me informo de novedades. Algunas veces, más de tarde en tarde, me alargo a la venta del Aguadul donde suelo charlar con algún paisano que se encuentre por estos mundos de dios y que me ayude a mitigar la falta de conversación que la soledad me otorga.

—La verdad es que casi nada importante pasa por Villaencina, tío Miguel —respondió Alfonso—. La vida en el pueblo parece que no avanza. Casi todo sigue más o menos igual a como usted lo dejo cuando decidió abandonarnos—repuso Alfonso.

—Pues entonces, nos tomamos ese vermú que habéis traído y que sea lo que el señor quiera.

El tío Miguel había llevado una vida azarosa en Villaencina durante los años de su estancia en el pueblo. Sin estudios de ningún tipo pero instruido en las reglas elementales, había tenido varios oficios casi siempre relacionados con el campo. Fue casero, administrador de fincas, porquero, guarda de monterías…Llegó a juntar por su condición ecónoma, y al no frecuentar tabernas ni locales de gasto de ningún tipo, algunos cuartos interesantes con los que pretendía formar una familia al lado de una mujer de la que se había enamorado perdidamente, más por cuestiones de vecindad que por otra cosa. Ese sería el gran error de su vida. Todo estaba preparado para su boda. El ajuar de ambos bordado y planchado

por las respectivas familias, la casa comprada y casi lista para compartir, el convite de bodas encargado a uno de los principales taberneros del pueblo, una alacena de madera color castaño oscuro y un pequeño armario adquiridos con gran esfuerzo…todo listo para el casamiento, sin saber que el destino le tenía reservada una jugada maldita que marcaría toda su vida.

Una tarde de finales de primavera, calurosa y soleada, Miguel volvía de las faenas del campo y antes de dirigirse a la casa de sus padres con los que convivía como era costumbre hasta desposarse, decidió pasar por la casa que estaban preparando para la boda con la intención de depositar unos aperos que había adquirido recientemente y que venía de recoger del almacén que se los había suministrado. La vivienda se ubicaba en una de las calles principales de la localidad, próxima al centro de la misma y en aquellos momentos, estaba muy concurrida por las gentes que entraban y salían de las tabernas y de algún establecimiento de coloniales que se situaba en la misma. Al acercarse a ella observó cómo la puerta estaba abierta y ligeramente encajada con una silla de enea recién restaurada, por lo que pensó que Lucia su futura esposa, se encontraba allí en labores de limpieza o colocando algún objeto de los que ya le habían anticipado a modo de ajuar. Nada más traspasar el umbral de la puerta y desde el lado izquierdo de la casa compuesta por dos cuerpos, escuchó unos gemidos que rápidamente le llevaron al pensamiento la idea cabal de lo que realmente estaba sucediendo. Avanzó unos pasos y desde la puerta de la habitación observo como yacían en la cama de matrimonio su novia y un primo segundo suyo, en actitud lujuriosa y acalorada, amándose apasionadamente como él nunca pudo haber imaginado y tampoco había tenido la oportunidad de experimentar con ninguna mujer, y menos con Lucía. La impresión fue brutal; la voz no le salía del cuerpo y no era capaz de articular ninguna palabra, pero cuando recuperó la misma y fue capaz de decir algo congruente, en segundos, exclamó con voz temblorosa:

—¡Terminad! ¡Terminad! ¡Desvergonzados! ¿Esa era la sorpresa que siempre me dijiste que me tenías reservada para la noche de bodas? ¡Pedazo de zorra macuquera! ¡Os mato ahora mismo a los dos! Entre tanto la pareja de amantes intentaba cubrirse con una sábana aterrados por el pánico generado por la situación, mientras Miguel empuño una hoz de grandes dimensiones que tenía al lado de la habitación con el propósito te cometer un horrendo crimen, y a su vez, con la idea fija de darle muerte allí mismo a la pareja de amantes. De repente algo pasó por su cabeza de manera fugaz y que

le hizo cambiar súbitamente la idea del asesinato. En el mismo armario de la habitación de la coyunda recordó que había guardado unos cohetes y algunos petardos de la última celebración de san Miguel el patrono del pueblo, decidiendo que en vez de matarlos, poniendo fin a los hechos de una forma tal vez excesivamente rápida e impenitente para los amantes, optaría porque fuera el mismo pueblo quien los juzgase por su acto de adulterio a sabiendas de que quedaban pocas horas para la boda. Se abalanzó sobre ellos con la hoz y los mismos medio desnudos por lo imprevisible de la situación, salieron a la calle gritando llenos de pánico y con los rostros desencajados, momento este en el Miguel, comenzó a lanzar cohetes y petardos encendidos por un mechero de yesca que siempre llevaba enganchado en la correa de cuero que le hacía las veces de cinturón, produciéndose un enorme alboroto entre gritos y estruendos. Esto como era previsible, llamó la atención a numerosos vecinos que no daban crédito al espectáculo nada habitual en la localidad. Las puertas de las casas próximas empezaban a abrirse por infinidad de curiosos y chiquillería, las tabernas cercanas se quedaban vacías y los clientes salían a la calle para no perderse el teatro callejero montado en pleno centro de Villaencina. Un arriero con sombrero de ala ancha y blusón azul marino que tiraba de un mulo romo blanco con aguaderas de esparto y madera cargadas de tiestos de loza amarillenta, pasaba en esos momentos por la calle. En uno de los estruendos ocasionados por los múltiples cohetes lanzados al aire y como consecuencia del ruido ensordecedor a que estaban siendo sometidos todos los presentes, el mulo comenzó a dar coces a diestro y siniestro asombrándose y comenzado a esparcir botijos, lebrillos y cántaros en un radio de veinticinco o treinta metros. Dos niños de corta edad que presenciaban los acontecimientos próximos al animal, y lejos de apartarse de éste, arremetían a pedradas contra los tiestos que quedaban en pie en el suelo dañados o ilesos con increíble tino, mientras su dueño el arriero, imploraba al cielo y al diablo ante tal calamidad, y pedía que alguien calmase a las dos fieras fuera de sí. Una pareja de municipales del cuerpo de guardia del Ayuntamiento acudieron prestos componiéndose las correas y sujetando uno de ellos el vergajo a la cintura, haciéndose presentes ante el ruido y la turbamulta con la intención de mantener el orden y desalojar la calle de curiosos, a la par que indagar sobre lo que estaba inusualmente ocurriendo y alterando el sosiego acostumbrado en el pueblo. Al final, y mientras Miguel no cesaba de lanzar artilugios explosivos y casi al borde del paroxismo y la locura, Lucía y su

primo terminaron refugiándose en sendas casas acogidos por algunos vecinos que quisieron evitar que la tragedia pasase a mayores por la enajenación total de Miguel. Estos les darían cobijo y protección cubriendo sus cuerpos en cueros y sudorosos, con un gobierno en el caso de la dama, y una manta de paño oscuro en el caso del caballero y primo a la vez de la novia casadera y adúltera. El suceso y todos sus acontecimientos corrieron ese día como la pólvora por toda la población siendo más efectivo el escarmiento puesto en práctica por Miguel, que cualquier otro remedio imaginado, y sobre todo, mejor que lo que hubiera supuesto el crimen de la pareja y la posterior condena severa y de por vida del afectado por la cornamenta recibida. Esa misma noche Miguel dormiría en el calabozo del pueblo arrestado y acusado de desorden público, y a la vez, denunciado por el arriero procedente de La Rambla, que le reclamaba la cantidad íntegra de los artículos de alfarería rotos, entre otras cosas a pedrada limpia. A los pocos días ya en libertad y sin cargos, Miguel decidió abandonarlo todo y refugiarse de por vida en algún lugar solitario lejano a la presencia de todo lo que le recordase su relación con Lucía. El olivar de los padres de Alfonso sería el lugar adecuado y así lo acordó con ellos. Allí comenzó una nueva vida marcada por la superación del pasado y la cura del mal de cuernos, que de haberse consumado el matrimonio, seguro estaba que los habría llevado colocados de diversos tamaños y peso a perpetuidad. Con seguridad eso le aliviaba ahora en su soledad, y podía presumir de tener su cabeza despejada y limpia de tanta protuberancia arbórea en forma de asta.

El fin de semana de homenaje en los olivos sería un auténtico homenaje no solo al tío Miguel sino de todos para todos. No faltó la risa y el llanto, la cogorza y la cordura, el recuerdo de los años en Villaencina y la soledad. Y una ilusión: el viaje a Madrid de Alfonso en busca de fornitura para su relojería con dineros del olivar vendido. Cuando llegó la hora de regresar, calculando que no les alcanzase la noche sino en la Estrella, prometieron retornar lo antes posible a visitar a Miguel puesto que su decisión de abandonar el contacto con Villaencina se mantendría firme hasta el momento de su muerte algunos años después. Durante el camino de vuelta, y con un paso algo más ligero que a la ida, solamente un suceso alteró la callada caminata y el cansino paso de “la morena”. Cuando se encontraban a poco menos de una legua del pueblo y la tarde caía inexorable, un olor a carne asada alcanzó las pituitarias de los viajeros del carromato.

—¿No huele usted a carne de cochino asada a la parrilla don Alfonso? —preguntó Teófilo.

—Algunos vecinos se tienen que estar poniendo morados celebrando alguna comilona por algo, y hoy como es domingo seguro que les dura todavía el almuerzo.

—Dudo mucho que a estas horas de la tarde sean horas de comer, y menos, que dure la comilona siendo las horas que son amigo Teófilo —contestó Alfonso.

—¡Huela! ¡Huela! Además, detrás de aquel cerro pequeño que viene en la próxima curva, se ve la humareda de la candela —insistía el Carretillas.

Llegados al sitio y haciendo detener el carro, pusieron pie en tierra con la idea de descubrir lo que se celebraba o el motivo del olor tan generoso a los paladares, al igual que por la cabeza de alguno rondaba la idea de unirse al ágape. Alfonso y Teófilo se subieron encima de una pared algo más elevada con la idea de otear lo que acontecía, y descubrieron una fogata de dimensiones demasiado grandes como para ser susceptible de servir como brasa a una parrillada. Teófilo no pudo reprimir su sorpresa exclamando:

—¡Joder! ¡O son muchos a la mesa, o se trata del gigante Goliat que se está preparando la cena!

—Llevas razón Teófilo, es una candela muy grande como para servir de cocina a un sencillo asado de carne —repuso Alfonso.

De repente Nicolás que no había participado de la discusión olfativa desde el carro en el que permanecía y no había descendido, y manteniendo asidas las riendas de la burra argumentó:

—¡Ni son fiestas, ni son comilonas ni es ningún gigante que se llame Goliat, Polifemo ni el mismísimo san Cristóbal de Licia o algo que se le parezca pedazo de animales!

Alfonso y Teófilo mirándose fijamente el uno al otro y encogiéndose de hombros no salían de su incertidumbre, mientras que este último dirigiéndose a Nicolás le dijo:

—Pues entonces ¿Qué leches tenemos al otro lado de la cerca señor enterado?

—¡Parece mentira que no seáis de aquí! Lo único que sucede es lo que por desgracia pasa de vez en cuando a algunos de nuestros vecinos cortijeros: la peste, el mal rojo o alguna enfermedad rara, ha debido de cebarse irremediablemente con cierto número de cochinos, y su dueño, en buen criterio y por preservar la vida del resto de los animales de la cabaña y de los linderos de la zona, no le ha quedado más remedio que encender la pira purificadora de támaras y leños verdes de encina y quemarlos.

—¡Mirad bien y saldréis de dudas! —gritó Nicolás.

—“Quod erat demostrandum”—apuntilló en latín.

—Lleva usted toda la razón amigo ferroviario —manifestó Alfonso—, nuestra nariz, a la par que nuestras ansias nos han traicionado por momentos, y por lo que deduzco de su último latinajo, lo que se había que demostrar se ha demostrado.

—¡Y sobre todo lo bien que olía! ¡Y pensar que hemos estado a punto de acercarnos para que nos conviden! ¡Si es que somos tontos de remate y nos puede más el estómago que la cabeza! — sentenció Teófilo mientras sus dedos amarillentos sacaban del bolsillo de su pantalón negro de pana la petaca del tabaco con la intención de liarse un buen cigarro y olvidar el episodio.

Esa noche ya de vuelta y antes de despedirse, tomaron como habían acordado unas copas en La Estrella donde los tres amigos comentaron el suceso del banquete con asado de carne a los parroquianos y conocidos que le preguntaban insistentemente por el tío por Miguel, pero que a la vez, se mofaban por lo bajo, repartiendo carcajadas ante la falta de conocimientos en cuestión de hábitos de desinfección agropecuaria de los dos amigos, y a su extremada glotonería que les había jugado una mala pasada. Como quiera que el fin de semana había sido generoso en placeres para la barriga y en juerga, y dado que a la mañana siguiente todos tenían que volver a la irremediable rutina habitual de sus respectivas faenas, no serían más de tres o cuatro rondas de vino y cerveza las que se despachasen. Rápida y obedientemente acataron sin rechistar la voz del camarero de: ¡Ea, señores, estamos liquidando! ¡Cada mochuelo a su olivo!

VI - EL VIAJE

Parecía que no llegaría nunca el momento de la partida, pero el día señalado por Alfonso para la misma, se hacía presente. El tren Express Correo número 32 descendente que partía desde Villaencina diariamente en dirección a Peñarroya, tenía su salida en torno a las nueve de la mañana. Nicolás, jefe de estación, estaba esa mañana esperando a Alfonso con el uniforme algo más pulcro de lo habitual de entre las veces que ambos quedaban en la estación para sus ratos de ocio y tertulia. En su mano derecha asía doblados algunos periódicos que le había preparado a su amigo, y que le supondrían un alivio para un largo y relativamente complicado viaje. Estos harían las veces de distracción y evasión, sobre todo por el miedo reciente que había contraído Alfonso a viajar y al tren, por culpa del funesto acontecimiento acaecido últimamente cercano a la comarca por el descarrilamiento del tren en el túnel del Apeadero del Pradillo.

Alfonso acompañado por sus padres llegó a la estación con tiempo suficiente para esperar la llegada del tren desde Conquista. La mañana era agradable y los primeros vestigios del verano se hacían notar presagiándose un día caluroso. Vestía un traje oscuro nuevo que se había confeccionado en una sastrería local meses antes, y portaba una maleta de madera y cartón piedra no muy grande cuyo principal contenido eran varias mudas de ropa interior de lino que cuidadosamente había preparado y planchado al carbón Mariana. Entre tanto, Teófilo no cesaba de merodear como un perro perdido por el hangar almacén mucho más nervioso de lo habitual. No paraba de cargar y descargar bultos en su carretilla, e incesantemente como fuera de sí, componía y descomponía el idéntico contenido de las mercancías y cajas que tenía preparado para repartir en esa jornada. Se le notaba extrañamente alterado como si algo le incordiase en el quehacer diario, que por ser rutinario, lo ejecutaba a la perfección. La marcha de Alfonso no de dejaba nada tranquilo. En un momento en que lo vio solo, se le acercó con la intención de desearle suerte en su partida a Madrid. Casi susurrándole al oído por su extremada timidez le dijo:

—¡Qué tenga usted un buen viaje don Alfonso! ¡Le echaremos de menos! A ver si nos trae algún presente de los madriles, y no se

olvide de escribirnos algunas letras para contarnos lo que se oye por aquí de la capital de España.

—Descuida Teófilo. No me olvidaré ni un instante de vosotros durante los días que esté ausente y no te preocupes por los regalos. ¡Algo caerá! Prométeme que cuidarás de todos empezando por ti mismo. ¡Ten cuidado con las borracheras!

—¡Ea, ya estamos otra vez! ¡Es que me trata usted como si fuese mi padre que en gloria esté! Yo le aseguro —continúo Teófilo—, que en su ausencia procuraré portarme lo mejor posible.

Nicolás, que presenciaba de cerca la conversación, intervino sin remedio en la misma a modo de moderador para quitar hierro al asunto.

—No te preocupes por nada ni por nadie. Todo el mundo queda en buenas manos. Tampoco te preocupes en exceso por tus padres; ya me encargo yo de darles una vuelta por si necesitan algo de vez en cuando…y por Teófilo…aun pudiéndose entender que ya es mayorcito para cuidarse, ya procuraré meterlo en vereda si así lo demanda.

Una talega de lienzo no muy grande con algo de pan, varios huevos cocidos, chacina y una pieza de fruta del huerto de Nicolás que había preparado Mariana para reparar fuerzas en el camino hasta la llegada a Córdoba, componía el resto del equipaje.

—¡Cómetelo todo Alfonso! ¡Que el viaje es largo y no puedes desfallecer ni un solo momento!

—Descuide usted madre —contestó—, daré buena cuenta de la merienda en el momento en que así me lo pida el estómago. No se preocupe.

—Puedes marchar tranquilo —añadió Nicolás—, me he enterado por vía telegráfica que después de la última desgracia en esa vía han revisado con lupa todo el trazado entre la capital y Almorchón, y te puedo dar fe que hoy por hoy el viaje es más seguro que en los meses anteriores. Además, he sabido por cable, que la semana pasada revisaron también el sistema de frenado de todos los convoyes que circulan en ese trayecto.

—Eso espero y te agradezco tus palabras de confianza amigo Nicolás —contestó Alfonso—, pero ya conoces mi aprensión a las desgracias y el pánico injustificable que tengo a ciertas cosas.

Una voz desde la lejanía con el mensaje de “viajeros al tren”, daba la señal de salida al correo. La locomotora de vapor con ruido y un silbido agudo, arrancaba su andadura en medio de una inmensa humareda negra. El viaje entre Villaencina y Peñarroya de unos 70 kilómetros duraba por término medio dos horas y daba

comienzo. Desde la ventanilla Alfonso saludaba a los suyos mientras que su padre y mayormente Mariana su madre, no podían reprimir la emoción de la partida de su hijo dejando ambos escapar algunas lágrimas como si de un adiós definitivo se tratase. En el mismo vagón acompañaban a Alfonso varias personas de la localidad. Entre ellas se encontraban algunos tratantes de ganado de Villaencina que viajaban en dirección a Córdoba y Extremadura, con el propósito de hacer negocios en torno al ganado de cerda de la comarca. El trayecto hasta Peñarroya se hizo relativamente cómodo porque el calor no quiso apretar como habitualmente lo hacía, ni tampoco incordiar aún más para ahondar en las heridas del sufrimiento que portaban algunos. Se culminó ajustándose al tiempo habitual de lo que duraba el trayecto. No ocurriría así desde esta localidad hasta Córdoba en el tren nº 2 procedente de Almorchón, porque la cabeza de Alfonso recordaba y no podía olvidar, lo sucedido días antes y la desgracia tan grande que se había cebado con tanto inocente. Esto provocó esporádicos ataques de angustia y sudoración que no cesaron hasta la entrada del convoy en las proximidades de Córdoba, y la llegada a la estación de Cercadillas. Nada más arribar, Alfonso bajaba del tren con tanta impulsividad que casi arrolla y tira por los suelos a varios pasajeros que con orden descendían de los vagones. Con la misma premura se sentó en el primer banco de forja que encontró al paso en el andén, aferrándose a él con las dos manos mientras encogía las piernas y respiraba profundamente. En esos momentos la mayoría de los viajeros se encaminaban con prisas en dirección al andén donde entraba procedente de Cádiz el tren correo para Madrid. En medio del desconcierto, y a unos cinco metros de distancia desde una de las ventanillas del tren detenido, un corredor de ganado que conocía a Alfonso gritaba:

—¡Don Alfonso! ¡Don Alfonso! ¡Suba inmediatamente al tren porque ya han subido sus maletas y como se entretenga pierde la combinación hasta Madrid!

VII- ¡QUÉ GRANDE ERES MADRID!

Todo olía diferente nada más bajar del tren en la estación del mediodía, y la sensación de estar en otro mundo empezaba justamente desde el principio de su nariz. La ciclópea construcción de acero y espacios abiertos no solo era distinta por su inmensidad a la que conociendo por su disfrute diario había dejado atrás en Villaencina, sino que, por su olor, era significativamente original. Una mezcla de tufos entre sudor, carbón y gasolina pobre, le inundó la pituitaria al momento justo de descender del vagón de segunda en el que había hecho el recorrido con algo más de tranquilidad. Ya en la calle, una brutal impresión de agobio le sobrevino por encontrarse en un lugar que le desbordaba. Jamás había visto tanta gente deambular por las calles. Una barahúnda perfectamente organizada de automóviles circulando entre carros y caballerías pese a la noche, y sin que nada que impidiese un cordial compartimiento de espacios y direcciones. Prisas por todos lados; ruidos de escapes de algunas motocicletas; obras y escaparates abiertos en canal como heridas sangrantes….todo parecía rebullir sin remedio y sin término. Pero había mucha luz artificial en las calles que proporcionaba otro carácter a la noche, y posibilitaba hacer vida casi normal a las personas que se lanzaban sin reparos a ella. Por su imaginación pasaban las calles de Villaencina casi a oscuras y medrosas, en las que apenas alguna bombilla se erigía en la lejanía como faro orientador y en las que a falta de luna llena, no eran transitadas por nadie a excepción de que surgiera alguna necesidad imperiosa.

—La noche es para los lobos hijo mío —decía Mariana a Alfonso —, y me acaban de contar que hace unas noches los vieron en manada por el Calvario a las afueras del pueblo… ¡Ándate con cuidado!

Ya en la pensión que le había recomendado un concejal de Villaencina que frecuentaba la capital, y nada más firmar en el libro de registro y abonar la primera mensualidad por adelantado, llamaba la atención el sonido de fondo en una gramola que la dueña de la misma había instalado en la esquina del comedor. Sin ningún criterio acústico especial se hallaba situada sobre un mueble a media altura de caoba de estilo renacentista, y en ella se

escuchaban los compases de un pasodoble que Martín Domingo había compuesto y dedicado al torero madrileño Lalanda: “Marcial eres el más grande”. Desde la noche de su llegada, y a pesar de ser tarde y que el día había sido pródigo en sensaciones y experiencias, Alfonso optó por lanzarse a los placeres de Madrid sin atender incluso las recomendaciones de doña Pura la dueña, en materia de horarios y cierre de su pensión. Salía como animal desatado después de un cautiverio sin importarle tiempo ni cansancio. Partió en dirección desconocida y sin rumbo, con la idea obsesiva de comenzar lo antes posible la aventura premeditada que le traía a la capital de España. El verano hacía rebullir a Madrid a pesar de las tormentas. La ciudad estaba patas arriba de obras; se reestructuraban calles y grandes avenidas para hacer una capital moderna. Se construían igualmente elevados edificios que comparados con el más alto de Villaencina, la torre de San Miguel, no eran sino gigantes al lado de ella misma haciendo aún más pequeño e indefenso al recién llegado. Todavía quedaban vestigios de otra obra faraónica por la ciudad que había sido inaugurada meses antes de su llegada como era el metro en octubre de 1919 entre la Puerta del Sol y Cuatro Caminos, y al que a Alfonso, impactó y llamó la atención el mismo día que tuvo la oportunidad de viajar por primera vez en él. Curiosamente ese viaje por las entrañas de Madrid, no provocaría en él mismo la fobia declarada a los vehículos rodantes y su pánico. Madrid se acomodaba poco a poco a las tendencias del nuevo urbanismo; atrás iban quedando esquemas de ciudad antigua y se atendía al concepto de zonificación para dar a cada espacio un uso o función determinada. Alfonso quedaba extasiado ante la visión de todo ello sin igualar en nada a todo lo anteriormente visto por él. La Gran Vía empezaba a nacer como si de un recorte con tijera de gigante se realizase a la ciudad. Atrás quedaban manzanas de edificios demolidas por una piqueta inmisericorde que bajo la orden expresa del Rey Alfonso XIII, empezaba a actuar diez años atrás en busca de otro modelo de urbe. La situación política añadía todavía más calor y color a esa olla a presión que suponían sus algo más de 750.000 habitantes y que pronto alcanzarían el millón. Su alcalde don Ramón Rivero de Miranda conde de Limpias, quería un Madrid grande y distinto, transformado y transformador, y hasta que duró su corto mandato, coincidente con la estancia de Alfonso en la capital, no desfallecería un solo minuto en su empeño. Nada pasaba desapercibido a los ojos de Alfonso, y cuando poco a poco se fue acomodando tras el paso de los primeros días de errar sin descanso, fue capaz de hacer suya

cierta familiaridad con el ambiente que a medida que iban pasando las horas, le abriría las puertas de su sueño: las revueltas sociales y la crisis, las huelgas y los conflictos, la moda renaciente, los grandes eventos públicos, las tertulias, los cafés, los escarceos de la corona, y la prensa que se encontraba en uno de sus momentos de mayor esplendor donde proliferaba y se publicaba lo indecible hasta convertirse en el elemento que tomaba el verdadero pulso a una ciudad sin límites y en auge. Todo en esa especie de caos y concierto había encandilado a Alfonso y todo había que descubrirlo poco a poco sin prisas…o al menos, hasta que los dineros por la venta del olivar lo permitiesen.

1ª carta a la familia:

Madrid, 10 de junio de 1920. Queridos padres:

Me alegraré que a la llegada de ésta estén todos bien. Aquí, en Madrid, y a pesar del viaje tan largo que soportamos y del calor distinto al que sufrimos en el pueblo, todo bien gracias a dios, y de salud aunque algo cansado durante los primeros días, todo en orden y concierto.

Desde la llegada a la capital no he tenido tiempo suficiente para poder escribirles unas letras. Hoy, después de llevar unos días instalado en una pensión céntrica, que sin duda me ayudará desde su ubicación a poder realizar todo lo que por Madrid me trae entre manos, tengo un poco de tiempo para poder dirigirles unas palabras, y aunque que estas sean parcas en novedades, no están faltas del cariño y el respeto que les profeso.

He tenido unos primeros contactos con representantes de maquinaria y fornitura, los cuales, me han comunicado que en breves días tendré confeccionado un presupuesto detallado de lo que busco y que ciertamente, se han comprometido a ponerme buenos precios y mejor género. Aquí, los negocios abundan por doquier; cada calle tiene sus tiendas en las que no dejan de entrar y salir sus clientes habituales más los de paso como yo, y entre ellas, no faltan las que se dedican a vender una variedad inimaginable de ultramarinos, o a ofrecer y exponer en sus amplios estantes y escaparates, todo tipo de utensilios que en Villaencina todavía no se conocen más que por la prensa. Como pueden imaginar, la diversidad de productos de todas clases es desmedida; recuerdo, que cuando usted madre, le compra una prenda de vestir a padre o a mí en el pueblo, o incluso un simple par de alpargatas, la elección es sencilla y rápida, ya que la cantidad de modelos a elegir, no pasa por la mitad de los dedos de su mano derecha.

Hoy he entrado con más curiosidad que necesidad de adquirir

calzado alguno en una tienda exclusiva de zapatos de la calle Fernando VI, llamada “Les Petites Suisses”, que quiere decir más o menos los pequeños suizos. Tal ha sido el ahogo que me ha producido ver cantidades ingentes de cajas de cartón apiladas con un orden matemático. Zapatos, sandalias y botas para pequeños y grandes, que con las mismas, y por los efectos del agobio, me he tenido que salir a la calle precipitadamente ya que el aire me faltaba, y he estado a punto de marearme.

Es posible que pasen algunos días sin poder tener las referencias exactas de la operación comercial a la que les he hecho referencia, y es por eso, por lo que les comunico que estén tranquilos si tardo algún tiempo en mantener correspondencia con ustedes y escribirles alguna que otra carta. Y sin nada más que contarles se despide este que les quiere:

Alfonso. Madrid, junio de 1920.

[image]

VIII-FORNITURA

Sería una de las tantas veces en las que acudió a la misma hora y a la misma casa de comidas en solitario desde que llegó a la capital y se instaló en la pensión donde pasaría ese verano. Alfonso no había reparado en los camareros ni en el resto de las personas que en esta y en otras ocasiones le acompañaban, porque lo que más le urgía casi siempre era atender y saciar su estómago lo antes posible y no dirigirse, salvo para pedir con corrección el menú del día y la posterior dolorosa a los empleados. Casi siempre le asistía en el local a la hora de ofrecerle el menú, un camarero buen entrado en años con el pelo blanco por la edad, y con ciertos aires de persona bonachona y afable. Respondía al nombre de Señor Martín y vestía como todos, una impoluta chaqueta cruzada blanca y un pantalón negro con cierto brillo de tela de raso, donde resaltaba sobremanera el perfecto y rectilíneo planchado de su raya. El establecimiento amplio y casi siempre abarrotado a la hora del medio día y de la cena, contaba con mesas numeradas, y al menos, siete u ocho camareros de diversas edades, que no destacaban precisamente por la amabilidad del que casi siempre le tocó en suerte a la hora de servirle la comida. Alfonso le gustaba siempre a ser posible, ser atendido por el mismo, pero uno de los días en los que habría de estar de descanso o aquejado de algún impedimento, el destino quiso que su sirviente fuera una joven señorita que nunca llegaría a explicarse cómo había pasado desapercibida ante los ojos de Alfonso durante los días que ya llevaba frecuentando la casa de comidas.

—¿Tiene ya elegido su menú señor o esperamos unos instantes? —demandó la camarera.

—Perdone señorita, pero no me había dado cuenta que esto era un “establecimiento mixto” Bueno, me refiero a que también trabajan lindas jóvenes como usted.

—No creo que sean momentos para lisonjerías y dígame si ya se ha decidido que tomar, respondió la empleada.

—De tomar…me tomaría todo el tiempo del mundo contemplándola. Pero dado que no es el momento ni el lugar, tráigame unos callos y lo que acompañe habitualmente a ese menú.

—Gracias por el cumplido señor. Espero disfrute con la comida

—contestó la camarera.

—No son cumplidos… lo que sucede es que desde mi llegada a esta ciudad no había visto una joven tan guapa como la que tengo delante de mí.—repuso Alfonso.

Lejos de ruborizarse, la empleada con una agradable sonrisa y cierto talante de seguridad y dominio de la situación, se alejó de la mesa y entró en las dependencias interiores que comunicaban el salón a modo de refectorio con las cocinas, en busca de la comida de cliente de la mesa 24.

Todo ocurrió como siempre y ya de vuelta en la pensión, Alfonso no concluía de darle vueltas a la cabeza con la imagen de la muchacha que le había servido ese mismo día. No alcanzaba a comprender cómo después de llevar comiendo en el mismo local más de una semana, no había sido capaz de reconocer su presencia sutil y delicada entre todos los demás camareros. De no ser por ella —pensaba— el gremio de la hostelería y en su faceta de camareros de sala, merecería un claro suspenso, al menos en lo que el tiempo que llevaba instalado en Madrid había permitido evaluar. La camarera que le había dejado extasiado; tenía el pelo negro azabache brillante y largo, recogido a modo de cola con un pasador fino de madera que daba cierto aire oriental a su cabeza. Sus ojos igualmente negros y pequeños de mirada segura y contundente junto a unos labios carnosos y pintados de rojo, estaban cargados de sensualidad y permanecían todo el tiempo cerrados sin apenas movimiento alguno sino para adquirir un suave balanceo a la hora de completar o formalizar una comanda, atender una cuenta o explicar con palabras precisas, los ingredientes del algún plato de la carta que no llegaba a ser entendido para los clientes habituales. Su estatura era mediana donde destacaban sus manos pequeñas y delicadas, rematadas por las uñas con un perfecto arreglo de manicura, y sus piernas delgadas y estilizadas embutidas en unas medias negras transparentes. Algo fuera de lo normal captó la atención de Alfonso y muy pocas veces o ninguna, había sentido una atracción tan particular y distinta por una mujer después de tantas como había conocido incluso en las camas de los burdeles. Tal vez el tono de voz de la camarera fuese lo que más despertó la admiración y seguramente, la pasión desmedida de Alfonso, que por minutos iba en aumento. Cada vez que entabló conversación, por mínima y telegráfica que fuera, aparentaba seguridad, dominio, inteligencia…y se cuestionaba cómo era posible que una mujer de esta categoría tuviera por oficio dar de comer a la gente en un establecimiento en el que las únicas relaciones humanas que

parecen existir son tan primitivas y solitarias como satisfacer un instinto primario llamado hambre. ¡No me lo puedo explicar! —decía para sus adentros— Esta dama es distinta por completo a todas, lo presiento. ¡Me jugaría los cuartos del olivar en descubrirlo! —Qué pena que mi entrañable amigo Nicolás en Villaencina, pájaro viejo curtido en mil batallas amorosas, no esté en estos momentos a mi lado. Seguramente que él, con un solo golpe de vista descubriría muchas más facetas de ella que yo que en el fondo soy un inexperto en amores de verdad. ¡Confieso que nunca he querido profundamente a una mujer, y a lo mejor, ha llegado el momento, puesto que nunca jamás la sola presencia de una dama me había hecho aumentar los latidos del corazón, ni sonreír bobamente y como un colegial, después de su primera cita amorosa! —seguía pensando— No sé si es la edad lo que me está haciendo perder la cabeza por esta mujer, o tal vez algo mucho más natural y cotidiano se decía para el interior Alfonso: ¡Estoy empezando a enamorarme si no lo estoy ya, de una mujer preciosa con la que no he intercambiado más de siete palabras!

No habían pasado veinticuatro horas desde el primer encuentro con la camarera cuando Alfonso acudía a la misma casa de comidas mucho antes de lo que lo había hecho durante los días que llevaba acudiendo al mismo establecimiento. Para asegurarse una mesa, y saber algo más de la muchacha y poder ser atendido por ella, nada más entrar al establecimiento llamó por su nombre al señor Martín con el que ya en varias ocasiones había entablado conversación quien con presteza salió a su encuentro.

—Buenos días caballero. Se le hace notar su presencia mucho antes de lo acostumbrado, ¿le preparo una mesa?

—Hoy he madrugado algo más por cuestiones que no vienen al caso —aclaró Alfonso mientras alargaba su mano para estrecharla a la del Sr. Martín—. En la misma y con disimulo entregaba perfectamente doblados dos billetes de cinco pesetas a modo de propina anticipada que sin duda, contribuirían a allanar el camino en las pretensiones del mismo.

—Veo que el señor necesita hoy algo “especial” en su menú ¿Me equivoco?

—En absoluto —contestó Alfonso—, y algo tan simple como poder ser atendido por la dulce y guapa señorita que lo hizo ayer y de paso, poder saber su nombre. No piense mal. Solamente pretendo, y aunque no sea la norma de esta casa charlar un minuto con ella y por supuesto, con fines totalmente formales.

Eso está hecho —contestó el mozo con voz tajante, y

aprovechando que todavía no había entrado en el establecimiento ningún cliente salvo Alfonso, llamó directamente a la camarera para de esa manera poder dejar al descubierto de forma discreta su filiación.

—¡Señorita Almudena Quintana! ¡Sea usted tan amable de atender a este distinguido caballero!

Alfonso había conseguido su primer objetivo y apenas transcurridos unos segundos desde que se pronunciase su nombre en voz alta y de forma parsimoniosa, la camarera se dirigió hasta la misma mesa 24 en que atendió al mismo cliente el día anterior.

—Veo que vuelve usted al mismo sitio donde coincidíamos ayer aunque un poco más temprano, ¿Qué va a tomar hoy?

Sin mediar palabra, Alfonso atajó directamente la cuestión:

—Vuelvo porque su presencia me fue enormemente grata ayer, y le juro que no hay una casa de comidas ni ningún establecimiento del ramo en todo Madrid, con una camarera tan guapa y atractiva como usted.

—¡No empecemos donde lo dejamos el último día señor! Se lo ruego. Le reitero que me debo a mis obligaciones, y tengo que hacer mi trabajo sin perder el tiempo departiendo con la clientela sino es en lo estrictamente relacionado con sus ganas de comer…

—Me parece correcto —apuntó Alfonso—. Le propondré algo: mientras me sirve la comida, por cierto, el menú del día sin más rodeos, y sin que le suponga ningún tipo de compromiso, me apetecería mucho que contemplase la idea de esperarla a la salida de su trabajo, y poder invitarla a lo que le apetezca…

—¿Me está usted pidiendo una cita en toda regla? —preguntó la señorita.

—Tómelo como quiera, pero insisto, me encantaría disponer de unos minutos para charlar con usted mientras tomamos un café o una copa… ¡Por favor, piénseselo!

Alfonso comió esa tarde con más tranquilidad de lo habitual en él, dando tiempo para recibir o esperar una respuesta a su proposición. La sobremesa se dilataba en exceso y la respuesta no aparecía, por lo que Alfonso, un tanto cansado de la espera y con exquisita amabilidad le pidió la cuenta a la camarera, sabiendo de antemano que él no había triunfado, y que la cita no había prosperado. Tan solo habían pasado dos minutos cuando Almudena acercaba en una pequeña bandeja de alpaca brillante, la nota de la consumición. A su lado un diminuto papel de color sepia doblado por la mitad acompañaba la factura, al que Alfonso con un nudo en el estómago, abrió y leyó su contenido escrito en letra mayúscula y

para sus adentros varia veces:

"SALGO A LAS 6 DE LA TARDE, ESPÉREME EN LA PUERTA DE SERVICIO"

Dos horas más tarde la espera se hacía eterna bajo el calor del cielo de Madrid. En la estrechez de una calle por donde entraban y salían empleados y mercancías, apareció ella mucho más guapa de lo que estaba horas antes con el uniforme del trabajo luciendo un vestido negro algo más corto de lo habitual en la época, y un sombrero aterciopelado del mismo color. Ya uno en frente de otro mirándose con cierta complicidad, Alfonso alargaba su mano para besarla con delicadeza, mientras ella daría inicio a la conversación.

—Aprecio que tengo delante de mí a una persona perseverante, de la que todavía no conozco ni su nombre —pronunció lacónicamente Almudena.

—Me llamo Alfonso, y estoy por aquí por cuestiones de negocios familiares. Ha sido usted muy generosa en aceptar que este humilde funcionario le invite a un refrigerio, y de paso, me siento en la obligación de pedirle perdón si en algún momento la he ofendido con mi proposición.

—No tengo por norma salir con ningún cliente…—respondió ella—, pero ante su insistencia y los rigores del tiempo, me apetece tomar algo fresco después de una larga jornada de trabajo en esa especie de horno al que no me queda más remedio que acudir a diario.

—¿Dónde podríamos ir? —preguntó Alfonso.

—Aquí al lado hay un café en el que sirven unos cócteles maravillosos con hielo picado o té, y que a buen seguro, nos refrescarán la tarde. Se llama Majestic-Club y suele estar muy concurrido a estas horas del día.

—Sin duda será una idea excelente —contestó Alfonso—. ¡No perdamos tiempo!

Una orquesta tocaba música americana mientras un camarero de sala los acomodaba confortablemente en el local. Próximos a un ventilador de techo les servía un cóctel especial de la casa. La tarde pasaba con calma y la pareja cada vez más animada no paraba de charlar de cosas relacionadas con el trabajo de cada uno y con el motivo de la estancia de Alfonso en Madrid. Mientras que avanzaba la tarde los temas más personales iban apareciendo a medida que la confianza los invadía. La declaración explicita de la soltería de ambos fue motivo para abordar temas más delicados e íntimos en torno a sus aficiones, e incluso, de pasiones por cuestiones como la

docencia en Alfonso o el teatro en ella. En un momento de la conversación, cuando las distancias parecían haberse superado, y el protocolo de hablarse de usted como si de una barrera infranqueable por la costumbre hubiera sido abandonado, Alfonso proponía volver a verse cuando las exigencias del trabajo de ella así lo permitiesen. Durante la charla había incluso hablado de teatro como afición de Almudena a este arte hecho que Alfonso aprovechó para proponerle una invitación a un evento extraordinario que se celebraba al día siguiente.

—Me has dicho que mañana sábado libras en el trabajo, y también, que nunca has ido al teatro en Madrid. ¿Te apetecería ir a la inauguración de Los Caciques de Carlos Arniches en el Teatro de la Comedia?

—No sé si debo aceptar esa invitación…las entradas son caras, y las economías débiles…no estamos en tiempos de dispendio desgraciadamente.

—No te preocupes por nada. Bastaría un sencillo y simple sí, y de lo demás, olvidémonos.

—Acepto. Pero hay un detalle del que quisiera hablarte y que me ha llamado la atención toda esta tarde: todavía no te he dicho como me llamo ni tú me lo has preguntado —dijo la dama.

—No importa —contestó Alfonso—. Para mí desde este momento que me parece un sueño, te llamarás Fornitura.

IX-EN BUSCA DE BOHEMIOS

Un reventa aficionado a vivir al límite llamado Prudencio Comesaña, se había cruzado de repente en el camino de Alfonso. Del encuentro por la búsqueda de entradas de teatro, salía un contrato grotesco para enseñar Madrid a la manera del primero, y una amistad comprada a golpes de billetera.

Anochecía en Madrid. Prudencio y Alfonso paseaban casi sin rumbo por las inmediaciones de la Puerta del Sol hablando de la capital y de su forma de atrapar sueños a los muchos que a ella acudían. Esos años convertían a Madrid en foco de atención de numerosas personas que a esta ciudad llegaron en busca de una vida mejor. Al igual que Alfonso, muchos tuvieron la oportunidad de dilapidar fortunas y bastantes bohemios hicieron del país Miseria, como lo denominó Sawa su lugar de residencia girando todo en torno a la literatura y los cafés en un submundo absurdo, brillante y hambriento como el mismo lo definía.

—Un día de estos iremos a conocer la residencia donde Sawa pasó sus últimos días —demandaba Alfonso a su representante—. De paso, buscaremos a algunos amigos míos con los que he tenido relación epistolar.

—¿No me digas que te juntas con esa pandilla de vagos y maleantes amigo Alfonso? No son sino una cuadrilla de vividores y folloneros decadentes —respondía Comesaña.

—¡No los conoces bien! —se apresuró a replicar Alfonso— Son buena gente y lo que pasa es que interpretan la vida desde una posición que tú no llegas a entender. Tienen en la literatura y el arte su modo de vida pero siempre desde un lado cargado de cierta depresión y marginalidad incomprensible. Además, querido Prudencio ¡Te recuerdo que nos limitamos a conocer mundo, y tu papel queda establecido por el contrato que hicimos! —aseveró con mal humor Alfonso— Lo demás pienso que no debe de importarte. Prudencio entendió perfectamente el mensaje y en lo sucesivo no interferiría en los planes de quien le pagaba y mantenía temporalmente con todo lujo de detalles y a quien se debía mientras el contrato se mantuviese vivo o al menos, los dineros de los olivos no menguasen en exceso.

La casa donde había pasado Sawa sus últimos años y que ahora

estaba ocupada por antiguos compañeros suyos no era una casa al uso. Todo indicaba que más que aposento para personas se trataba de lugar de paso. Un espacio decrépito con mezcla de taberna antigua y pensión de mala muerte. Todo estaba con un desorden y suciedad como nunca había visto Alfonso ninguna situación. Ingentes cantidades de botellas vacías y tiradas por los suelos, papeles y periódicos sucios y mohosos por todos lados, montones de libros mugrientos apilados en los más variados rincones. En una cama que se dejó entrever desde el pasillo de la casa, yacían dos hombre abrazados y dormidos por el cansancio del amor o los licores. Las paredes llenas de carteles extranjeros y en todo el ambiente, un olor a rancio que lo volvía todo mucho más lúgubre e inhóspito, y lo envolvía a su vez en una luz frágil y podrida como todo su ambiente. Prudencio había decidido no entrar dejando a Alfonso solo en la vistita como presintiendo lo que se encontraba detrás de la puerta.

—¡Bienvenido a la liberadora realidad de la mugre! —contestó el inquilino que salió a recibirlo—, ya ves que todo está en perfecta armonía aquí dentro. El desorden está en la calle y en las cabezas de los que no entienden nuestra postura. ¡Pero siéntate donde quieras hombre! o acuéstate donde te plazca. En el armario de enfrente deben de quedar todavía botellas de absenta que nos trajo de estraperlo de no sé qué contienda un militar corrupto a cambio de favores carnales. ¡Toma algo y me cuentas tu vida! Y si te apetece leer ahí tienes lo último de Inclán, Villaespesa, Zamacois o del impresentable del hermano de Sawa que ahora firma como Dorio de Gadex y que cada día que pasa está más aburguesado. Lo único que le da por escribir a todos son paridas sentimentales que no tienen arreglo. Por cierto y tú ¿a qué te dedicas?, ¿te gusta escribir?

—Lo hago con relativa frecuencia aunque reconozco que me faltan cualidades para ello. Aun así, me permito opinar libremente sobre la escuela y la educación de este país que nos han legado.

—¡Interesante! Escribes de eso de lo que se necesita para transformar a la España castrante y perseguidora de talentos. ¡Genial pues sé otra vez bienvenido a esta tu casa!

—Gracias —respondió Alfonso—, no sin cierto recelo por la turbieza del ambiente nada recomendable para personas pulcras ni melindrosas.

—¿Cómo has llegado hasta este pequeño rincón del parnaso? —demandó el bohemio.

—Ha sido fácil, preguntando se va a Roma y Madrid tiene ojos

que todo lo ven todo y todo lo cuentan… ¡Además, con cuatro pesetas por delante se consigue todo!

—¡Ah el capital!, ¡El tirano capital que esclaviza y maltrata a los humanos! Vil metal aunque preciso cuando no se tiene para la ingesta.

—Me has dicho que te llamas Alfonso. Acomódate y te invito a deleitarte con una lectura que está a punto de salir a la calle y que nos retrata; es una obra de teatro del amigo Valle-Inclán. Nos la ha dejado para leerla, y que, para más inri, llevará el título de Luces de Bohemia. A mí personalmente me ha dejado, pese a mi resaca eterna, buen sabor de boca su lectura dada la visión tan sugerente y transformada que hace de nuestra realidad y de nosotros mismos.

—Prometo leerla en cuanto tenga un rato libre —indicó Alfonso —, y seguramente estaré orgulloso y encantado de poder discutirla con vosotros.

—¡Quédate unos días por aquí! Beberemos y hablaremos y nos emborracharemos con la poesía y el ajenjo…

—Gracias, estoy solo de paso. He venido porque necesitaba conoceros de cerca y no podía reprimir mi curiosidad de ver vuestra realidad, que en cierta manera, también sería la mía de no pertenecer a otro mundo más burócrata y acomodado. Ahora no puedo quedarme porque entre otras cosas me espera una persona en el zaguán de vuestra casa.

—¡Una dama seguramente!—contestó el bohemio ¡Ah el amor y la carne!… ¡Qué realidad tan indisoluble!

—No es exactamente una dama, es un caballero que al que le he otorgado el empleo y privilegio de enseñarme Madrid y sus encantos por un sueldo al que hemos llegado por acuerdo —repuso Alfonso.

—¿Yaces en coyunda con el susodicho? —preguntó con ojos brillantes el habitante de la casa.

—¡No, no! Esa opción carnal no la contemplo, al menos de momento. Mis gustos van por otro lado…

—¡Todo es probable y catable en la vida amigo Alfonso! No sabes lo que en ocasiones se pierde el hombre por sus jodidos prejuicios morales.

—Volveré más detenidamente os lo prometo —prosiguió Alfonso, viendo que la conversación echaba por otros derroteros.

—¡Vuelve cuando quieras! ¡Aquí hay sitio para todos porque en nuestra forma de ser todo tiene cabida! Hasta pronto hermano…

Alfonso abandonaba la casa y Prudencio que le esperaba ya impaciente le preguntó:

—¿Cómo ha ido todo, amigo intelectual?

—Perfecto. Tal y como me lo imaginaba, aunque me podría detener en otros detalles que seguro te servirían para alimentar tu hombría y no pienso hacerlo. ¡Mira! Hasta llevo las últimas novedades para leer, aunque ahora lo que deberíamos hacer y más deseo es tomar unas cervezas, comer algo, y de paso te cuento algunos detalles de la visita.

—¡Que así sea! —contestó Prudencio Comesaña pasándose las manos por el estómago en un gesto más de necesidad de alimento y bebida que de otra cosa y cansado por la espera a la que le había sometido su pagador.

—En un par de minutos —continuaba—, nos plantamos en Casa Labra que nos coge cerca y nos tomamos unas croquetas de bacalao de la casa que, como dicen por tu tierra del sur: “quitan el sentío”. Te aseguro amigo Alfonso, que no has probado otras iguales en toda tu vida y además has de saber, que en todo el día va a ser lo único que le dé fundamento a tu cuerpo ¡Y no las mamarrachadas de la gente que acabas de visitar! ¡Hazme caso!

—No quisiera entrar ahora en polémicas contigo sobre mi forma de pensar y mis aficiones porque es tarde y la barriga reclama —respondió Alfonso—, pero por una vez te voy a dar la razón sin que sirva de precedente. Acato su propuesta y ya discutiremos sobre la bondad o la exquisitez de la tapa que me nombras en su momento. Te anticipo no obstante —argumentó Alfonso—, que dudo mucho que el bacalao le supere al que me tomo frito en la taberna de Zaleas en Villaencina. ¡Deberías de probarlo!

X-UNA TARDE DE FULANAS

Muchos años conociendo a gente pero nadie de la catadura moral de Prudencio. Alfonso en sus momentos de soledad o en numerosas noches de insomnio, lo evocaba con el sentimiento de pasar por encontrar en él a uno de sus mejores amigos, y por otro lado, con la certidumbre de haber conocido a la persona con más cara dura del planeta. Todo un anfitrión en los momentos de la fiesta y el alboroque, no tenía miramientos de ningún tipo a la hora de tirar de cartera cuando ante todo, el dinero que se ponía en circulación para los saraos y ágapes no era suyo. Así lo establecieron en el contrato verbal el primer día, y hasta que finalizó todo, esa sería la forma de llevarlo a cabo. Gustaba sorprender a Alfonso cada día con algo distinto y especial, y éste que se dejaba llevar por él que quedaba anonadado una y otra vez tanto por el contenido de la sorpresa en sí, como por su forma de prepararla y presentarla. En algunas ocasiones y dado el carácter chulapo de Prudencio, cuando el dinero no llegaba a alguna cuenta y viéndose en la tesitura de no poder abordarla, citaba a Alfonso en los lavabos o en cualquier otra dependencia próxima a donde se hallasen por alguna excusa irrelevante. De esta manera podía reponer la cartera con disimulo y quedar ante los ojos de los demás, especialmente si eran damas, como un auténtico mecenas de la juerga, que bien podía pasar por millonario o personaje de la vida pública importante.

—¿Cómo es posible que seas tan hipócrita y mezquino? —preguntaba en alguna ocasión Alfonso sin ninguna intención hostil —, parece que te has dedicado a esto toda tu vida y ante los ojos de los demás no pareces sino un portentoso indiano venido a más en los madriles.

—¡Uno que sabe el oficio caballero! ¡Lo mío es el arte del embauque y con dinero miel sobre hojuelas señor mío!

—Por cierto, tengo mi querido amigo un conocido que se dedica también más o menos a lo mío y que me ha invitado a la inauguración de una casa de citas en Cuatro Caminos. Nos debemos favores mutuos y no puedo dejar de faltar a tan magna inauguración.

—¿Es obligatoria la asistencia? —demandó Alfonso.

—¡Claro que sí! —insistía Comesaña—, podemos ir en metro y he pensado igualmente que te presentaré a algunos colegas del oficio, que de seguro rondarán como buitres por carroña.

—¡No sé si será una buena idea después de los días que llevamos sin descanso! —dijo Alfonso.

—¡No me vengas con puritanismos!…Precisamente tú, conocedor de los más exquisitos lugares de alterne y burdeles de Córdoba no puedes dar paso atrás —afirmó Prudencio.

—Ayer —continuaba—, estuve casualmente tomando una copa con él y no me contó sino maravillas del local: chicas jóvenes, varias mulatas, un par de francesitas….y sobre todo discreción e higiene. Las habitaciones, me cuenta Evaristo Casasola que así se llama mi colega que abre el negocio, tienen agua corriente y unos aparatos sanitarios traídos expresamente de Francia para asearse cómodamente sentados los bajos corporales. Se llaman bidé y ¡No me veas el éxito! También han montado una especie de barra americana donde tomar previamente una copa o hacer tiempo. ¡De precios ni te cuento! ¡Los amigos son los amigos! Le ha puesto de nombre al negocio "Ciudad Del Cabo" ya que hace unos años, Evaristo se marchó en busca de fortuna a África como soldado mercenario y éste, a diferencia del que suscribe, si se ha visto con algún dinerillo propio.

—¿Has dicho que iremos en metro? —preguntó Alfonso.

—Sí y si todo sale bien, podríamos volver andando y estirando las piernas. De paso nos paramos a comer y tomar algo para reponernos del desgaste con las "titis", ¡que por cierto! —exclamó Prudencio con gran interés y sin venir a cuento—, ¿te has acostado alguna vez con una mujer de color?

—¡No entiendo cómo te gustan tanto los detalles ajenos y el morbo! —replicó enojado Alfonso— Eres un auténtico cotilla por emplear un término suave... ¡Mis secretos de alcoba y dada mi condición de soltero quedan reservados exclusivamente para mí!

—Te lo digo —insistía Prudencio—, porque las mulatas son excepcionales. Tienen una textura distinta cuando les pasas la mano por encima y dan un juego que te hacen sentir placeres tan intensos que te trasportan hasta el cielo. No exagero. ¡Es como si te acostaras en una cama con sábanas de cuero!

La casa de citas estaba habilitada además con otra novedad que ofrecía al público: un salón de dimensiones considerables donde se proyectaban películas eróticas como paso previo al encuentro con las señoritas. Las películas —como casi todo lo original y trasgresor de la época—, llegaban de Francia dando prestigio en Madrid a la

casa en cuestión por ello.

—Tienes que saber amigo Alfonso que la última película que proyectaron no vino de Francia, sino directamente de la Zarzuela. Me cuentan —y está en todos los mentideros de Madrid—, que nuestro rey es un gran aficionado al tema, y además, tenemos un contacto con su círculo más cercano que les posibilita el suministro —apuntó Prudencio—. Además, tengo entendido, que esta tarde reponen la cinta de la que te hablo.

—¿Cómo sabes todo eso Prudencio? —preguntó Alfonso.

—No me gustaría al igual que tú, entrar en detalles de mi vida íntima, pero has de saber que la regenta del prostíbulo cuyo apropiado nombre de guerra responde a Mesalina, es una vieja conocida mía y de la corona…. —Te la presentaré en la primera oportunidad que tengamos y verás qué dama más educada y seria. No hay otra en toda la corte. Se comenta que incluso Alfonso XIII ha llegado a conocerla.

—Está entrada en años —dijo Prudencio—, pero en la cama, tendrías que probarla… ¡Te aseguro que no hay nadie como ella! ¡Gallina vieja hace buen caldo!, amigo Alfonso.

El salón de la casa al que se accedía con discreción desde una puerta trasera de la misma y un estrecho y largo pasillo franqueado por habitaciones pequeñas, estaba muy oscuro y envuelto en una especie de nebulosa densa por el humo del tabaco. Tenía al fondo una especie de sábana habilitada para la pantalla y en torno a ella, cómodamente sentados en butacas afelpadas de color granate, media docena de clientes de todas las edades y condiciones suspiraban y contenían la respiración. Al lado, un piano, al que daba vida un encorvado y anciano músico acompañaba con la melodía el transcurrir de la cinta. Sin perder detalle de lo que salía en escena todos los espectadores de la sala dirigían sus miradas a la pantalla donde aparecía un caballero con una camiseta de tirantes blanca como único y exclusivo atuendo. El mismo con bigote alfonsino y pelo engominado, gozaba alternativamente con dos señoritas ataviadas a la época y que con los envites de éste, fueron poco a poco perdiendo ropa hasta quedar completamente desnudas y a merced del caballero. Éste —bien dotado de cintura para abajo por la madre naturaleza—, complacía simultáneamente y despachaba con ardor a cada una de ellas hasta culminar el acto para el que sin duda, supo dosificar el deseo y el tiempo. La película no duraba más de ocho o diez minutos, y mientras se desarrollaba el acto amatorio a tres bandas algunos de los espectadores abandonaron la proyección debido a los consiguientes aumentos de

temperatura y ardores buscando con avidez a la señorita que madame Mesalina les tenía adjudicados de antemano. Prudencio —uno de ellos—, tampoco acabaría con el visionado completo de la película e igualmente y con premura pasaba a las dependencias interiores con el firme propósito de poner en práctica y emular ante Susanne, una joven francesa y acompañante ocasional, todo lo que súbitamente había presenciado en la película. Todo quedaría sin embargo en algo menos de la cuarta parte de lo observado en la ficción ya que los acaloramientos estaban tan elevados, que apenas dio tiempo para quitarse la ropa y descargar con rapidez y casi sin control toda su hombría. Por su parte Alfonso y dado que en el camino hasta el burdel habían recalado en más de una taberna al paso se quedó casi dormido por la tranquilidad relativa que respiraba la sala, y una vez metido en situación con la correspondiente señorita adjudicada, tampoco estuvo a la altura de las circunstancias. Ni mucho menos pudo emular al caballero bigotudo de la pantalla tal vez por el exceso de cerveza ingerido con el que se habían presentado en Cuatro Caminos. Igualmente, su cabeza pensando en Fornitura, impidió la concentración total del mismo en el acto, evitándose además, que las cosas siguieran por el cauce más apropiado. Una repentina apatía física a modo de disfunción eréctil, se apoderaría del mismo inutilizándolo y sonrojándolo, siendo posteriormente objeto de burla por su ínclito Prudencio.

—¡No te preocupes Chato! —dijo la dama de compañía—, ¡eso es más frecuente de lo que imaginas!

—¡Es la primera vez que me pasa! ¡Lo siento señorita! Tal vez no fuera el momento —repuso Alfonso a modo de disculpa.

—¡Olvídalo y abona igualmente la tarifa! ¡Los precios del servicio son los que son, y ellos no entienden de gatillazos! Aunque permíteme un consejo de experta: “a la hora de la jodienda, y si quieres cumplir como un hombre, no pienses en otras cosas que no sean las que tengas entre manos o piernas” ¡Y la botella aléjala lo más posible! Por cierto, desfila cariño que hay tíos esperando y tenemos que hacer caja.

Alfonso ya de vuelta de la Ciudad del Cabo, y sin apenas mediar palabra con su maestro de ceremonias, recordaba con ingratitud su fracaso en la casa de citas. Tal vez —pensaba para sí—, si hubiera utilizado los parches para la impotencia del Doctor Paris que le había comprado a mi amigo Teófilo como detalle de mi viaje no habría hecho el más espantoso de los ridículos.

Las dos cajas de sellos para la impotencia, a siete pesetas cada

una, que había adquirido como regalo en la farmacia La Higiénica de la Puerta del Sol, irían a parar irremediablemente a la basura y no a las manos de su amigo Nicolás para el que estaban destinadas. Este, que en algún exceso de confianza y en alguna de las tertulias o partidas que mantenían a menudo, le había manifestado los cada vez más frecuentes problemas para mantener relaciones que debido a la edad le estaban amargando los últimos años de su vida, no se merecía un detalle como este sin al menos pedirle opinión en un tema tan escabrosamente delicado.

XI-EL DUELO

Otra sorpresa macabra le tenían preparada esa primera semana de rutas por las entrañas de Madrid a la que en esta ocasión Alfonso se negaría con rotundidad.

—Mañana, amigo Alfonso tengo un asunto al que debo acudir inexcusablemente como testigo, y presiento que ya es demasiado tarde como para dar marcha atrás —apuntó Comesaña.

—Ya sabes cómo soy y por eso pienso que te apetecería contemplar la experiencia como un invitado más. Estoy citado con unos señores al apuntar el alba. Con toda probabilidad y mientras lo cerramos todo, tardaremos algo más de lo habitual en proseguir con nuestro recorrido. Te prometo de todas formas, que intentaremos ser lo más breves posible.

—¿No estarás, amigo Prudencio, metido en algún asunto turbio del que tengas que arrepentirte?

—Más o menos Alfonso. Todo por asuntos de cuernos y afrentas. No me ha quedado más remedio que ser el padrino elegido por un cliente mío que se batirá en duelo a pistola en las proximidades del Retiro. Todo está de sobra preparado y estamos emplazados a la salida del sol.

—¡Por ahí no paso lo siento! —replicó en cólera Alfonso— ¡Yo pensaba que eso solamente ocurría en las novelas, pero aprecio que la realidad supera con creces a la literatura!

—Los duelos en Madrid son más frecuentes de lo que tú te imaginas y los que estamos a diario en la calle y nos damos a ella por oficio, raro es el año en el que no asistimos directa o indirectamente a alguno que otro. Esta vez —continuaba Prudencio —, será más rápido: a pistola. Otras han sido un poco más lento y sufrido hasta que el florete o el sable correspondiente, no ha hecho sangre suficiente como para terminar la disputa con alguna herida relativamente grave que diese por zanjado el duelo, o incluso, hasta que una estocada mortal finalizase en segundos con la vida de alguno de los contrincantes y de paso con la afrenta.

—¿Y todo por cuestiones de faldas? —preguntó Alfonso.

—¡Por cuestiones de faldas, bragas u otro accesorio del ajuar femenino que quieras enumerar! Ya conoces el dicho de que “más arrastra pelo de coño que maroma de barco”.

—¡Es que ata, no que arrastra querido amigo! —corrigió súbitamente Alfonso sobre los términos exactos del refranero.

—¡Da igual! Los matices no tienen importancia —continuo Comesaña—. Cuando algo relacionado con todo eso se tuerce y sale mal por a la aparición de terceros o terceras, se recurre a limpiar la honra con las armas. ¿Te vienes de testigo entonces?

—¡Ni lo sueñes! ¡Te he dicho que no hace un instante! Estás loco y eres una persona que vendería su alma al diablo por dinero; ya sabes de sobra por lo que me vas conociendo que no soy partidario de la violencia y menos de esa forma. Sería incapaz de presenciar un acto como el que me describes sin la obligación moral de detenerlo con el uso de la palabra.

—¡A todo te acostumbras mi querido y honesto Alfonso! Te acostumbras al rito, te acostumbras a la muerte, a la visión escalofriante del dolor o de la sangre, y una vez concluido todo, ¡Si te he visto, no me acuerdo!

—¿Y para qué sirve entonces la palabra y el entendimiento entre las gentes civilizadas?, amigo mío.

—Para nada Alfonso...absolutamente para nada en estas circunstancias tan enajenadas. Un buen ataque de cuernos solo es mitigado a efectos analgésicos con un remedio a base de pólvora y sangre en los amaneceres de Madrid. Después, la vida sigue su curso con plena normalidad. Las autoridades municipales de ocupan de la recogida y enterramiento del cadáver, los plumillas escupen carnaza durante varios días en sus descerebradas editoriales…y rara vez, por no decir nunca, las pesquisas legales llegan al final. Todo parece un ritual cuasi permisible que forma ya parte de esa subcultura patria que se hace imposible de modificar por nada.

—¡En absoluto cuentes conmigo! Estoy seguro que al final me enteraré por la prensa y sus esquelas del nombre del finado. Además, ¿qué ganas tú en el asunto? ¡Porque dinero has de sacar conociéndote como te voy conociendo pedazo de sinvergüenza!

—Sin duda alguna don Alfonso. Esta vez se ha procurado una buena bolsa en cuestión de gastos de preparación del evento y representación, a la que indudablemente tendré acceso, ¡Acabe la lid como acabe, me da lo mismo!

—¡Eres un cínico depravado! —respondió Alfonso— No sé ni cómo oso tenerte a mi disposición cuando alegremente juegas con la vida y la posibilidad de contemplar fríamente y a escasos metros de distancia la muerte de un amigo.

Al otro día de los acontecimientos y muy de mañana la curiosidad le pudo más a Alfonso que toda su lógica. Toda la prensa

que compraba como de costumbre, se hacía eco del duelo del día anterior y comentaban, cada medio a su manera, el dramático suceso celebrado en las inmediaciones del retiro. Él que conocía al detalle las causas por la conversación mantenida horas antes con Prudencio, no podía creer la sarta de mentiras y bulos que los periódicos pregonaban. Al igual que en cualquier tema importante de la vida cotidiana, cada uno desde su posicionamiento ideológico y según dictaminase su línea editorial, ofrecía y analizaba la noticia dando una versión bien distinta sobre la naturaleza y el desarrollo de la misma, coincidiendo únicamente, en el nombre del difunto puesto que tampoco coincidían para nada con los orígenes del acontecimiento ni con la dedicación o filiación del finado. Uno de los diarios más próximo al clero y con tendencia claramente religiosa, aludía a la natural inclinación a hacer el bien del difunto:

"Hombre cabal donde los hubiera y amante de la familia cristiana y de la Iglesia", porque según los antecedentes que obraban en sus archivos, "era conocido en toda la sociedad madrileña de bien por sus impagables obras de caridad que había realizado en vida y por sus generosos óbolos ofrecidos a las instituciones religiosas y la iglesia madrileña; en especial a la de San Jerónimo". De su vida profesional y privada destacaba este periódico, su dedicación y entrega plena a su familia, y su capacidad innata para los asuntos empresariales y el comercio. No en vano, "había sido capaz de relanzar una empresa de ámbito familiar, dedicada al vidrio, y situarla en los mejores niveles productivos de su sector en toda España y parte del extranjero".

En el lado opuesto y en otro medio bien distinto, las crónicas hablaban del fallecimiento en duelo de un "verdadero explotador de obreros", hecho este que sin duda alguna, había llevado al "cacique" a batirse a vida o muerte, por un asunto relacionado con los intereses contrapuestos que emanaban por un lado de un empresario avaro y enriquecido a costa del sudor de sus trabajadores y por otro, de las reivindicaciones nunca atendidas de un gremio al que explotaba de manera inmisericorde:

"Un patrono que nunca atendió las peticiones de sus proletarios a favor de mejoras salariales ni reivindicaciones sociales". "Justa puede plantearse su muerte". Incluso este diario argumentaba: "Hoy un grupo de obreros cualificados, va a descansar en paz de las tiranías de un personaje sin igual en la vida empresarial madrileña".

Alfonso no cabía de asombro e indignación por lo que estaba leyendo, pero después de un último sorbo de café y tras coger otro periódico del día, una tercera línea especulativa y distinta

terminaría por desquiciarlo por completo:

"Un bohemio y adinerado empresario madrileño Don Nicomedes de la Orden ha sido encontrado por la autoridad municipal asesinado de un certero balazo en el corazón en un descampado de Madrid, después de atender seguramente, a la llamada del conocimiento de experiencias extremas en forma de duelo. La muerte le ha llegado de manera repentina a un hombre amante de vivir la vida al límite, puesto que fuentes cercanas a esta redacción, nos confirman que era adicto a timbas nocturnas que habían terminado en cierta ocasión jugándose peligrosamente la banca final, a la ruleta rusa…"

Alfonso, mientras leía todos estos comentarios después del desayuno y antes de salir en busca de Fornitura, tenía bien claro que el fulano de la Orden no dejaba de ser más que un pobre desgraciado al que la vida le había puesto en una situación de la que por su naturaleza débil, no fue capaz de afrontar, ni tampoco, conseguir soluciones nada más que dando salida por una vía extrema. Y donde la vida o la muerte sería la encargada de poner las cosas en su correspondiente sitio, o reconducir asuntos sin visos de solución. Cierto sabor amargo le estaba dejando todo aquello. No se le iba de la cabeza por más que lo intentaba, ni el duelo ni sus versiones, sobre todo, porque por un momento podía haber sido testigo directo de la muerte de una persona a la que la providencia había dotado de sustanciosos bienes materiales pero que por el contrario, el entendimiento y la razón, le dejaban abandonado en los instantes de jugárselo todo a la crudísima cara y cruz de un duelo con pistola.

XII-SUITE 226

Tenía que suceder tarde o temprano porque todo en la vida tiene su primera vez. Después de muchos días en los que Alfonso anhelaba tenerla, y gozar más allá de lo que disfrutaba viéndola de cerca o hablando con ella, deseaba con pasión amarla y fundirse en un solo cuerpo sin que el tiempo ni nada lo detuviese. Todo sería de lo más sencillo y natural. Como suceden las cosas cuando las personas dejan correr a la pasión y el deseo. Solo bastaron dos miradas cómplices y unas simples palabras para quedar y pasar la noche en un sitio distinto al que solían acudir a cenar, y sobre todo, poder departir en un lugar mucho más tranquilo e íntimo que todos aquellos que frecuentaban generalmente. Alfonso sin decir nada para no revelar el secreto que desde unos días perseguía, había reservado una habitación de cierto lujo en el Hotel Europa esa misma tarde y sabía que esa noche, podía tener la oportunidad ansiada de dormir con ella, y de paso, sorprender a Fornitura al poder quedar en un sitio distinto a lo habitual. Igualmente había reservado mesa en el mismo hotel para cenar con la clara intención de compartir una velada romántica junto a su amada, alejada de los bullicios típicos de las salas de fiesta a las que acudían casi a diario.

Alfonso había recogido a Fornitura esa noche de su domicilio como de costumbre, y mediante el tranvía, llegaron hasta el hotel sobre las nueve aproximadamente. El encargado del comedor les acompañó hasta la mesa que tenía preparada para ellos que se situaba casi en una esquina de un decorado e inmenso salón rectangular. La pareja no cesaba de mirar hacia todas partes dada su grandilocuente ornamentación y su depurado estilo. Una enorme vela de color rojo encendida presidía la mesa bajo la luz general de cuatro gigantescas lámparas de cristal en el techo, cuya iluminación tenue ayudaba con insistencia al carácter íntimo del encuentro. De fondo, un vibrante y delicado sonido de violín interpretaba valses…

—¿Te gusta la música clásica? —preguntó Alfonso a Fornitura.

—Sí, lo que pasa es que tengo muy pocas oportunidades de poder escucharla.

—El violinista —continuo Alfonso—, está interpretando valses y este que acaba de empezar a tocar en estos momentos es el “El Lago de los cisnes” de Tchaikovsky.

—Desconocía por completo que también entendías de música antigua —repuso Fornitura. Eres una verdadera caja de sorpresas amor mío…

—Solo un poco —respondió Alfonso—. En el pueblo difícilmente escuchamos nada similar, si no es por algún que otro concierto de la banda municipal —que por cierto es francamente buena.

—Cuando viajo a Madrid o a alguna capital, y siempre que puedo, me gusta asistir a conciertos. En casa, en Villaencina, tengo un gramófono inglés: un Odeón que me mandaron desde Barcelona por el que pagué un buen pico. Cada vez que tengo un rato libre o deseos de relajarme o viajar con la imaginación, escucho música clásica. Mi amigo Nicolás me regala de vez en cuando algún disco y muchas veces los intercambiamos con la gente de allí para escucharlos. Hay días que lo llevo a mi escuela y se lo pongo a mis alumnos. ¡Ya sabes la relación entre la música y las fieras!

Un frío y cortante —¿Qué van a tomar los señores? interrumpía casi detrás de ellos la conversación al tiempo que Alfonso como en un acto con exceso de pudor, soltó súbitamente y temeroso la mano de Fornitura que acariciaba con suavidad sobre el tapete de tela blanco de la mesa.

—¡El mejor champaña de la casa camarero! —contestó con rapidez Alfonso—, además, si es usted tan amable, nos sirve una docena de ostras a modo de aperitivo mientras vamos decidiendo la cena.

—¡Perfecto! —contestó el mesero— dentro de un momento lo tienen todo servido.

—¡Estás loco! —comentó en voz baja Fornitura — ¡Te vas a gastar un auténtico dineral esta noche, y a mí me basta de sobra con tu buena intención de invitarme a un sitio tan acogedor como este y tan holgado de lujo!

—¡El lujo lo pones tú querida porque eres la mujer más bella y más sincera que jamás he conocido!

—No te preocupes por el dinero, —continuaba Alfonso—, porque el mismo no sirve para nada si no tienes un motivo importante para poder emplearlo. El dinero no suele ser fuente de felicidad: muchas veces disponiendo de él en abundancia eres la persona más amarga del planeta, y otras, sin la necesidad de llegar a utilizarlo, los pequeños detalles para sentirte a gusto, son los que valen más que nada. Y esos por supuesto no se pagan con todo el oro del mundo que tuviésemos a nuestra disposición.

La velada transcurría de forma pausada y armoniosa. La conversación, cada vez más íntima, rozaba lo melancólico en

ocasiones y lo jocoso en otras. Todo en ellos era dulzura, y estaba envuelto en un halo de atracción muy poderoso marcado por el sonido envolvente de la música clásica de fondo. El tono de sus voces que se iba por momentos amoldando al ambiente se tornaba cada vez más cadencioso y no era interrumpido sino por el acto mecánico de injerir alguna exquisitez de la cena o como dos adolescentes, al darse un fugaz beso en la boca cuando entendían que nada ni nadie osaba verlos. De cena, un caldo frío de pescado, unas verduras rehogadas de temporada y un jugoso bonito del norte braseado sería más que suficiente para calmar los apetitos del hambre, mientras que los otros, los carnales y la lujuria encendida a plena máquina, aumentaba al ritmo en que se sucedían los minutos en la noche.

—¿Les sirvo a los señores otra botella de champán? —preguntó el camarero haciendo notar esta vez mediante un leve carraspeo de garganta su presencia en la mesa donde se fundían en pasiones la pareja.

—¿A ti te apetece, querida? —preguntó Alfonso.

—Creo que ha sido suficiente con lo que hemos tomado. Por mi parte no deseo nada más.

—Pienso igual que tú, creo que no tomaremos nada ¡Gracias! ¡Por favor cuando usted pueda nos acerca la cuenta de la cena! —demandó Alfonso al camarero— Éste con extremada elegancia fruto de su experiencia profesional, asintió con la cabeza y con un simple ¡Así será!, les volvía a dejar solos en un momento en el que la música había cesado, y el silencio de la sala comedor se podía tocar con las manos.

—Te tengo reservada una pequeña sorpresa querida mía. Tómate unos minutos para pensarla y te pido que utilices tu don de la sinceridad para aceptarla o no. No me gustaría que la considerases como una situación forzada o una encerrona; me bastaría con un simple no para olvidarlo todo.

—¡Vamos Alfonso dime de qué se trata! —aunque algo intuyo por tu cara y tus ojos brillantes, sobre el contenido de tu proposición.

Alfonso apuró un último sorbo de champán de la copa de cristal fino que estaba utilizando como en un gesto para tomar fuerzas o para intentar relajarse momentáneamente ante alguna situación delicada y sin rodeos, se dirigió muy serio a Fornitura:

—He reservado una suite para los dos en este hotel y para esta noche. Me gustaría pasarla a tu lado y si estás de acuerdo, querernos sin límite.

—Me lo imaginaba querido. ¡Hay que ver lo que te ha costado decidirte en algo a lo que tanto tú como yo, llevamos deseando muchos días desde que nos conocemos!

—Además de apetecerme compartir contigo toda la noche, te deseo con todas mis fuerzas y toda mi alma —respondió ella.

Alfonso asió suavemente las dos manos de Fornitura y las acercó pausadamente a su boca hasta besarlas sin fin.

—Tenemos toda la noche y todo el tiempo del mundo para nosotros. ¡Vámonos!

La suite 226 del Hotel Europa sería el único testigo de la primera vez en la que los dos amantes se entregaron y quisieron una y otra vez hasta quedar exhaustos y dormidos abrazados el uno junto al otro. El calor húmedo del verano de Madrid, escasamente mitigado por la insistencia de un pequeño ventilador de pie apoltronado al lado izquierdo de la cama, no interrumpiría las horas largas de la primera noche compartida y de pasión después de conocerse algunas semanas antes. Todo había sucedido como en un sueño y una nube para ambos a pesar de su madurez y de sus vidas repletas de encuentros y desencuentros amorosos y forzados. Nada para los dos había sido tan grato como esa primera noche, y aunque al día siguiente ninguno de los dos se refirió a la misma, los encuentros que se irían sucediendo tendrían siempre un reto de superación sobre lo sucedido y la maravillosa experiencia vivida hasta la extenuación en la 226 del Europa.

XIII-LA VUELTA DE COMESAÑA

—Esta mañana, nada más apuntar el día, ha telefoneado a la pensión un tal señor Comesaña preguntando por usted don Alfonso —indicó doña Pura la dueña del hospedaje en el desayuno.

—¿Y le ha dicho a qué obedece su llamada o al menos, si quería algo en concreto?

—Únicamente me ha dado a entender, que hace bastante tiempo que no habla con usted y que por consiguiente, le urge la necesidad de verlo…

—¡Me imagino lo que quiere este crápula de amigo que tengo! De momento estoy seguro que hasta dentro de unos días no podremos reencontrarnos —respondió el huésped cordobés.

Alfonso había entablado una estrecha amistad con Prudencio Comesaña desde los primeros días en que se dieron a conocer ejerciendo la reventa de entradas del teatro. Su relación con él llegó a ser de confianza mutua y total porque desde el primer momento, habían dejado claros ciertos conceptos para situarse cada uno en el lugar que las circunstancias desde ese encuentro habían determinado. Comesaña ganaba el dinero revendiendo todo lo que se le ponía a su alcance y con la representación intermediaria de varios productos varios. Ahí dejó Alfonso claro que su persona era un producto más al que Prudencio tenía que dar salida. Desde el mismo instante en el que acordaron sus papeles, Prudencio se convertía en anfitrión para enseñar Madrid a un personaje llegado de provincias con ganas de conocer y disfrutar. Los detalles económicos de la operación quedaban totalmente cerrados sin que ninguna de las partes objetase traba alguna: Alfonso corría con todos los gastos que se originasen en cuestión de comidas, bebidas y otro tipo de juergas, y además, en el caso en que Prudencio acompañase durante el día o la noche al completo a su cliente, debería ser gratificado con una cantidad de dinero similar a la que diariamente obtenía en una buena jornada de ventas por representación. Así lo apalabraron y así se hizo durante un par de semanas escasas en las que Prudencio acompañó a Alfonso y, hasta la irrupción de Fornitura en la vida de éste.

Ahora intuía Alfonso que algo diferente llegaba a escena. Algo había podido entrever con anterioridad y algunos detalles

resbalaban de esa relación casi esperpéntica que mantenían ambos y de la que Prudencio, guardaba casi siempre reserva absoluta. Tenía un presentimiento casi real…—tengo la impresión de que se trata, después de darle vueltas a la llamada de Prudencio, de algo mucho más delicado pero a lo que no estoy dispuesto a acceder, ni mucho menos, a transigir un ápice —comentó para sus adentros Alfonso. Se trataba en realidad, de prestar a Prudencio Comesaña, una fuerte cantidad de dinero para atender antiguas deudas aún pendientes a causa del juego. En el aire se situaba el romper súbitamente la amistad y todo lo que le había supuesto la relación con el representante o abiertamente, atender a su petición a sabiendas que era una cantidad a fondo perdido y que los cuartos obtenidos por la venta del olivar no daban para dispendios de esa magnitud.

Ese día, Alfonso no paró de dar vueltas a su cabeza ante lo que presuponía con total seguridad, e incluso antes de pasar a recoger a Fornitura a su domicilio, volvió a solicitar información a su casera sobre la llamada de esa mañana:

—Perdóneme otra vez doña Pura: no hago más que pensar en lo que me comentó en el desayuno y no dejo de obsesionarme a lo largo de la mañana ¿Recuerda si el tal Comesaña le ha referido algo relacionado con temas de dinero, avales o préstamos?

—No don Alfonso. Lo único que recuerdo con exactitud es que refirió estar pasando por apuros y que quería urgentemente contactar con usted.

—Me lo figuraba —aseveró Alfonso—. ¡Esos apuros me los sé de memoria y tienen nombre de números con apellido de ceros irremediablemente!

—No sé a qué se refiere usted con lo de los números —replicó doña Pura.

—¡No importa! Gracias de nuevo y le prometo que en cuanto tenga la oportunidad de contactar con ese señor, le pongo al día de la verdadera historia de los “dichosos numeritos”.

En los días en los que Alfonso llevaba alojado en esa pensión del centro de Madrid, la relación con doña Pura no había trascendido de lo estrictamente profesional derivado de las funciones propias de quien regenta una pensión de huéspedes. Salvo un día en que a Alfonso una disentería le hizo acto de presencia y de las suyas, en contadas ocasiones había tenido la ocasión de entablar alguna que otra conversación con ella. Sin embargo, doña Pura era una persona de buen corazón y mejores sentimientos hacia las personas, al menos, Alfonso tenía ese pálpito.

Es posible —pensaba interiormente—, he desaprovechado una excelente oportunidad de hablar con una mujer con mil batallas en sus espaldas como regenta de una casa por la que pasan cientos de personajes dispares y de escuchar historias, que por su experiencia en años de administración del establecimiento, me aportaran datos sobre el Madrid que ahora empiezo a conocer y que sin remedio alguno, nunca llegaré a entenderlo en su plenitud puesto que la vuelta a la rutina de mi pueblo en Los Pedroches se aventura cercana.

Por un instante recordó Alfonso que todavía conservaba guardada en la maleta de cartón que trajo desde Villaencina, la tarjeta de presentación de Prudencio Comesaña con la que se presentó junto al teatro de Madrid, y en la que dejaba bien claro su categoría profesional, dirección y teléfono. No lo dudó un solo instante. La intranquilidad le podía y le mandaba. Con cierta celeridad distinta de lo habitual en él, entró como un resorte en su habitación y de un manotazo, vació toda la maleta encima de la cama rebuscando la tarjeta hasta encontrarla. Con un simple golpe de vista, atisbó perfectamente el número de teléfono que se encontraba impreso en la parte inferior derecha de la misma.

—¡Lo tengo! Ahora mismo lo llamo y salgo en un instante de esta duda que se me está convirtiendo en pesadilla —comentó en voz alta Alfonso.

Se dirigió con la misma prontitud hasta el pasillo del salón comedor de la pensión donde se encontraba colgado el teléfono en mitad de la pared empapelada con tonos grises. Con presteza marcó el número de Comesaña.

—¡Dígame! —contestó con voz lastimosa Prudencio.

—Buenos días, señor Comesaña, soy Alfonso…"tu amigo el señorito cordobés.

—¿Dónde te metes? ¡Mariconazo! —respondió Prudencio mientras cambiaba el tono de voz por otro más jocoso.

—¡Ya lo sabes de sobra! Ando metido en asuntos de faldas y te juro que estoy perdidamente enamorado y como nunca de una mujer entrañable. Pero dime…Me ha comentado la dueña de la pensión que esta mañana has intentado localizarme, lo cual ha sido imposible porque justamente en el momento de tu llamada me encontraba comprando la prensa en el quiosco de abajo.

—¡Me lo figuraba! —repuso Prudencio— Tú siempre tan embebido con la lectura y creyéndote al pie de la letra lo que algunos plumillas o picos de oro publican a diario.

—Bueno Prudencio ¿Me vas a decir a qué se debe el honor de tu

llamada matutina? ¿O se trata de algo que intuyo fehacientemente en estos momentos?

—Verás. Los asuntos económicos no van muy bien que digamos en mi casa, y esta vez las cosas han ido demasiado lejos. Necesito dinero urgentemente para cubrir una importante deuda. Ya sabes… "del jodido juego de los cojones".

—¡Bien conoces lo que en infinidad de ocasiones te he dicho al respecto! —respondió Alfonso— Te vas a encontrar tarde o temprano con un serio problema del que no puedas recuperarte en tu puñetera vida. Y por cierto, ¿de qué cantidad hablamos en esta ocasión?

—Bastante Alfonso, bastante. ¡Y lo peor de todo es que solamente me han dado una semana para reunirlo y ya estamos a martes!

—¡Dime de cuánto se trata de una vez! ¡Maldita sea! —preguntó con insistencia y mal humor Alfonso.

—15000 pesetas o de lo contrario, veo a mi familia en la calle o debajo de un puente y mi casa entregada a cuenta. Me lo han advertido a modo de ultimátum y no tengo alternativa.

—¿Cómo has podido llegar a eso Prudencio? Estás majareta perdido… ¿No te das cuenta de la ruina que tienes encima y a la que vas a llevar a toda tu gente?

Prudencio al otro lado del teléfono, entrecortaba por instantes su voz y su respiración. Lloraba de manera infantil sin poder evitarlo, y aunque no lo viese en esos momentos Alfonso, lo notaba totalmente derrumbado como si de un castillo de naipes se tratase por la acción de una ráfaga de aire o un mal movimiento en el tapete de juego.

—¿Me estás escuchando? —volvió a insistir Alfonso en un tono más elevado.

—¡Sí! ¡Sí! Estoy aquí todavía… ¡No puedo más Alfonso! O salgo de ésta o me pego un tiro en la cabeza antes de colgar el teléfono… ¡Sabes que soy capaz de todo!

—¡Espera un momento! ¡Vamos a quedar! Te invito a unas cervezas y hablamos —argumentó rápidamente Alfonso como presagiando algo irreversible—. Nos vemos dentro de una hora en la Ardosa ¿Te parece? Aunque te anticipo que ni con todo el dinero que me queda por la venta del olivar, podré salir en defensa tuya. Ahora mismo llamo a la mujer con la que salgo, y cancelo la cita.

—¡Eres un tío con un par de huevos bien puestos! El mejor, y no es por adularte… ¿Nos vemos a las 12? —esgrimió más relajado Prudencio.

—Perfecto Comesaña, perfecto. ¡Como siempre a la hora del ángelus!

Disponía de poco tiempo Alfonso para repasar someramente y poner en orden la prensa del día, porque entre otras cosas, lo primero que tenía que ordenar era su cabeza atribulada por la situación de su amigo Prudencio. Como era martes, los periódicos del día venían cargados de información al no editarse en la jornada anterior, pero como era habitual en él, y con más esfuerzo que en otras ocasiones, los repasó con premura subrayando con su pluma estilográfica los artículos que serían objeto de una posterior y más concienzuda lectura. Después de llamar a Fornitura para explicarle el porqué de la anulación de la cita que tenían, y de recibir una seria advertencia de andarse con cuidado con un personaje de ese calado, se encaminó a la Ardosa con el tiempo suficiente de poder preparar durante el camino alguna estrategia ante lo que vislumbraba. A medida que avanzaba en su caminar, la única solución que veía no pasaba sino por prestar a fondo perdido, una ingente cantidad de dinero a una persona que en el fondo era un completo desconocido. La duda le desbordaba y no le dejaba actuar con claridad. No era capaz de encontrar otra solución viable o al menos, un recurso intermedio que tampoco pasase por armarse de valor negándolo todo a su amigo.

—Lo hago… ¡Corto por lo sano! Ahí está la solución —pensaba interiormente—, pero la verdad es que no puedo dejarlo tirado como una vulgar rata en estos momentos… ¿Y si le dejo algo de dinero para ir tirando? Es posible que por lo menos lleguen a fin de mes y satisfaga las necesidades de comida durante unos días hasta que esto se aclare.

En la esquina de la cervecería la Ardosa, y desde una cierta distancia, contempló la figura demacrada de Prudencio. No podía dar crédito a su aspecto débil y más delgado de lo habitual.

Cuando llegó a su altura, rompió a llorar como jamás hubiera visto hacerlo a ningún hombre, abrazándose con fuerza a Alfonso entre sollozos y lágrimas sin dejarlo.

—¡Cálmate Prudencio! ¡Dios aprieta pero no ahoga! …¡Y suéltate leche! ¡Que quien quiera que nos vea dirá que somos un par de bujarrones con problemas de amores o celos!

—¡No puedo Alfonso! ¡No puedo! —respondió en sollozos Comesaña— Todo se va al garete y siento como me hundo en la miseria por completo. Lo malo —continuaba— es que mi mujer y mis tres hijos no tienen la culpa de nada y lo ignoran todo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Alfonso en un momento de la

conversación en la que el llanto aminoraba.

—¡Mi cabeza no me responde ahora a esa pregunta amigo!…Lo veo todo muy negro y la solución pasa por el bolsillo de mi americana…

La mano derecha de Prudencio permaneció desde esas palabras aferrada dentro del bolsillo derecho de su chaqueta sin inmutarse y Alfonso, pudo comprender rápidamente que Comesaña empuñaba algún tipo de arma con la que, de no suceder algún milagro o una decisión del destino imprevista, pondría fin a su existencia solucionando drásticamente de paso el problema.

—¡No se te ocurrirá utilizar lo que sea que tengas en el bolsillo de tu americana! —comentó enérgicamente Alfonso— No seas cobarde y no tires por la calle de en medio cometiendo alguna locura y piensa en los tuyos… quitarte la vida es fácil para ti pero no para tu familia.

—¡De hoy no pasa Alfonso! ¡Te lo juro! Esto toca a su fin y las cosas han llegado ya demasiado lejos.

—Dame por favor lo que tengas en el bolsillo guardado —ordenó rabioso Alfonso—. ¡Al menos deja que no sea tu amigo precisamente el que presencie la muerte de un cobarde hijo de puta!

Al oír estas palabras, y el tono en que las había pronunciado, Prudencio apretó aún más su mano derecha dentro del bolsillo y con el brazo tembloroso sacó un pequeño revolver colt del calibre 22 y se lo entregó entre sollozos nuevamente a Alfonso, que presto y con total discreción, pasó a guardarlo en el bolsillo derecho de sus pantalones.

—¡Ya te devolveré este artefacto algún día! Ahora olvidemos por un momento lo sucedido y tomemos una cerveza para alegrar el rato… y ¡límpiate las lágrimas coño!, que quien te vea y te conozca en esta situación volverá a pensar en lo que te dije: una pareja de tíos con mal de amores… y lo malo es que me colgarían a mí el mochuelo de ser tu amante y el causante de tu congoja, y por ahí no paso.

No fueron ni dos ni tres sino muchas más las cervezas que tomaron mientras olvidaban el momento acaecido y trataban de atisbar y encontrar sus hipotéticas soluciones. Esta vez, y a diferencia de todas las anteriores, la “dolorosa” fue abonada por Prudencio en su totalidad en un acto más de cabezonería que de otra cosa ante la negativa reiterada e insistente de Alfonso, que por un lado comprendía al detalle el estado de ánimo de su amigo, pero también, entendía el problema económico en que estaba sumido.

Ya en la despedida, Alfonso sacó de su billetera mil pesetas y se

las dio a Prudencio con la promesa, de que estas eran las últimas que podía prestarle y que lo hacía solo para pagar la deuda que debía la esposa de Comesaña a su tendero habitual en la tienda de ultramarinos de su calle, y conseguir en lo que quedaba de mes, que no faltase nada para llevarse a la boca en su casa.

—¡Dame otro abrazo Alfonso! ¡Eres un pedazo de amigo cabronazo! —dijo Prudencio.

—Te recuerdo que esos cuatro mil reales últimos que te has metido en el bolsillo son eso los últimos, y solamente para que no falte de comer en tu casa al menos hasta que cobres tu sueldo el mes que viene...Lo de la deuda del juego, disponemos todavía de algunos días para que se nos ocurra algo y poder afrontarla de alguna manera.

—Ahora tengo que irme —continuó Alfonso—, ya te hablaré de una mujer que he conocido y me espera y que también tendrás la oportunidad de conocer en breve. Haz el favor de llamarme mañana a la pensión y me cuentas como te encuentras de ánimo.

Los dos amigos se estrecharon la mano a modo de despedida, y al menos, Alfonso con la pistola en el bolsillo, respiraba profundamente por momentos con la conciencia tranquila de haber evitado la muerte de Prudencio, aunque de sobra intuía, que si lo que tenía decidido era ese final, tal vez fuese posible que lo hiciera tarde o temprano y por otros métodos. Hoy por lo menos le hemos ganado un primer asalto.

Era ya bien entrada la tarde como para ir a buscar a Fornitura, y Alfonso, decidió tomar unas tapas de camino a la pensión donde regresaría para descansar un poco y tratar de leer los periódicos adquiridos esa misma mañana. Sabía perfectamente que hoy su cabeza no se encontraba tan despejada como en otras ocasiones, ni para la lectura, ni para razonamientos lúcidos y deseaba profundamente estar con Fornitura para contarle todo lo que le había deparado ese día. Posiblemente el más difícil desde que se encontraba en Madrid, y probablemente pese a su manifiesta entereza, uno de los peores de su vida. Esa misma noche, ya juntos, estuvieron cenando en la taberna la Fortuna en la Plaza de los Mostenses, y apuraban el tiempo hablando del desdichado Comesaña que no era del todo del agrado de Fornitura.

—Me gustaría querida —comentó Alfonso una vez terminada la cena—, que fuésemos dando un paseo hasta el río Manzanares que está cercano.

—¿Necesitas respirar la brisa fresca del agua, amor mío? —preguntó Fornitura.

—Sí, pero también necesito dejar algo hundido para siempre —repuso Alfonso.

Una vez llegados a la orilla del Manzanares estuvieron caminando unos minutos hasta determinar el lugar exacto donde el cauce del río tenía su mayor anchura y las aguas alcanzaban su máxima profundidad. La noche era oscura y apenas si circulaban algún que otro vehículo a motor por la lejanía y varias parejas, al refugio de la poca visibilidad, se abrazaban y besaban con ímpetu. Alfonso hizo retroceder unos metros a Fornitura, y saco de su bolsillo el pequeño revolver de Prudencio, que de un lanzamiento certero, zambulló en el centro de las aguas con el deseo de no volver a tocar un arma de fuego en el resto de sus días. A lo lejos, y ajeno a la situación, la silueta de un sereno con un chuzo de considerables dimensiones en la mano, parecía controlarlo todo y asentir sobre lo acaecido. En el anonimato, el vigilante daba la sensación de haber sido cómplice de todo, y tener por testigos mudos a la oscuridad de la ribera y la noche. La velada había sido agotadora para ambos. Alfonso acompañó hasta su casa a Fornitura y decidió tomar un taxi hasta su pensión para caer rendido en la cama.

A la mañana siguiente, después de haber podido descansar adecuadamente, llamaban con insistencia a la puerta de la habitación de Alfonso al filo de las ocho de la mañana:

—¡Despierte! ¡Despierte! ¡Don Alfonso es urgente!, tiene usted que atender el teléfono…

—¡Dese prisa por favor!

—¿Quien llama tan temprano doña Pura? —respondió Alfonso medio dormido y con voz pastosa.

—¡No me ha dicho quién es pero grita como un poseso nada más preguntando por usted!

Alfonso se temía lo peor. Algo grave habría sucedido como para despertarlo de esa manera tan súbita y temprana. Tal vez a sus padres les había sucedido lo peor, o a lo mejor por otro lado, pensó que Comesaña había cometido la fatalidad y la estupidez de quitarse la vida, y ahora lo reclamaban a él por ser su amigo o por otro motivo relacionado con su muerte. Todavía en pijama alcanzó de un salto el pasillo, y con las piernas temblorosas y aturdidas por el pánico, logró coger el aparato de teléfono colgado en la pared. Con su mano derecha tomó el auricular y presto acerco la boca hasta el micrófono

—¡Dígame…! —contestó cargado de nervios.

¡Alfonso! ¡Alfonso! ¡Soy yo Prudencio! —gritaba como

endemoniado y lleno de euforia.

—¡Qué pasa tan temprano, hombre! ¡Me has dado un susto de muerte joder! ¡Que no son horas de molestar a nadie!

—¿Que qué pasa? ¡Pasan muchas cosas! —contestó Prudencio y todas buenas. Me voy de Madrid ahora mismo con toda mi familia y para no volver jamás. No me preguntes a qué sitio porque no lo sabemos Y por lo de la deuda del juego, ayer nada más despedirme de ti, no pude resistir la tentación y me jugué a cara o cruz tus mil pesetas en las apuestas de las carreras de caballos a un jumento por el que nadie daba un duro, pero que hoy me he permitido levantarme casi millonario. Lo dejo todo —continuaba pletórico—. Esta vez lo he visto claro y no hay segundas oportunidades. Dejo Madrid, el juego, y la vida de representaciones que llevo. ¡Quería que fueras el primero en saberlo! Mi mujer y mis hijos solamente saben de todo esto que me han tocado tres décimos del gordo de la lotería, y que cambiamos de ciudad y de vida. Cuando me instale donde sea, te mando a la pensión tus mil pesetas, “las del milagro”, las que lo han cambiado todo.

Alfonso no podía creer todo cuanto estaba oyendo al otro lado del aparato, pero después de algunos instantes y de recabar alguna que otra información más aportada por Prudencio, solo le quedaron fuerzas para pronunciar tres últimas palabras a su amigo: ¡Que tengáis suerte!

XIV-LA DESPEDIDA DE FORNITURA

—Mañana mismo tengo que marcharme sin remedio y te dejo. Tomaré a primera hora de la mañana un tren Almorchón, y con un poco de suerte, enlazaré hasta Peñarroya y Villaencina. Si no hay contratiempos, estaré en casa a primeras horas de la noche porque son ya tres meses los que llevo en Madrid, y tengo que rendir cuentas ante mi trabajo y mis padres que esperan mi vuelta. No sé si sabré despedirme de ti como mereces porque mi corazón me sigue pudiendo más que mi cabeza y mis palabras. ¡Ahora no me sale ninguna en la que decirte lo que te quiero y lo que sentiré por ti cuando al cabo de las horas, no te sienta a mi lado como ahora!

—A mí me sucede algo similar —continuó con los ojos enrojecidos Fornitura—. Será porque también ha sido la primera vez en mi vida que amo a un hombre con todas sus consecuencias.

—¡Vente conmigo al sur! —rogó Alfonso con la voz rota por la pena—, aunque el pueblo no pueda parecer un lugar ideal para nosotros, es tranquilo y apacible… ¡Vente, te lo suplico!

—Ya lo hemos hablado en infinidad de ocasiones Alfonso. Sabes de sobra que es imposible y no le des más vueltas a esa idea porque no hará sino empeorar el hecho de la partida. Nuestros sitios están donde están ahora, y con un poco de suerte y con tiempo suficiente sin precipitarnos, deberemos ir madurando la idea de unir nuestros destinos para siempre. Es posible que no sea ni Madrid ni Villaencina, pero ahora no es el momento de pensar ni decidir nada al respecto de forma precipitada —matizaba Fornitura.

—¿Y si nos casamos y nos trasladamos a Córdoba capital? —argumentó muy decididamente Alfonso— Tengo muy buenos contactos que me proporcionarían un trabajo similar al mío o incluso, podía ejercer de maestro en alguna que otra academia afamada de cierto paisano.

—¡No debes pensar en caliente!, ¡podríamos equivocarnos! La decisión ha de meditarse sin prisas hasta encontrar una solución que nos convenga. Por cierto, —preguntó Fornitura—, ¿qué explicaciones darás a tus padres cuando vean que no llevas lo acordado para la relojería? Creo que te has excedidos en gastos, sobre todo con ese vividor de Comesaña y ellos seguramente no se merecerían tal dispendio, ni el derroche que has hecho con el

dinero de la venta del olivar.

—¡Ya se me ocurrirá alguna explicación convincente! —contestó Alfonso—, de todas formas algunas mercancías si he comprado y otras serán enviadas por medio del ferrocarril. Igualmente, mucho material vendrá de Francia y es posible que tarde en llegar a Villaencina.

—Una cosa quiero decirte —esgrimió Alfonso cambiando radicalmente de conversación—: olvida por momentos todo lo que te inquieta y sé feliz. Olvídate de nuestra separación…todo será temporal… ¡Ya verás!, de lo contrario tu salud se resentirá puesto que comes poco últimamente. Si te apetece algo en concreto que te abra el apetito no tienes más que decirlo y lo buscamos. Deja las preocupaciones a un lado porque ante todo y por encima de todo está tu salud y tu bienestar...—repetía sin cesar Alfonso.

—Me doy cuenta que no quieres hablar de ciertos temas de los que tendrás que dar tarde o temprano explicaciones —intuyó Fornitura.

—Olvídalo ¡Te quiero! ¡Eres la mujer de mi vida! —contestó Alfonso para zanjar la conversación.

La pareja no se separó en todo el día y al ser domingo, Fornitura no tenía que acudir a su trabajo habitual en la casa de comidas. Eso permitió que los dos pudieran compartir todos los momentos que la jornada les brindó acompañados por un sol radiante de finales de Agosto. La noche la pasaron juntos amándose apasionadamente y casi sin dormir. Durante la misma, volvieron a repasar milimétricamente los instantes desde que se conocieron por primera vez en torno a la mesa 24 del restaurante; su primer beso, su primer paseo, su primera noche de pasión, sus planes de futuro, la despedida inminente…Lloraron y rieron juntos, se acariciaron hasta saciar todos sus instintos sin deseos ni ganas de que llegara la mañana y pasaran las horas. Al final, de madrugada avanzada, una vez más el cansancio hizo el resto, y dormidos abrazados el uno al otro alcanzaron la hora de levantarse con premura. Después de tomar un café se dirigieron en taxi a la estación de Atocha donde todo parecía terminar, y desde donde daba la sensación de que se presagiaba el fin del mundo. Sin palabras el tren los alejaba definitivamente sin remedio.

XV-RECORDÁNDOLA

Había transcurrido tal vez una semana desde la despedida y Alfonso transmitía a su amigo su incapacidad de olvidar por un solo minuto a la mujer que las vueltas de la vida le habían hecho dejar abandonada en Madrid.

—No sé si podré aguantar esta desazón amigo Nicolás. No puedo dejar de pensar en ella un solo momento, y apenas si me concentro en cualquier cosa que hago —le comentaba en una de las tardes que acudía a la estación con la necesidad de desahogar sus penas.

—Te ha dado fuerte y se te nota a legua querido Alfonso. O te lo tomas de otra manera o no lo cuentas. El amor, y te lo digo por experiencia, juega a veces esas malas pasadas, pero si me admites un consejo de perro viejo, la distancia y el tiempo acabarán por ayudarte en este trance. Lo mismo has de saber, que si sigues ahogando la pena en vino y sin comer, te vas a buscar un desavío corporal, que junto al que ronda por tu cabeza, te hará bastante más mal del que puedas imaginarte.

— ¡Si no me apetece ni la cerveza! —contestó Alfonso—, y menos cualquier cosa que se me ponga en la boca. Mi madre dice que he vuelto muy raro, y que a lo mejor no como porque he cambiado de gustos después de probar cosas raras en los madriles. De todas formas, gracias por tus consejos como siempre, pero es que la relación con Fornitura ha dado un vuelco total a mi vida. He descubierto el amor en la lejanía, y ahora en Villaencina no me encuentro. Todo me recuerda a ella…cualquier detalle, cualquier cosa por extraña que sea, cualquier olor es capaz de evocarla hasta la extenuación. Incluso nunca quise saber el nombre del perfume que daba aroma a su cuerpo por no tener la inoportuna tentación de buscarlo cuando no estuviera ella. Por la noche no consigo conciliar el sueño porque la imagino y la noto a mi lado con tal fuerza, que en ocasiones no puedo reprimir la impotencia de no tenerla y sentirla, y alguna lágrima que otra resbala por mi rostro mientras me aferro con fuerza a la almohada incluso mordiéndola. Olía a ella y el sabor del perfume del que nunca quise aprender la marca, y desde el día que la conocí en la casa de comidas hasta el momento de la partida, su aroma fluía por mis adentros con tal intensidad, que en todos los momentos del día y de la noche parecía que estaba

aferrado a sus brazos. Jamás había pasado por semejante conflicto personal. Dudo si habré hecho bien con regresar o si por el contrario, tenía que haber renunciado a todo lo me ligaba al pueblo y abandonarlo definitivamente para quedarme con ella en Madrid.

—Pero esto podía haber sido una locura sabiendo que en unos meses podías regresar a su lado sin tener que renunciar a los tuyos, tus amigos y tu puesto de trabajo —afirmó Nicolás.

En el pueblo y dado el carácter de sus gentes, no lo entenderían sino los que verdaderamente conocían a Alfonso, y que en más de una ocasión, y debido el estado al que se estaba peligrosamente acercando, tuvieron la necesidad de decírselo claramente a su amigo y maestro.

Otra tarde acudía Alfonso a la estación con el mismo propósito en busca de desahogo:

—Los sentimientos son cada vez más complicados de llevar Nicolás. Son como un lastre tremendo al que nada es capaz de mover ni trasladar, y ni tan siquiera, soltarle las amarras. Otra vez ha sucedido. Esta noche pasada he vuelto a soñar con ella. Sentí su pelo sobre mi cara, su piel suave sobre la mía, su perfume de nuevo, sus besos…pero más que soñar, ha sido un encuentro con ella otra vez, y la sensación que he vivido fue la de compartir junto a ella toda la noche. Su mirada delicada no me dejaba y su sonrisa dulce me provocaba aún más ganas de tenerla. Me siento profundamente solo sin su presencia, y un nudo fuerte en el estómago me tiene atado y sujeto como si de un ancla pesada y varada en el fondo del agua impidiendo el movimiento de la nave se tratara. Presiento que mi cabeza no empieza a estar en su sitio…

—Tienes que procurar recuperarte—contestó Nicolás—, y tratar de asumir la separación y la distancia. Déjame insistirte en cuidarte en la comida y en el descanso, o de lo contrario, las complicaciones irán en aumento. Has perdido peso y se te nota, aún más en una persona delgada como tú.

En otro de los numerosos encuentros, casi siempre bajo los sonidos de las viejas locomotoras de vapor y el transitar de gentes y carreros en la estación de Villaencina, Alfonso esperó un momento de tranquilidad para abordar a Nicolás y trasmitirle una honda preocupación que le aumentaba por momentos y no le dejaba vivir.

—Desde la vuelta de Madrid, he mandado una carta por semana a Fornitura, sin que por el contrario me haya respondido con una sola letra.

—Es posible que sean cosas del correo Alfonso —contestó Nicolás—. Ya sabes cómo funciona todo en estos momentos de

agitación y desastre nacional.

—Empiezo a sentirme intranquilo; todas las mañanas, nada más comenzar mi faena en el Ayuntamiento, reviso minuciosamente todo el correo que llega a este antes de repartirlo por las diversas dependencias, y lo hago cada día, con la ilusión de poder encontrar alguna carta de ella…

—¡Es posible que perdiera tu dirección! —añadió Nicolás.

—Tal vez la haya extraviado —contestó Alfonso—, se la dejé anotada en una cuartilla. Además le dejé la del Ayuntamiento por si en cualquier momento extraviaba o se le olvidaba la mía.

—¡Tranquilízate Alfonso! Lo más seguro es que haya tenido que ausentarse por algún motivo familiar de Madrid o haya cambiado de dirección. Las mujeres a veces tienen esos comportamientos cuando las cuestiones familiares les son más poderosas —incluso continuaba Nicolás—, recuerdo que me contaste que su madre estaba algo delicada de salud cuando la conociste.

Los días pasaban y Alfonso seguía sin noticias de su amada y menos, podía entender las causas por las que Fornitura no se ponía en contacto con él desde que se despidieron en Madrid.

—Sé que Villaencina está lejos y es posible que prefiera olvidarlo todo y comenzar una nueva vida en Madrid o sepa dios dónde, pero no entiendo este silencio que nos separa y que cada día que pasa no hace sino hundirme en la locura al no saber nada de ella.

XVI-ME VUELVO A MADRID

—Esta Semana Santa aprovecharé unos días en los que el trabajo y el Ayuntamiento está tranquilo, y me volveré a Madrid en busca de Fornitura querida madre.

—¿Has pensado bien lo que haces? —le contestó Mariana.

—¡De sobra! Usted sabe lo que sufro por ella y hasta que no la encuentre no me detendrá nada ni nadie. Presiento que voy a enfermar de un día para otro porque la vida sin ella no es vida. Solo es un tránsito irremediable de los días y las noches sin ilusión por experimentarlos. Es como sentir pasar las hojas del calendario sin apenas darte cuenta que has vivido otra jornada más de tu corta existencia, sin algún motivo aparente para estar contento o sentirte hombre. Es notar de cerca la muerte y verla anticiparse en un lugar vacío para mí.

—¿Has comunicado esa decisión a tu padre hijo mío? —preguntó ella.

—Todavía no. Espero hacerlo en los días venideros para que cuando llegue el momento de emprender la marcha no le coja desprevenido, sin darse su tiempo suficiente para afrontarlo.

—Hoy madre, ha de saber, que se ha cumplido un mes desde que no la veo. Su voz me ha despertado en mitad de la noche para contarme algo que no recuerdo, pero que como siempre, nos ha lanzado a pasar un momento inolvidable. Un poco después, casi al amanecer, me susurraba al oído con indescriptible ternura un ruego, y yo solícito y complaciente como en todas las ocasiones, accedí a su deseo. La luz del alba imparable me ha hecho ver que todo no ha pasado de lo onírico. Tal vez una mala jugada de mi mente que presionada por el discurrir infatigable del calendario, ha provocado a mis sentimientos otro deseo desmedido y sobrenatural de volver a su lado. El día que ha seguido al sueño, ha estado marcado por esa desconsolada efeméride triste e infinitamente opaca como la soledad, y ha sido amargo y gris como el mismo clima de este mes de zozobra. No sé lo que sería capaz de dar a cambio a ese Madrid por poder acompañarla. Mi corazón y hasta la última gota de sangre que en mí habitan, serían monedas de escaso valor en el pago por encontrarme en su presencia. Sería capaz otra vez de dejarlo todo y de manera definitiva, de volver a mentir de

nuevo pero diciendo con su nombre la verdad en la mentira. De cambiarme y transformarme en cualquier cosa insustancial o inanimada que me mantuviera cerca de ella; de ser un mero objeto cotidiano que pudiese rozarla…Jamás pude imaginar el malestar tan agotador que sufro en este pozo lleno de oscuridad y de hondura. No alcanzo a ver la salida ni mis manos ni mi cuerpo pueden agarrarse en estos momentos a ese brocal salvador que me posibilite la luz y la normalidad. Todos los minutos que soporto son como horas interminables y amargas, y hasta mi propia saliva y el sabor de mi boca se han vuelto de repente agrios y tremendamente ásperos. Algo mortificante me lo envuelve todo, pero esto tiene que acabar un día no muy lejano en el que de nuevo los dos seamos uno solo definitivamente. Ese día lo esperaré y lo acecharé en vigilia apostado con armas cargadas de amor y deseo para que ningún sueño complaciente termine una vez más por traicionarme...

Eran ya más de tres días los que, como perro vagabundo, erraba Alfonso por Madrid en busca de Fornitura. Algo más desdeñado y sucio de lo habitual, con barba descuidada y pelo alborotado y grasiento, había recorrido desconsoladamente todos los lugares en los que se encontró con ella el verano pasado sin dar señales de vida. En su domicilio, el propio conserje del edificio se limitó en tono áspero y desagradable —casi estúpido—, a decir que lo único que recordaba de la inquilina era haber escuchado un ¡hasta pronto, cambio de ambiente!, que según él, le dijo la última vez que se la cruzó con ella en el rellano del portal de entrada.

Esa misma noche cuando merodeaba sin rumbo, y sin haber ingerido prácticamente nada de alimento desde la mañana anterior, caminaba presa del abatimiento por las inmediaciones de la Plaza Mayor, lugar donde tantas veces quedaron citados, y punto de encuentro para sus charlas y sus amores. De repente, un cúmulo de sensaciones le recordó a ella con tanta intensidad que desde ese momento hasta bien entrada la noche, todo parecería haber vuelto a las emociones del año ya pasado. Sucedió de manera fugaz y no era la primera vez que le sobrevenía algo similar. Al dejar la calle y entrar en los soportales, percibió de manera agradable el perfume del que nunca quiso conocer su nombre y que habitualmente usaba Fornitura. Fue como un rayo de luz que de pronto le dejaba ciego en la oscuridad, y a su vez, provocaba una situación que le mantenía completamente absorto ante el aroma. Comenzó a andar más despacio que lo había hecho con anterioridad intentando seguir su estela en los primeros metros de la plaza, y antes de llegar a la

primera taberna que se encontraba en la dirección que Alfonso llevaba. Su corazón, continuaba latiendo a mil por hora y algo le decía que su amor se encontraba cerca. Era como sentirla entre sus brazos, pero sin su presencia. Los bancos de la plaza ajardinada, se llenaban poco a poco de parejas jóvenes que se saludaban dulcemente bajo el clima suave de Madrid. El ambiente del anochecer, invitaba al paseo y la charla. Por fin pudo discernir la procedencia exacta de donde emanaba la fragancia. De manera atropellada y casi echando por tierra a un camarero, tropezó con el mismo cuando bandeja en mano trataba este de dirigirse a un velador en el interior del establecimiento para servir unas limonadas con hielo picado a una reunión de damas entre las que desgraciadamente, no se encontraba Fornitura. Pero lo que sí estaba era el origen de su desazón, incluso cuando logró determinar con exactitud a la señora que se había perfumado igual que su amada, y después de pedir cien veces excusas al camarero entrado en edad al que su torpeza e ímpetu estuvo a punto de causarle un serio accidente, se aproximó con cierto disimulo hasta situarse próximo a dicha dama. Cerrando los ojos y quedándose de pie en una posición hierática, empezó a rememorar un mundo de placeres experimentados con Fornitura, que por momentos le procuraron una sensación agradable. Pasados unos minutos, el mismo camarero, al que con anterioridad Alfonso había pedido disculpas y casi lesiona, sería el encargado de romper el camino iniciado hasta el sueño:

—¡Perdone caballero! ¡Permítame! ¿Le ocurre algo?, lleva casi diez minutos de pie y con los ojos cerrados, y toda la clientela del local lo mira como si de un hipnotizado o poseso por un encantamiento se tratase.

—¡Lo siento! Mil disculpas nuevamente. ¡Le podría jurar que no era mi intención molestar con mi actitud a nadie! —contesto abochornado Alfonso— He perdido la noción del tiempo y de la realidad por momentos. Ruego sepa perdonarme. ¿Sería tan amable de servirme una cerveza nacional bien fría?

—¡Ahora mismo! Vaya tomando asiento con ligereza porque de lo contrario, si sigue rígido como una estatua, se va a caer redondo al suelo. ¿Le sirvo algún pincho de aperitivo para picar y mejorar ese aspecto cadavérico que tiene? —demandó el camarero.

—¡No! ¡No! Gracias —contestó Alfonso—, no me diga eso que ya se encarga mi hipocondría de encauzarlo. De momento no tengo necesidad de tomar ningún alimento sólido, y la verdad, es que tampoco ando hogaño para muchos apetitos…

La respuesta de Alfonso al empleado del establecimiento dejó algo inquietado al mismo, que aunque no conocía de nada al cliente, su actitud le había causado cierta sospecha que se tradujo en preguntar directamente y sin rodeos por el motivo de su pesadumbre.

—Estoy seguro —y por favor no se me ofenda con mi pregunta estimado parroquiano—, que por lo que le noto en su aspecto su mal no es otro que el relacionado con amores provocado por alguna dama. ¡Eso si mi ojo clínico de camarero viejo no me confunde! Y si me permite ahondar en la herida continúo, su presencia por aquí obedece a que como "can en celo", la anda buscando removiendo cielo y tierra. Ruego perdone nuevamente mi atrevimiento y osadía, pero su expresión es común a los mortales enamorados que se arremolinan a puñados y a estas horas por esta plaza.

—Le felicito —contestó Alfonso lejos de incomodarse ante la repentina intromisión del veterano mozo del café—. ¡Enhorabuena por su agudeza y su capacidad de observación! Quien no lo viera en este local y ataviado con esa chaquetilla blanca y de esa guisa, bien diría que es usted un perfecto detective al estilo de los que se describen en las novelas inglesas de Doyle, pero que tampoco tendría nada que envidiar a cualquier médico especialista en problemas personales por su acertado e intuitivo diagnóstico.

La taberna contaba —a excepción de la reunión de damas de donde procedió el aroma conocido—, con poca concurrencia todavía a esa hora. Tal vez por eso el osado camarero, y en un alarde extremo de servir con exquisita categoría, no dudó en continuar con su particular examen.

—No parece usted del foro, estimado cliente. ¿Acaso me equivoco en lo que le he dicho de su situación en Madrid en busca de cierta dama?

—Lleva toda la razón amigo mío. El verano pasado la conocí muy cerca de aquí cuando vine a la capital desde el norte de Córdoba por cuestión de negocios y olivares. Empezamos a vernos y a salir juntos, y el amor y las pasiones, se encargaron con posterioridad de todo. Un día —que tenía que llegar por pertenecer los dos a mundos distintos—, el cuento de hadas se terminó y llegó a su final. La separación hizo el resto, y la distancia e encargaría de rematar con lo que vivido durante esos meses. Desde finales de verano pasado no sé lo que es vivir, y todo porque desde mi regreso a Madrid hace ya más de tres días, no he conseguido saber nada acerca de la misma.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó el camarero.

—De momento nada a no ser que algo suceda, y eso me parece más que improbable.

—¡Vuelva por aquí cuando quiera! ¡Hablaremos!

—Gracias, así será. —respondía Alfonso mientras con una servilleta se limpiaba la boca y las manos dirigiéndose a salida.

XVII-UN MARZO TRÁGICO

Caía la gélida noche y Alfonso deambulaba solo por el centro de Madrid. Las calles estaban abarrotadas de gente a pesar de las inclemencias del clima, y todo parecía transcurrir ajeno a la tragedia que se sucedería en breve. Las luces de la noche en los establecimientos comerciales brillaban como si fuesen alumbrados por haces de estrellas intermitentes. Los escaparates adquirían vida propia porque hasta los maniquís que portaban ya los primeros trajes de la primavera que estaba a punto de entrar, parecían personas que habitasen allí permanentemente en un mundo reducido, y ajenas sin opinión, a lo que sucedía en una urbe enorme situada al otro lado del cristal. La calle de Alcalá era un ir y venir de personas; los rugidos de los motores de gas pobre de algunos automóviles y el de alguna motocicleta aislada que circulaba a gran velocidad, resonaban por encima de los runrunes que se desprendían de la conversación de los paseantes. Un tumulto lejano y algunas carreras de personas en dirección a la plaza de la Independencia y la calle Serrano lo alteraban todo de repente dentro de la vorágine.

—¡Ha habido un tiroteo! —gritaban unos paseantes— ¡No, no! ¡Ha sido un atraco en alguna joyería de la zona de la que se llevan unos mangantes acuciados por la crisis, algunas alhajas de poca monta! —interpretaban otros.

—¡Lo he visto todo! —trataba de poner en pie un indigente borracho y vecino de la calle—. ¡Ha sido un tiroteo entre bandas de delincuentes rivales que no dejan a uno dormir en paz en este hotel al raso, leches!

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Han matado a alguien a balazos! —gritaban otros.

Un descontrol inusitado se apoderó súbitamente de toda la calle. La duda y la angustia por conocer de primera mano lo que realmente pasaba estaba en la mente de todos, y rápidamente empezó a acudir auxilio en forma de agentes de seguridad camuflados, y varias patrullas de guardias a caballo que emprendían su retirada por finalizar el servicio y que la fortuna quiso poner en ese preciso instante en la escena del acontecimiento. Alfonso tampoco pudo reprimir su curiosidad, y como el hecho al

que había tenido por avatares del destino oportunidad de presenciar y oír estaba próximo, se acercó al corrillo donde la gente no paraba de rumorear e intentar corroborar que a escasos metros de donde se encontraban paseando esa noche, habían acribillado a tiros y herido de muerte a alguien importante.

Una pareja de guardias civiles de las que acudía con premura al lugar de los hechos, se erigió en parapeto en primera instancia, y pudo contener a fuerza de profesión, la curiosidad de los viandantes. Uno de ellos afirmó tajantemente:

—¡Han herido a Eduardo Dato, presidente del consejo de ministros! ¡Y me parece que la cosa va en serio!

El coche en el que viajaba el mandatario junto con su lacayo de escolta y el chofer del mismo, emprendía a toda velocidad dirección a la casa de socorro más próxima en la calle de Olázaga nada más poder apreciar y constatar la gravedad del suceso, y el número importante de impactos que el presidente llevaba en su cuerpo.

Jamás había Alfonso presenciado un hecho de tanta envergadura, y por momentos, la obsesión por la búsqueda de Fornitura, pasaba a un segundo plano como si por instantes se le hubiera borrado de su cabeza por el sonido absorbente de la situación. Pasados unos minutos y cuando se despejó la calle y los alrededores, Alfonso al que la noticia le había dejado una sensación profunda de malestar, decidió irse para la casa de huéspedes y esperar a la mañana siguiente para emprender de nuevo la búsqueda y leer con tranquilidad las primeras ediciones de la prensa para poder saber los detalles del magnicidio.

Con la mente abstraída por lo sucedido, caminaba agotado y sediento hacia la pensión donde se alojaba en este su segundo viaje a Madrid. En medio de un trajín de gentes distinto a los demás días, al volver la calle Serrano y doblar la esquina para la calle de Villanueva, fue abordado por dos señores con aspecto serio vestidos con sendas gabardinas y sombrero de fieltro, que resultaron ser policías de la brigada de investigación criminal.

—¡Buenas noches caballero! ¿De dónde venimos a estas horas? —preguntó el que hacía de cabecilla esgrimiendo la placa en un ademán artificioso por la práctica y el oficio.

—Muy buenas —contestó casi sin inmutarse Alfonso—. Vengo de dar un paseo y me he encontrado de bruces con un trágico suceso.

—¿Le importaría mostrarnos su cédula de identidad, si es tan amable? —demandó el segundo.

Alfonso recordó de repente que por las prisas de salir a la calle

en busca de Fornitura, había dejado su billetera donde acompañaban sus documentos personales en la casa de huéspedes en la que se había alojado días antes. Hizo un gesto exagerado de buscarlos por los bolsillos de su impecable traje negro, y con voz circunspecta se dirigió a los agentes.

—¡Lo siento! Me van a perdonar señores, pero por salir con prisas he olvidado la documentación y el dinero.

Uno de los dos policías, el de mayor antigüedad, le recriminó con frialdad:

—¡Si eso es así, no le queda más remedio que acompañarnos a la comisaría hasta que sea usted debidamente identificado! Es posible que algún familiar suyo le acerque los documentos y de esa forma, podremos agilizar lo antes posible el trámite.

El segundo agente, que miraba fijamente a Alfonso y tan solo había abierto la boca en una ocasión espetó:

—¡Ha de saber usted que no están los tiempos como para ir por la calle sin nada que indique su identidad! Desde este momento queda detenido ante la autoridad bajo el delito de circular indocumentado.

A los pocos minutos un coche de la policía aparecía en escena. Alfonso, esposado y con la chaqueta del traje cubriendo las esposas a la altura de su vientre, era introducido en el mismo y dirigido a la comisaría de la Puerta del Sol. Una vez dentro, el comisario de guardia, antes de mandarlo encerrar en el calabozo mientras se hacían las pesquisas oportunas, se dirigió al detenido sin mirarle a la cara:

—¿Y dice usted que es cordobés y que se encuentra en Madrid en busca de una dama? ¡Vamos hombre, que para eso estamos nosotros! ¡Cordobés el peine pa que no peine! ¡Bájenlo al sótano antes de que se me caliente la mano! —indicó furioso el comisario de turno.

Eran las dos de la madrugada y Alfonso permanecía detenido en los calabozos de la Puerta del Sol. La comisaría era a esa de la noche un hervidero de gentes y rumores en torno al atentado cometido horas antes en el centro de Madrid. Un cabo de la guardia civil, que estaba de suboficial de guardia, acababa de realizar una ronda por las dependencias donde también se encontraban otros detenidos por delitos comunes, se acercó a la puerta de la celda de Alfonso con la intención de preguntar si estaba dispuesto a declarar ya y decir la verdad sobre su supuesta relación con el crimen y asesinato del presidente del consejo de ministros de la nación.

—¡Ya lo he dicho por activa y por pasiva! Me detuvieron porque

me encontraba casualmente en la escena del crimen y no llevaba encima mi identificación personal. ¡Le repito que no tengo nada que ver con lo acontecido! Tampoco conozco a ninguna mujer sospechosa y rubia como la que ustedes me comentan…hace un tiempo que busco a una persona con la que mantuve una estrecha relación hace unos meses, pero ella era morena y no tiene nada que ver con lo que usted me cuenta

—¡Ya, ya! —replicó el guardia—, pero sabemos que usted ha estado utilizando en su estancia en Madrid una moto de las mismas características que la que presuntamente utilizaron los asesinos y que fue vista en su huida por numerosos testigos por la calle de Alcalá. Nos lo ha dicho una tal doña Pura que regenta una pensión cercana…

—La moto la manejé porque me la prestó un viejo amigo hace ya un año y tal y como la usé, la devolví al mismo que era su propietario que ya no se encuentra en la ciudad —respondía Alfonso.

—¡Todo mentira! ¡Tarde o temprano te irás de lengua y por mis cojones, que tú cantas esta noche como un gallo viejo! —gritó encolerizado el agente.

Sobre las siete de la mañana aun sin amanecer, uno de los guardias, con un humeante jarro de porcelana grande, y un vaso de cristal negruzco por el uso, repartía a los detenidos café de achicoria sin azúcar para combatir el frío y la tremenda humedad de las dependencias, y a lo mejor, para mantenerlos despiertos ante los próximos interrogatorios.

Desde ese momento Alfonso perdió la noción del tiempo dada la oscuridad del lugar y debido a que todas sus pertenencias, incluido el reloj que junto a su cadena de plata siempre llevaba en el bolsillo de su pantalón, habían sido requisadas.

Más o menos —calculaba él, sobre las diez o las once del día siguiente, pudo oír cierta algarabía al otro lado de la puerta de hierro que le separaba del resto de las celdas y de la libertad. Dos hombres parecían discutir sobre la identificación de un detenido, y uno de ellos, el más exaltado repetía insistentemente:

—¡Por mis influencias y el poder que se me ha otorgado, exijo ver al detenido y llevarlo ante el comisario!

—¡Qué está usted diciendo soplón de las narices!

—¡Eso me lo dices en la calle solapa de mierda! ¡Ya te cogeré un día de estos! —recriminó el otro.

Alguien hubo de poner orden en la discusión que había sacado a la mayoría de los detenidos a las mirillas de las puertas ante el

escándalo montado. El mismo comisario que la noche anterior no se dirigió a la cara de Alfonso sino para burlarse de él, hablaba con un señor al que apenas si le podía oír por el tono de voz que había adquirido súbitamente. Tras varios minutos de conversación, la puerta metálica de la celda de Alfonso se abría por mediación de otro guardia.

—¡Estás de suerte compañero! Uno de los agentes de información más influyentes del jefe, un tal Benedicto, bueno… ¡un chivato nuestro!, te ha reconocido y viene a sacarte. ¡Hoy has nacido de nuevo cordobés! ¡Te has librado del garrote o de mil años de trullo por los pelos!

Alfonso estremecido por lo que acababa de escuchar, pensó que se trataba de una broma de mal gusto. Por momentos trató de recordar a alguien de los conocidos suyos que respondiese a ese perfil definido por el carcelero. La voz del comisario don Ángel, se escuchaba esta vez como entre sueños se oyen las conversaciones a la entrada de la celda, pero en esta ocasión con un matiz bien diferente:

—¡Mire usted por donde que el señorito cordobés está de suerte! Un viejo amigo mío y, por cierto, al parecer suyo también, ha tenido la gentileza de visitarme e interceder por el detenido. ¡Salga, salga! —continuó—, en una sala aneja a mi despacho le están esperando el señor Salvatierra… ¡Es usted un hombre de suerte!

Alfonso seguía confundido, aunque lo de señorito cordobés no era la primera vez que lo escuchaba en Madrid y sobre su cabeza planeaba cierto pálpito.

—¡Venga acompáñeme! —ordenó don Ángel el comisario a Alfonso.

Éste ya sin esposas y con su americana puesta, iba escoltado por un policía en la retaguardia y por delante el comisario con paso firme y aire marcial, encabezaba la comitiva que se dirigía rauda por un pasillo ancho hacia la puerta que lo separaba de las dependencias principales.

—¡Ahí tiene usted a nuestro amigo común! —anunció el comisario con desprecio y tono chulesco— Una persona permanecía erguida al fondo de la sala y de espaldas. La estancia era oscura y Alfonso, que estaba cegado por el cansancio y por los primeros rayos de sol que entraban desde la ventana opuesta a la entrada, no podía reconocer con nitidez el rostro de la misma.

—¡Acércate sin miedo! ¿O es que no vas a saludar ni reconocer a un viejo amigo?

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Alfonso temblando—

¡Prudencio Comesaña! ¡La última persona que podría yo esperar en este sitio y menos en semejante trance!

—El mismo que viste y aun calza amigo Alfonso. Para que veas lo pequeño que es el mundo y lo pequeño que es Madrid. Nunca me imaginaría que tuviéramos un segundo encuentro, y mucho menos entre rejas.

Alfonso y Prudencio se fundieron en un abrazo porque eran muchas las emociones que meses antes les habían unido, y esta vez, las lágrimas a diferencia de la última ocasión que tuvieron la oportunidad de pasar una tarde juntos, manaron sin control como una presa colmada por las lluvias de los ojos de Alfonso.

—¡Esto es imposible! ¡No me digas que ahora eres policía! ¿No quedamos en que te ibas de Madrid?

—Sí, y no te falté a la verdad. Me he instalado en Toledo, por aquello de que mi familia no sospeche nada sobre mi verdadera ocupación.

Mirando a un lado y otro con recelo continuó:

—Ahora hago de soplón… y no me arrepiento, ya sabes que mi anterior trabajo me proporcionó mucha información sobre el mundillo madrileño. Cierto día me crucé, al igual que una mañana lo hice contigo en la reventa del teatro con don Ángel. Él me lo propuso y yo acepté el trabajo ¡Así de sencillo! Ahora me llamo de otra forma…da igual, y tengo otra identidad. Lo cierto es que me van bien las cosas. Dejé el juego, y mi familia y yo vivimos plácidamente y sin apreturas en una ciudad pequeña cerca de aquí. Para ellos sigo en el negocio de las representaciones, aunque a mayor escala…pero dime, ¿cómo te has metido en un lío de estos? Te han confundido con el asesino de Eduardo Dato y se rumorea que hay otro hombre y una mujer de cabello rubio relacionados entre sí con el crimen. Para colmo, la moto que te dejé, ya que interrogaron a doña Pura, apareció cerca de aquí y pensaron que era tuya.

—¡No te puedes imaginar el miedo que he pasado por ti amigo Alfonso! Esa misma noche después de que la policía estuviese en la pensión, doña Pura me telefoneó urgentemente a Toledo dándome explicaciones de lo sucedido, y lo siento de veras, no he podido llegar antes debido a la jodida huelga de ferrocarriles.

—¡Te repito que todo ha sido un malentendido! —contestó Alfonso—, ayúdame a salir de aquí cuanto antes y ayúdame a encontrar a Fornitura. De lo contrario, me muero.

—Ahora mismo nos vamos —contestó Comesaña—, tengo que firmar un salvoconducto haciéndome responsable del detenido y en

unos minutos nos largamos.

Prudencio Comesaña o mejor, Benedicto Salvatierra, que así se llamaba oficialmente ahora, departió unos instantes en el despacho del comisario y rápidamente salió de este con un expediente y varias fotografías recientes de Alfonso en la mano.

—Te lo dije en más de una ocasión amigo, tus ideas te van a crear algún día un serio problema.

—¡No digas pegos Comesaña! —replicó Alfonso—, que a nadie se le juzga en este país todavía por su forma de pensar. No me vengas ahora con monsergas cuando todos tenemos un pasado… pero dame más información te lo ruego. ¿Por qué me detuvieron? ¿Qué te ha dicho el comisario?

—Ha sido todo muy confuso. Después del atentado, se blindó Madrid por la policía y la guardia civil. Todo quedó cerrado y había órdenes estrictas de registrar palmo a palmo la ciudad, y eso, que los efectivos no son muy numerosos, por no hablar de los que protegían al presidente que acabo de saber que estaban bajo mínimos. Como todavía creen que los asesinos vuelven o abandonan tarde la escena del crimen, la Dirección de Seguridad mandó todo su contingente disponible a peinar las calles aledañas hasta que alguien se dio de bruces contigo. ¡Para colmo circulabas sin papeles y encima, te relacionan con una mujer que se cree que ha participado en el asesinato y que supuestamente es la que tú estás buscando!

—¡Pero Fornitura no puede haber hecho nada de eso! —replicó asustado Alfonso.

—Nadie ha dicho que haya cometido un crimen. Lo que se investiga es su presunta relación con los anarquistas que sabemos están detrás de todo esto. Por último —añadió Prudencio— ¡La moto! ¡Alguien ha dado un chivatazo sobre la moto!

—¡Querrás decir tu moto que solo utilicé un día para llevar a Fornitura de paseo por el Retiro!

—Es verdad, la moto que se pudo ver según los testigos en la escena del crimen, es igual que la mía, con la diferencia que en el momento del suceso, llevaba acoplado un sidecar y por el contrario, yo no tengo ningún artilugio de ese calibre.

Alfonso pensaba en Fornitura. Acaso su vida había podido dar un giro radical desde que se separó de ella y se ha metido a terrorista. Lo raro es que no me ha contestado ninguna de mis cartas y para colmo de males, no aparece por ninguna parte.

—Esta noche cuando te recuperes en la pensión y yo termine

unas gestiones, nos marchamos a Toledo en el primer tren que salga. Te quedas un tiempo en mi casa hasta que esto se tranquilice y terminen los funerales por el presidente, y dentro de un par de días nos venimos a proseguir con la búsqueda de tu querida novia perdida.

—¡No puedo hacer eso! ¡Tengo que buscarla y no dispongo de muchos días para regresar a mi pueblo!

—¡Lo vas a hacer como me llamo Benedicto Salvatierra, Comesaña, o qué sé yo! ¡Porque esta vez la sartén la tiene un servidor por el mango! He dicho.

XVIII-SAN EMETERIO DE ALMORCHÓN

¡Todas mis esperanzas se han perdido y se me ha ido de la mano cualquier posibilidad de encontrarla! —comentaba Alfonso a Prudencio mientras paseaban por el centro de Madrid.

—¡Te juro por mi mujer y mis hijas, que como confidente que soy, y me dedico a lo que ya sabes, que me entero de algo, o de lo contrario dejo este trabajo!

—No digas tonterías Prudencio…bastante has hecho ya desde que llegué de segundas a la capital en busca de Fornitura. Bastante tienes tú con andar siempre por el filo de la navaja con las ocupaciones que buscas, que no está la situación del país como para andarse con bromas, y sobre todo desde hace unos días con el asesinato de Eduardo Dato.

—No sé —proseguía en tono relativamente calmado Alfonso— si la solución pasa por cometer una locura, o volverme definitivamente a Villaencina y tratar de olvidarlo todo. Algo tengo que hacer lo antes posible y si tomo alguna determinación, no pensaré en las consecuencias que pueda acarrear. De lo contrario, y si el tiempo no pone tierra de por medio, es posible que caiga sin remedio en la enfermedad o me administre mi propio descanso eterno.

—¡Recapacita Alfonso! No digas ni cometas barbaridades, todas las soluciones al enigma de la desaparición de Fornitura son posibles, y si al final resulta estar muerta, tu acabas de referirte al tiempo como posible solución.

—Te prometo mi querido señorito cordobés —continuaba Comesaña—, que voy a hacer todo lo posible por indagar y fisgonear desde la posición que ocupo. Muchas veces, las personas desaparecen sin dejar rastro porque simplemente no son deseables y se vuelven molestas para los que ostentan el poder. Los gobiernos hacen y deshacen a su antojo…no me obligues a enumerarte hechos y ofrecerte datos espeluznantes de lo que suelo, de tarde en tarde, comprobar dentro de Gobernación.

—Me lo imagino todo Prudencio, pero Fornitura no creo que tuviese enemigos pese a su carácter díscolo y abierto. Creo que sus posibles enemigos se encontraban, caso de existir, en su propia familia, pero no alcanzaría a pensar que le deseasen el mal a una

hija que lo único que hizo fue enfrentarse abiertamente ante un padre autoritario.

—Ahora, si me permites, me gustaría volver solo hasta la pensión —dijo Alfonso—. Aquí te dejo el teléfono de la misma por si alguna de tus indagaciones lleva a buen puerto.

—Así será. Prometo llamarte o pasar a buscarte si me entero de algo, de lo contrario, podríamos una tarde de estas recordar viejos tiempos de tabernas o burdeles.

—Te lo agradezco, pero no estoy para nada ya que la melancolía me desborda y no puedo ni con mi alma.

Los dos amigos cerca de los soportales repletos de gente de la Plaza de España, se despedían con un apretón de manos y sin la efusividad con la que lo hicieran antaño. Alfonso, cabizbajo y con el paso cansado que denotaba su estado de tribulación y le delataba, caminó solo unos metros y se fijó de nuevo en el bar de la plaza. El camarero que había conocido días antes y respondía al nombre de Emeterio Céspedes, era originario de Extremadura, y le recordaba por la forma de hablar y sus maneras a su amigo Nicolás. Servía con presteza y elegancia unas cañas de cerveza a una pareja joven sentada en un velador de madera redondo en la misma puerta del establecimiento, mientras por instantes, el local se le iba llenando de parroquianos a los que atendía con una profesionalidad fuera de lo común. Cambiando de actitud, decidió Alfonso tomarse algo a sabiendas de que dado el ingente número de clientes de la taberna, el camarero no lo recordaría y habría olvidado por completo su cara. Con cierta dificultad se sentó en otro velador apoyando los dos codos sobre el mismo, y con las manos sujetándose la cara, vio acercarse al empleado al que antes de pedirle nada de beber le espetó:

—¡Dichosos los ojos que pueden atisbarlo! ¡Llevo varios días ojo avizor esperándole como agua de mayo!

Alfonso, al que las palabras que acababa de escuchar le provocaron que su corazón empezase a latir de otra manera y su estado de ánimo le diera un vuelco, se levantó como empujado por un resorte de la mesa. Antes de que el viejo barman se acercase, ya lo acribillaba a preguntas.

—¿Sabe algo de ella? ¿La ha visto? ¿Sabe si podré encontrarla? —demandaba una y otra vez Alfonso con la mirada fija en el mismo y con ademanes de persona iracunda.

—Cálmese y acomódese de nuevo en la mesa mientras le sirvo algo de beber, que a buen seguro lo ha de necesitar —contestó.

Ya de vuelta, y mientras le servía una cerveza fresca

acompañada de unas patatas fritas, Emeterio se dirigió en un talante más serio a Alfonso:

—Creo que puedo darle cierta información de la persona a la que busca. Recuerdo a la perfección todos los detalles que en nuestra anterior y única conversación tuvimos a cerca de ella.

Alfonso, impaciente y casi sin dejar hablar a la persona que podría ponerle en el camino a su amada exclamó:

—¡Siga, siga, no se detenga ni un minuto se lo ruego!

—Uno de mis clientes habituales, médico castrense y con el que mantengo cierta amistad, me comentó hace un par de días el caso de una chica hija de un colega de carrera, que entró en enfermedad por algo similar a lo suyo, o sea, "mal de amores". De pronto y no me pregunte ni cómo ni por qué, lo recordé a usted, aunque como no sabía quién era ni dónde se encontraba, no pude avisarle de nada llegando a pensar que ya se habría marchado de la ciudad y que el caso estaba cerrado. Parecía que todas las piezas del rompecabezas podían encajar y era difícil que así fuera, pero siempre quedaba la duda. Pero lo que más me puso en disposición de deducir que podía tratarse de ella, era que hablaba de su padre, un alto mando militar con el que no mantenía relación, y de pronto pensé que todo parecía cuadrar perfectamente.

Una voz desde el otro extremo del bar, solicitaba la presencia del empleado e interrumpía momentáneamente la charla:

—¡Camarero! ¡Llevo una hora esperando! ¡O me sirve el Martini seco que le pedí o me largo!

—Perdóneme un momento, por cierto —no recuerdo su nombre, ahora mismo vengo mientras le sirvo a ese "prisas" su copa.

—¡Alfonso! ¡Me llamo Alfonso! No se preocupe y atienda al personal, que nosotros ya seguimos hablando en unos segundos…— contestó a la pregunta con la mirada perdida hacia la taberna.

No habían pasado ni tres minutos en los que Alfonso no había dado ni un sorbo a la cerveza que le habían dispuesto con anterioridad, e instantes después de dejar con presteza el mozo algunas bebidas en sendos veladores, se acercó éste para retomar la información.

—¡Quién diría que no existen las casualidades y que todo no podría tener relación! ¡Con lo pequeño que es el mundo! Estoy completamente seguro de que hablamos de la misma persona.

—¿Y en qué lugar podría encontrarla? —se apresuró a preguntar Alfonso.

—Empiece por las casas de socorro y los hospitales. Aunque si el tema es más grave y le ha afectado a la cabeza, es posible que se

encuentre en algún manicomio de los dos que existen en las afueras de la capital. Si lo hace con celeridad, en un día da con ella.

—¿Y le comentó su cliente las causas de su enfermedad? —insistió Alfonso.

—Creo recordar que dijo algo de un problema familiar. No puedo precisarle nada más. ¡Ya sabe cómo son los galenos y su secreto profesional!

—Lo entiendo —contestó Alfonso—. No sabe el enorme favor que me hace al devolverme las esperanzas de poder encontrarla con vida pese a la enfermedad que pueda estar sufriendo.

Alfonso tomó de un trago la cerveza ya caliente por el tiempo, estrechando con sus dos manos la derecha del camarero, prometiendo volver dentro de poco para agradecer de nuevo la información suministrada. Esa noche, ya en la cama de la fonda, la recordaba como nunca. Sus esperanzas estaban puestas en que si se encontraba deprimida, o con algún mal de nervios, podría sanar rápidamente, y se pudiera retomar la relación interrumpida por su propia marcha a Villaencina. Nada más levantarse, no pudo resistir la tentación de volver a preguntarle al camarero de los soportales de la plaza algún que otro detalle que se le hubiera olvidado.

—No lo esperaba tan temprano por la taberna.

—No he podido pegar ojo pensando en lo que usted me adelantaba la noche pasada y he vuelto por si quedan detalles que se le hayan podido pasar —repuso Alfonso.

—Como es temprano y no hay clientes, le invito a un café y charlamos—dijo el camarero—, le vendrá bien un poco de conversación antes de lanzarse a la búsqueda. La lista de hospitales de Madrid es abundante y al menos se le irán un par de días en visitarlos.

—Se lo agradezco en el alma Don Emeterio y no sé cómo pagárselo.

—Yo me conformaría con verle de nuevo por aquí con ella. Si tiene paciencia, el destino y la suerte hará el resto. ¡Anímese hombre, que todo tiene solución en esta vida!

Emeterio Céspedes era originario del sur de Extremadura, y como muchos trabajadores de Madrid llegó con la emigración en busca de sustento. Su pueblo natal, Almorchón, al sur de Badajoz, era más que conocido por Alfonso, y escuchar su nombre aunque proviniese de una persona afable y amiga, le inoculaba un sentimiento de terror inevitable. Su pronunciación en boca de Emeterio le hizo evocar los continuos accidentes ferroviarios de esta vía, y en especial, el del túnel del Pradillo en aquellas navidades

trágicas de 1919.

—He tenido la oportunidad de pasar en este segundo viaje a Madrid por su pueblo amigo Emeterio y hacer trasbordo en su estación. Todo fue rápido, y apenas si tuve tiempo de contemplar la quietud de su paisaje y la inmensa llanura como si del dorso de una moneda enorme se tratara. Por cierto, ¿lleva usted mucho tiempo fuera del terruño?

—¡Toda una vida amigo Alfonso! Salí de allí con mis padres a la edad de doce años, y hoy que paso generosamente de los sesenta, no he vuelto sino en contadas ocasiones por cuestiones familiares. La tierra siempre te llama cuando finalmente recibe a tus seres queridos para quedárselos eternamente y en esas ocasiones tu presencia se hace indispensable pese al dolor.

—¿Nunca tuvo la tentación de volver a su pueblo y asentarse? —preguntó Alfonso.

—Aquello era pobre. Como no podía vivir todo el mundo de lo que animaba la economía local como era el ferrocarril, decidí no regresar pese a que el pan estuviese a kilómetros de distancia. Recuerdo cómo al principio era complicado adaptarse a Madrid. Mis padres encontraron pronto un trabajo de conserjes en una vivienda, y este que habla, entró de ayudante de cocina en un bar del centro. Desde ese momento —proseguía Emeterio—, mi vida siempre estuvo marcada por la diferencia que a modo de frontera establece el mostrador o la barra de una taberna. De un lado, un mundo siempre exigente y con prisas que se cree superior por estar en esa orilla del terreno que todo lo puede. Por otro, el hecho de anclarse en una vida que se hace con el tiempo cada vez más servil hacia los demás, y que lo único que te exige es ganas de descansar cuando tienes un poco de tiempo libre por las inagotables jornadas que de pie pasamos. Sin embargo, el oficio tiene ventajas, y una de ellas es la de poder llegar a conocer a la gente nada más que por su mirada o el estado de su cara, que es muchísimo más, que el espejo del alma para cada uno de nosotros.

La conversación parecía animar a Alfonso, y un aire de tranquilidad parecía aflorar en su rostro. Emeterio, tan seductor con su palabra como el propio Nicolás en los momentos de tertulia en la estación de Villaencina, sabía de sobra como animarlo sin conocerlo a fondo, y dedujo rápidamente sin dificultad de qué temas podía hablarle para levantar su espíritu. En una pausa de la conversación, y después de tomar un trago de anís dulce que el mismo había servido a ambos, recordó una anécdota de una de sus vueltas a su tierra, y que estaba seguro apetecería escuchar a Alfonso:

—¡Por cierto! Recuerdo que en una ocasión y con motivo de una pequeña reforma del local y al disponer de una semana libre, regresé a mi pueblo con mi mujer aprovechando que se había inaugurado recientemente la línea de ferrocarril de vía estrecha que enlazaba desde Almorchón a Los Pedroches teniendo la ocasión de visitar su tierra. Mi mujer y yo decidimos realizar un domingo una excursión que nos sirviese de distracción mientras esperábamos la vuelta a Madrid. Emprendimos el viaje de ida y vuelta muy temprano; la idea era conocer una zona que, si bien está próxima a la nuestra, nos pasaba inadvertida. Era primavera. El campo estaba resplandeciente y como nunca porque fue un año de lluvias abundantes. Al llegar a Los Pedroches, la dehesa se presentaba como un inmenso océano de encinas sin olas y en calma. La vida parecía fluir por todas partes. Enormes piaras de cerdos negros y algunas manadas de ovejas gordas y lustrosas se apreciaban desde las ventanillas del tren, y se podían casi tocar con las manos desde el vagón de madera donde viajábamos. Pese a la lentitud del convoy arrastrado por una vociferante locomotora de vapor, el viaje se hizo extremadamente rápido. Recuerdo —proseguía Emeterio— las interminables paradas a que nos veíamos obligados a realizar con motivo del cruce de trenes en los distintos apeaderos, las cuales eran aprovechadas para comer o estirar las piernas fuera del tren. Todavía me vienen a la memoria aquellas aguadoras que subían arrebatadamente y sin prudencia portando botijos y algún que otro cántaro rojo, para ofrecernos pregonándolo a voz viva el agua de La Garganta, con la que pudimos pasar en alguna ocasión, la ingente cantidad de huevos duros que consumimos como base principal de la merienda. También recuerdo cómo ya de vuelta, el tren se detuvo súbitamente por el atropello de unas cuantas ovejas que deambulaban sueltas, y que cruzaron las vías en estampida en el momento justo de su paso en una zona de monte frondoso. La fortuna hizo, sin embargo, que el desdichado pastor que acudió presto recriminando airadamente al maquinista la supuesta excesiva velocidad con que circulaba el tren no perdiese nada más que una de ellas, cuyos restos, quedaron esparcidos por la vía y pegados, a modo de jirones y amasijos de lana enrojecida por la sangre del animal, en los bajos de la parte delantera de la locomotora. Como puede imaginar, todo el mundo bajó de sus asientos para presenciar el espectáculo y las iras del pastor no acallaron si no es por la llegada de una pareja de la Guardia Civil en sendas bicicletas negras procedente del destacamento de Conquista, en cuyo término y a muy corta distancia de la misma, ocurrió el lamentable suceso.

—¿Y ya no fue usted más por mi comarca? —preguntó Alfonso con aire más distendido.

—Lamentablemente no, aunque he tenido la ocasión de atender en el oficio a numerosos paisanos suyos cuyo reconocimiento por su acento se hace sumamente sencillo.

—Le reitero una vez más mi agradecimiento Don Emeterio; sin lugar a dudas este rato de charla y sus vivencias me han devuelto a la vida. Le juro que me ha dado fuerzas para iniciar la búsqueda de la mujer a la que quiero y que me tiene roto el corazón, y le prometo igualmente, pasarme en cuanto tenga alguna novedad que poder contarle. Ahora si me disculpa me marcho directamente a la pensión a recoger unas pertenencias y sin más dilación me pongo a la faena.

Las palabras de Emeterio Céspedes y su testimonio imaginario sobre el paseo por Los Pedroches, animaron la mañana de Alfonso que sin quererlo había encontrado por suerte a todo un maestro en el oficio de hacer la vida agradable a los demás sin ninguna prestación a cambio.

Nada más salir de la pensión montó en un taxi que lo esperaba a la puerta de la misma. Alfonso con una carpeta pequeña debajo del brazo donde contenía algunas fotografías de Fornitura realizadas el verano pasado, tomó rumbo a Nuestra Señora de Atocha, y de esa manera, comenzaba sus indagaciones por la institución paradigmática de la época: el Hospital General.

XIX-LA BÚSQUEDA

—¡Todo ha sido en vano! Después de un día entero de búsqueda desde el General hasta el Hospital Militar del Colegio de Nobles, no me quedan fuerzas para nada. Todo ha sido infructuoso, y en ninguno de ellos me han podido dar alguna información sobre el paradero de Almudena Quintana, —apuntaba Alfonso a Céspedes en otro de sus encuentros.

—¡No desespere! Recuerde lo que hemos hablado: se van a necesitar algo más de un par de días como calculamos para recorrer todos los sanatorios madrileños.

—Algunos se encuentran en el extrarradio, y todavía es pronto y precipitado sacar conclusiones. No puede abandonar la búsqueda y tiene que ser fuerte y perseverante. Además, ya sabe el dicho castellano: “No se conquistó Zamora en una hora”

—¡Tengo todas las esperanzas perdidas Don Emeterio! Hoy ha sido otro día de esos en que lo ves todo negro sin que la luz ni el mismo aire te den la mano.

—No tire por la borda su interés ni sea cobarde en la lucha hombre, que tan solo lleva un día tras su pista. Aunque se haya hecho una eternidad, ahora tendría que descansar y cenar algo si es que todavía no lo ha efectuado. No creo que la solución pase por la copa de coñac que me ha pedido con el estómago a medias tintas.

—Ni he cenado, ni he conseguido ingerir nada sólido desde ayer a estas horas; lo único que ha conseguido traspasar la barrera de mi estómago fue el café solo que esta mañana y en este mismo lugar, usted me servía —contestó Alfonso.

—Me parece que no va usted por buen camino si se empeña en castigar su cuerpo mediante el ayuno. Entiendo que se sienta mal pero si no cuidamos la máquina o no la llenamos de carburante, esta difícilmente podría arrancar y tomar por la vía adecuada.

—¡Hágame caso y admita un consejo de alguien que podría pasar por su mismísimo padre! Ahora mismo le retiro la copa, y aunque me lo implore de rodillas, se toma usted algo de otro género y textura bien distinta.

—¡No puedo! ¡Mi estómago no me lo permite! No me apetecería sino beberme la muerte de un trago si fuese posible.

Emeterio al escuchar esas palabras y moviendo la cabeza a modo

de negación, miraba a la cocinera y contestó:

—¡Vaya estupideces que hay que escuchar a la hora de cerrar el negocio y después de todo un día de trabajo! ¡Tiene bemoles el asunto!

Aprovechando que el último cliente salía por la puerta del bar y que solo quedaban en el mismo ellos dos y la cocinera, Emeterio se dirigió a la salida y apagando desde el interior la bombilla de luz que daba vida al nombre del establecimiento sobre el umbral de la fachada, cerró la puerta desde dentro haciendo un gesto de complicidad a la señora de la cocina que se encontraba a pocos metros de ellos, se encaró con Alfonso perdiendo momentáneamente las formas y el modo educado con el que hasta esa noche lo había tratado.

—¡O tú te tomas ahora mismo un caldo de gallina y una lasca de jamón o queso con un vaso de tinto, o de lo contrario, no sales de este garito vivo! ¡La vida no me ha dado hijos a quien tratar y educar, y a mi mujer la perdí hace unos meses por no querer cuidarse en el beber y en el comer! ¡No quisiera yo ahora perder a otra persona con la que estoy cogiendo amistad y que viene a mi como si de un padre se tratara!

Alfonso incapaz de reaccionar ante tan brusco cambio de carácter del hombre del que jamás hubiera imaginado en esa actitud, permanecía callado y sin saber ni atreverse dar una respuesta. Entre tanto, Emeterio mientras disponía un mantel de tela blanco sobre la mesa en la que se encontraba sentado y preso de congoja el único cliente, descorchaba con rabia una botella de tinto y mirando fijamente a los ojos a Alfonso, le dijo con peor genio todavía:

—¡Ahora mismo te tomas un vaso de tinto y de seguido y de un tirón, ese tazón de caldo o te juro que te lo administro yo mismo como si estuvieras en galeras y a embudo! ¡Por la gloria de mi padre que en Almorchón reposa! ¡Tú verás lo que haces!

Alfonso viendo el cariz de los acontecimientos y la actitud desaforada y desafiante de Emeterio, tomó la taza aún caliente de caldo a la que, para rebajar la temperatura, vertió un generoso chorro de tinto. A continuación, y sin articular ninguna palabra, la ingirió sin pausa en tragos largos hasta consumirla en su totalidad. Mientras tanto el camarero y la cocinera del establecimiento, asistían al acto como convidados de piedra sin inmutarse. La tensión se podía cortar con un cuchillo e inundaba el ambiente; el enojo de Emeterio no tenía parangón con nada parecido a lo que Alfonso pudiera haber experimentado antes. Ni su padre, ni

tampoco su hermano del alma y compañero Nicolás, con el que frecuentó más de una polémica por alguna que otra diatriba, habían desarrollado nunca esa impronta de perro rabioso. Sin mediar palabra alguna la cocinera por segunda vez, acercaba un plato con algo de queso viejo, unas lonchas de jamón veteado, y media rebanada de pan blanco a la mesa. En segundos, Alfonso atacó sin piedad el refrigerio sin saber a ciencia cierta si su repentina hambruna respondía al miedo metido en el cuerpo por la escena, o por una inesperada apertura de apetito gracias al vino y al caldo. Acabada la ingesta, Emeterio que no se había separado ni un solo centímetro de Alfonso en toda la noche, extendía su mano derecha en la que portaba una servilleta de un tejido parecido al tafetán de color rojo, momento en el que la palabra retornaba la escena:

—¡Y ahora te limpias la boca y si tienes algo que replicar lo manifiestas! ¡Y si hay más ganas, te sacamos una orza de lomo en pringue para que comas hasta saciarte!

Alfonso que ya no podía aguantar más, y entendiendo todo lo sucedido de puertas adentro en la taberna esa noche, se limitó a pronunciar dos o tres palabras mientras sus ojos se tornaban brillantes por las lágrimas.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! ¡No sé cómo pagarles este gesto!

—No hay de qué —contestó en primer lugar y precipitadamente la cocinera—, el señor Emeterio al que conozco de toda la vida tiene carácter, pero es la primera vez en lo que llevamos trabajando juntos que le veo de esa guisa. Lo que ha hecho ha sido todo por su bien, y porque me consta que le aprecia. No es muy dado a expresar sus sentimientos en público, se lo aseguro, pero esta vez ha demostrado que sin apenas conocerlo siente por usted algo especial.

—¿No vas a recriminarme nada? —preguntó Emeterio dirigiéndose a Alfonso.

—¡No! —contestó— Le repito que le agradezco de corazón todo lo que han hecho por un servidor y les aseguro que he aprendido una lección importante esta noche. Llevan razón advirtiéndome de que o me tomo esta situación de otra manera, o Madrid acaba conmigo mucho antes de lo que yo mismo quisiera. Esta noche —prosiguió—, tengo la seguridad de que dormiré profundamente. A partir de mañana les prometo a los dos que acudiré a visitarles y a solicitar sus consejos.

—¡Dame entonces un abrazo y vete a descansar tranquilo! —exclamó Emeterio—, mañana será otro día y verás cómo lo afrontas de otra manera.

Ya en la puerta de la taberna y bien entrada la noche, Alfonso

reiteraba su agradecimiento por todo y prometía volver a la mañana siguiente. Esa misma noche, y aunque alcanzó pronto el sueño, antes de dormirse Alfonso tuvo tiempo para evocar la lista de personas que el destino había puesto recientemente en su vida para ayudarle, y hacer cábalas sobre su momento personal por el que pasaba. Parecía imposible como en situaciones tan delicadas como lo fueron su detención por la policía o el regreso al encuentro con Fornitura ahora, siempre acabase fortuitamente apareciendo alguien que le tendía la mano y lo sacaba del abismo como llevada por ángeles al momento y a la situación justa: doña Pura, Prudencio, Emeterio, la cocinera del bar… demasiada casualidad para una persona que en realidad había faltado a la verdad y al compromiso con los suyos.

—¡Tengo que coger fuerzas como sea para encontrarla de una vez! Tal vez sea cuestión de fe —argumentaba para sus adentros—, aunque como ando escaso en esa materia y relativamente alejado de la misma, no creo que la providencia se acerque a mí en estos instantes, aunque bien visto, podía ser una señal que se me envía desde arriba y me pide que desista de una vez sobre mis dudas y mis recelos ante lo divino. Es posible que todo el sufrimiento por el que paso y seguramente pasa Fornitura, haya sido originado porque no obré bien en el asunto del olivar, y he dilapidado una fortuna de modo egoísta. Ahora el de arriba me está poniendo a prueba, y me manda una desaforada penitencia en forma de dolor por todo lo que he hecho bajo el desconocimiento de mis padres y para mi gozo. Ojalá fuese capaz de recuperar ahora mismo la fe que me inculcaron de pequeño y que me hizo feliz hasta que llegado un momento en mi vida, me alejé de ella llevado por las ideas que entraban en mi cabeza. Yo no he renunciado nunca a nada, pero confieso que siempre en los últimos años, la he dejado relegada a un segundo o tercer plano… ahora es demasiado tarde para recuperar convicciones y creencias. Si al menos en estos momentos delicados tuviese fortaleza como para retomarlo todo, es posible que las cosas se viesen desde otra perspectiva. Tendría que intentarlo y tratar de convencerme.

Con las primeras luces del día y con la mente algo más relajada por el sueño y el alimento de la noche anterior en casa de Emeterio, salía de nuevo a la calle en busca de su amada. Otra vez un taxi lo esperaba a la puerta de la casa de huéspedes, y antes de comenzar la hoja de ruta diseñada, pasó a darle los buenos días acompañado por su taxista habitual a Emeterio, y a convidar y convidarse a café y unas perrunillas recién horneadas para comenzar con otros bríos

la jornada.

—Hoy —comentaba jocoso a Emeterio—, vamos a seguir la búsqueda por otros hospitales de Madrid. Empezaremos por San Juan de Dios al que ayer no nos dio tiempo de visitar pese a haber estado cercanos, y seguiremos por el Niño Jesús. Después el Hospital Central del Aire. y acabaremos seguramente en la calle San Bernardo en el Hospital de San Pedro de los Naturales. No creo que tengamos tiempo para más, pero algo me dice en mi interior, que vamos a tener novedades.

—¡Espero que así sea! —contestó Emeterio— Por cierto, Concha la cocinera, está preparando hoy algo especial a base de carne de caza. Pasaos a medio día o a la noche que seguramente quedará algo reservado y os aliviará el cansancio, porque si os digo la verdad, empieza a oler a gloria bendita.

—¡Así se hará, se lo prometo! —concluyó Alfonso mientras acompañado del taxista abandonaban la taberna.

Los últimos días de ese insoportable mes de marzo fueron fríos y desapacibles, como si a fuerza de ser inclementes, ahondasen todavía más en la desazón que la búsqueda de Fornitura provocaba. Ese día, todo transcurriría de la misma forma que el primero; en ninguno de los sanatorios existía la mínima pista sobre el paradero de Almudena, y lo que era peor, en sus archivos a los que en más de una ocasión se le negó inicialmente el acceso a Alfonso, tampoco había constancia del paso de ella por una u otra institución. A mediodía Alfonso llamó desesperadamente a Prudencio Comesaña ante la promesa que le hizo en su anterior encuentro de indagar y buscar pesquisas dada su condición de chivato de la policía. En un receso, y desde la taberna de Felipe Marín, donde se habían detenido para reponer fuerzas, Alfonso telefoneaba sobre mediodía a Prudencio sin obtener resultado favorable que le pusiese en la pista de ella. Esa misma tarde, y después de visitar el último hospital al que tenían pensado acceder igualmente sin resultados halagadores, Alfonso no dejó un solo minuto de repetirle al taxista que lo abandonaba todo, que estaba hundido y que todo se iba al infierno.

De vuelta a la taberna de Emeterio, ya de noche, los ánimos no estaban lo suficientemente vivos como para degustar el guiso de carne que por la mañana le anunció el camarero, y la disposición de Alfonso era de tomar algo ligero y sin muchas dilaciones dirigirse a la pensión a descansar. Nada más entrar en la misma, donde la clientela comenzaba a abandonar el recinto dado que era más bien tarde y la noche no era de lo más sugerente, Emeterio buscó

rápidamente a Alfonso para comunicarle novedades. Este había leído a la perfección el gesto del viejo camarero, y por su cambio de aires, no presagiaba nada bueno,

—Tengo cosas muy importantes de las que darte información. Hoy ha estado en el establecimiento el militar del que te hablé el otro día, y me ha puesto al corriente sobre el asunto de la mujer que buscas. Toma asiento y pide lo que quieras, que ahora mismo vuelvo y te lo cuento todo.

Alfonso que ya había advertido en el primer contacto visual que sucedía algo malo, despidió al taxista indicándole las mismas instrucciones en el plan del día siguiente, y a continuación, tomaba asiento en un velador cercano a la cocina. Pasados unos minutos en los que Emeterio cobraba unas cuentas y despedía a los últimos clientes, volvía a su lado para iniciar la conversación.

—Como te he dicho, estuvo esta mañana en la taberna el militar amigo de los padres de tu novia con el que he tenido tiempo de hablar largo y tendido. Siento comunicarte que las noticias que me ha dado no son nada buenas.

Alfonso que se temía lo peor y dado su carácter débil para este tipo de situaciones, dejó hablar a Emeterio sin interrumpirle y de esta manera escuchar antes lo que su corazón le auguraba.

—Los padres de tu amiga o novia…—perdón de Almudena Quintana— han sufrido un terrible accidente del que no han salido con vida. Volvían en un vapor de girar una visita al hermano mayor de la misma que se encuentra bien afincado y con un puesto importante en Argentina. Al parecer —prosiguió Emeterio—, el barco fue presa de una galerna mortal que lo partió en dos y al que las autoridades portuguesas —ya que se produjo cerca de las Azores —, tardaron varios días en localizar y recuperar un gran número de cadáveres. Entre ellos y por desgracia, se encontraban los padres de tu chica sin haber superviviente alguno.

—¡No me lo puedo creer! —contestó Alfonso pálido como una pared recién encalada— ¿Y ella lo sabe? —preguntó angustiado.

—¡Por ahí viene todo! Como consecuencia de la noticia, y sobre todo por la relación que al parecer le unía más a la madre que al padre, Almudena entró en un estado de profunda depresión y abandono, negándose a tomar alimento alguno y perdiendo más de veinte kilos de peso. Tanta debilidad y tristeza le ha afectado seriamente a su cabeza, y los médicos le han certificado la locura sin remedio...

Alfonso, con las manos en la cara y sentado, lloraba amarga y desconsoladamente mientras oía el relato de Emeterio. Le faltaba el

aire y no podía ni respirar por el sollozo a que se veía sometido, ni tampoco, daba crédito a todo cuanto escuchaba por voz de la persona que en esos momentos más cercana le era.

—¡Si al menos hubiese estado yo con ella, todo hubiera sido distinto! No tuve que abandonar Madrid y volver a mi pueblo. Allí salvo mis padres, un trabajo rutinario y poco más, no me ataba nada.

—No te lamentes —contestó Emeterio—, las desgracias vienen como vienen y muchas veces ante ellas no tenemos los recursos propicios para evitarlas ni armas eficaces para combatirlas. Tampoco tu presencia hubiera sido garantía de lo que ha pasado. No te culpes ahora…tu volviste donde tenías que volver, y el destino y el azar, han obrado por su cuenta y sin preguntar ni pedir opinión a nadie.

—¿Le comentó algo más? —preguntó desolado Alfonso.

—Hay algo más…posiblemente esté ingresada en algún manicomio de la ciudad o de sus alrededores. Por esos lugares no habías buscado ni imaginariamente, pero ahora, ya tienes por dónde empezar cuando te calmes. Deberías descansar un par de días aprovechando que mañana es sábado. Esta noche, si te apetece, puedes quedarte en mi casa que está cercana a esta humilde taberna —señaló Emeterio—. Si quieres podríamos hablar y combatir la soledad…yo en cierta manera me encuentro solo en Madrid al igual que tú y si te soy sincero, muchas noches tomando una copa y fumando un buen cigarro puro echo de menos la conversación con alguien.

—Creo que si no es molestia, voy a aceptar su invitación y supongo que mañana o pasado podré retomar mi búsqueda que ahora ya queda reducida a muy pocos lugares.

—Jamás —insistió Alfonso—, pude sospechar algo semejante. Me la imaginaba viva y en otro lugar, tal vez al lado de otro hombre o haciendo teatro por algún rincón perdido de España, pero nunca esperé encontrarla de la forma en la que usted me la ha retratado.

Ese fin de semana Alfonso no se separó un solo instante de Emeterio como si de un niño perdido que se aferra a la falda de su madre al encontrarlo se tratase. No quería imaginar el estado de Fornitura si es que incluso lo dejaban verla ni tampoco, lo que sucedería con ella o los días que le podían quedar de vida. Todo era una nebulosa oscura y ahíta de dudas que le oprimía su mente y le cegaba su vista. Se aferraba rígidamente a Emeterio como si de un lazarillo experto se tratase. Era incapaz de dar un paso ni tomar una

iniciativa propia y parecía más una persona a la que le sobreviene una invalidez repentina sin avisarle y le paraliza hasta el aliento, sin que su organismo fuese capaz de responder a ningún tipo de estímulo. Apenas si esos dos días tomó alimento de no ser por la testarudez y el afán de Emeterio, al que como si de un hijo que de pronto le hubiese venido a la vida, cuidaba mimosamente y atendía pese a tratarse de una persona desconocida y nueva para un viejo al que poco o nada le quedaba por experimentar en este mundo, salvo la sensación indescriptible de amamantar a una criatura recién nacida.

Llegado el lunes, Emeterio y Alfonso se dirigieron a la taberna bien temprano donde ya se encontraba y había abierto con antelación la cocinera. Ambos tomaron un café con leche y unos dulces típicos del pueblo de Emeterio que le habían sido enviados por un paisano, y mientras Alfonso esperaba al taxista que en esta ocasión se demoró más de lo acostumbrado, aprovecharon para intercambiar unas palabras

—¿Por dónde vas a comenzar tu búsqueda este lunes? —preguntó el viejo camarero.

—La búsqueda se reduce ya a un par de sitios. Cuando estuve en el Hospital Provincial, el responsable de la sala de enajenados, me informó de dos manicomios concretos donde podría haber sido trasladada: al manicomio femenino de Ciempozuelos y la Casa de Dementes de Santa Isabel de Leganés. Empezaré por el más lejano el de Ciempozuelos, y posteriormente si da tiempo en el día, visitaremos el de Leganés.

Mientras estaban comentando los planes para la jornada apareció algo desaliñado el taxista habitual que acompañó a Alfonso con anterioridad excusándose de su tardanza. Un problema mecánico de su automóvil un Wolseley de cuatro plazas y con capota, al que los aires de Madrid no debían de sentarle nada bien y el cambio de temperatura, se negaba a ponerse en marcha había teniendo la culpa del retraso. Alfonso se despedía de Emeterio y ponían rumbo a Ciempozuelos. A la altura de Valdemoro y ya casi a las postrimerías del viaje que se hizo corto, decidieron parar en una venta junto a la carretera que conocía a la perfección el taxista y tomar algo consistente por si el día se alargaba. Alfonso apenas si comió nada del desayuno generoso solicitado por el taxista al ventero, limitándose a probar algo de las viandas ofrecidas y un poco de café con leche. Ya de marcha llegaban a Ciempozuelos y rápidamente se dirigieron hacia el sureste de la población donde se ubicaba el manicomio femenino. Estaba formado por pabellones y

numerosos patios donde se apreciaban las internas y el trabajo de las Hermanas del Sagrado Corazón que se encargaban del mismo. En la puerta, Alfonso solicitó hablar con el director o directora o algún responsable que le pudiese dar información sobre Almudena. Una monja les atendió amablemente ya que en esta ocasión el taxista si optó por acompañarlo:

—¿A quién tengo el gusto de anunciar a la hermana Superiora?

—Me llamo Alfonso Casado y vengo a solicitar información sobre una mujer que está enferma y que responde al nombre de Almudena Quintana. Desearíamos saber si se encuentra en este establecimiento.

—Sean tan amables de esperar en este pequeño patio. Enseguida les atiende la superiora.

El establecimiento hospitalario era relativamente grande. Apenas si se oía nada en el mismo excepto algún grito lejano como si del sollozo de un niño se tratara. No habían pasado más de cinco minutos y aparecía por una galería que daba al patio la hermana superiora. Los dos hombres que permanecían sentados en un banco de ladrillo visto, se incorporaron rápidamente y con una reverencia algo forzada para la ocasión, saludaron al unísono a la misma.

—Caballeros, tengo que comunicarles, que a día de hoy, no se encuentra ingresada en esta institución benéfica ninguna mujer que responda al nombre que me ha sido facilitado por la hermana que les atendió ¿Podrían repetirme de nuevo su nombre y su edad?

—Almudena Quintana de la Iglesia —respondió Alfonso—, y su edad está rondando los treinta años.

—Lo siento señor, pero no existe ninguna enferma con tal identidad, y si les sirve de alivio aunque esta información siempre es reservada, no hemos tenido en los últimos meses a nadie con esa filiación.

—¡No sabe cuánto se lo agradecemos hermana! ¡Ha sido usted muy generosa! —contestó Alfonso—, y si no supusiese ningún abuso de confianza, ¿podría preguntarle algo?

—Usted dirá, y si está en mis manos le responderé.

—Hemos venido después de recorrer todos los hospitales de Madrid en busca de esta señorita sin obtener respuesta y nuestra paciencia se agota al igual que se agotan los lugares donde encontrarla.

—¿Han estado ya en Leganés en Santa Isabel? —se anticipó la superiora— Madrid cuenta en la actualidad con estos dos centros únicamente, aunque existen salas para estas personas dentro de los hospitales que ya han visitado, y algo por lo privado que no se lo

recomiendo.

—La verdad es que todavía no, y lo teníamos como último recurso.

—¡Vayan! ¡Vayan! No pierdan tiempo que algo me dice que están en buen camino. Si tienen algún problema les dejo mi tarjeta y digan que han estado aquí.

—Gracias por su generosidad y por su información. No sabríamos como agradecérselo todo.

Sin perder un solo instante el taxista arrancaba con cierta dificultad el Wolseley, y se dirigieron hacia Leganés con la esperanza después de haber escuchado a la monja superiora de encontrar a Fornitura. Sobre medio día estaban en la misma puerta del mismo. La Casa de Dementes Santa Isabel se situaba sobre un edificio palacio del ducado de Medinaceli que había sido remodelado. Tenía una entrada amplia de piedra y sobre la misma debajo del frontón de la fachada principal, aparecía en relieve el nombre de la institución dedicado a la reina Isabel II. Constaba de varios edificios que se fueron añadiendo al igual que el pabellón de mujeres donde supuestamente se encontraba Fornitura. El recibimiento esta vez no sería tan amable como horas antes y en la institución que habían visitado, y el tono y tratamiento empleado no tenía nada que ver con lo acontecido esa misma mañana en Ciempozuelos. Un funcionario con bata blanca les recibía en la puerta, y nada más solicitar Alfonso información sobre la persona que buscaba, el fornido empleado al que remataba su atuendo un gorro blanco y un ancho cinturón de cuero, preguntaba:

—¿Sabrá usted al menos en qué tipo de régimen de alojamiento se encuentra dicha señora?

—Disculpe enfermero, pero desconozco por completo a lo que se refiere en este momento.

—Para su conocimiento —continuaba el empleado—, en esta institución existen tres tipos de modalidades para sus alojados: pensionistas de primera, pensionistas de segunda y pobres. En alguna de ellas tiene que estar irremediablemente alojada la persona a la que intenta localizar.

—Solo sé que esta dama es de padre militar y pertenece a una clase acomodada, aunque desconozco en qué estado pudiera haber llegado aquí, si es que realmente se encuentra en este centro. Ese dato no puedo facilitárselo. Mi misión es la de encargado de entradas y salidas, y vigilar con celo que no se me escape ningún orate. Tampoco me está permitido aportar datos personales de nadie. Si esperan un momento es posible que algún compañero por

el nombre la recuerde y nos diga si la tenemos o no.

Las dependencias eran grandes y vistosas aunque se podía apreciar desde la lejanía diferencias entre espacios relativas a la clasificación de los internos. Alfonso supo después que estas diferencias todavía eran mucho más distantes a la hora de la comida o de cualquier atención hacia sus moradores. Después de ver como el celador terminaba una tarea rutinaria en la que en una especie de lista anotaba horas y nombres, le volvía a insistir al mismo sobre la búsqueda de Fornitura, y aprovechando que este había hablado con un grupo de enfermeros ataviados de la misma guisa, supuso por momentos que alguien habría preguntado por ella y aportado algún detalle:

—¿Sabe ya algo de la persona a quien busco? —demandó Alfonso.

—Lo siento señor, pero esta casa tiene unas normas y un reglamento bastante estricto por no hablar de lo referido al régimen de visitas. Han sido muchos los fugados y las consecuencias que por ello hemos de soportar a diario, y como usted comprenderá, se hace necesaria una vigilancia y un control extremo hacia visitados y visitantes.

—Me temo —continuaba con talante tranquilo el empleado—, que no va usted a poder recibir ningún tipo de información y por el contrario, he de anunciarle que hasta dentro de unos días no podrá visitar el recinto ateniéndonos a la normativa.

—¡Exijo inmediatamente que me reciba algún responsable médico o administrativo del centro! —gritó enfurecido Alfonso ante las largas cambiadas que le estaba infiriendo el celador.

—Dudo mucho que le puedan atender —contestó de nuevo—, existe un número amplio de pacientes y mucho trabajo como para interrumpir el ritmo del mismo. De todas formas, si tiene la paciencia suficiente para esperar la llegada del doctor Salas, director médico, podría abordarlo por si tiene la suerte de atenderle.

La espera se hizo larga y tensa ya que la visión que se podía obtener desde el lugar donde se encontraba y en lo único que la vista le alcanzaba, no era agradable para cualquier humano cuerdo. Un amplio patio interior pudo ser observado desde la rendija de una ventana entreabierta del recibidor por Alfonso que aprovechando la espera y el descuido de los empleados, atisbó sin contemplaciones. Se trataba del “patio de agitados”, y su visión desbordaba los límites del comportamiento humano: una multitud de internos recluidos sin concierto a modo de prisión, pululaban bajo una

indumentaria gris que los homogeneizaba. Sus diferencias radicaban en los movimientos más o menos estereotipados de todos que iban desde lo más desquiciado y agresivo, hasta posturas que rozaban los límites de la normalidad. Un enfermo se podía observar revolcándose en un lado del patio a modo de un semoviente que aligera con la tierra y la seroja, las pulgas o las garrapatas de su cuerpo. Otro, al que una especie de colcha afelpada le envolvía casi la totalidad de su cabeza, tenía asido con las dos manos el tronco de un árbol desnudo por los rigores de la época al que administraba simultáneamente caricias y cabezazos como si de una persona se tratase, y a la que pasaba de querer a agredir, en el intervalo de breves segundos. El tiempo que separó su llegada a Santa Isabel y la aparición del doctor Salas se haría infinito aunque suficiente como para tener una aproximación sesgada del manicomio, y una idea global sobre el mundo de sus alienados. Estos eran poseedores de un destino que por su difícil pronóstico de curación y la falta de medios, no transcendería sino con la propia muerte de los mismos. En un momento de la dilatada espera el empleado de turno se acercaba a Alfonso, que iba acicalado a la perfección y tocado en esta ocasión con un sombrero cordobés de fieltro negro que lo diferenciaba del resto de sombreros con los que habitualmente se cubrían el resto de ciudadanos. Como el tiempo era lo que más sobraba y aturdía, le preguntó:

—¿Es usted médico o científico y por esa razón espera al doctor Salas sin importarle su demora?

—¡No! ¡No! ¡Aunque bien lo quisiera yo en estos momentos! Soy un funcionario de provincias en busca de una mujer a la que perdí la pista hace unos meses y todos los indicios me conducen hasta este lugar.

—Le habrán advertido antes de venir aquí —proseguía el celador entre la curiosidad y lo irónico—, que el régimen de visitas a los internos y por el peligro de fuga es realmente estricto. Se lo vuelvo a repetir porque desde hace unos años el día de visita se trasladó al jueves por la tarde, siendo hoy precisamente lunes y no más de las doce del mediodía.

—Ya me había hecho a la idea y se lo agradezco. Es por eso— continuó Alfonso—, por lo que quisiera hablar con el doctor, y dada mi procedencia lejana, ver la posibilidad de favorecerme en algo.

Estaban en esa conversación cuando con más retraso de lo habitual según el celador, hacía acto de presencia el galeno.

—Disculpe señor director. Aquí hay un señor esperándole al que después de informarle sobre la normativa que aplicamos y el

régimen de visitas, está interesado en hablar con usted uno o dos minutos si así lo tiene a bien.

—¿Se trata de un colega acaso? —preguntó el médico.

—¡No señor! Es un funcionario de Córdoba interesado en la localización de una señora que dice ser familiar suyo y supuesta cliente de esta casa.

—¡Veamos lo que se puede hacer! —dijo el doctor Salas mientras de abotonaba una larga bata blanca.

Alfonso mientras tanto, se presentaba al médico con una exquisitez que rondaba la adulación y después de repetir una y mil veces los motivos de su estancia en Santa Isabel, el director volvía a los argumentos reglamentarios:

—Me temo que no puedo acceder a sus rogativas y menos, saltarme la normativa sobre todo porque hoy es lunes y no es día de visita.

—Al menos —insistía Alfonso manteniendo el mismo tono halagador—, sáqueme de la duda que me aturde y dígame si la mujer que busco se encuentra al menos en este lugar ¡Se lo suplico!

—No debiera extralimitarme en las funciones que la corona me ha encomendado, pero en atención a su lejana procedencia haremos un poco la vista gorda y le proporcionaré los datos que me pide. ¡Eso sí! ¡Hasta el jueves de confirmarse el dato no se admiten visitas bajo ningún concepto! Acompáñeme a mi despacho —ordenó con voz regia el director.

Alfonso al fin veía luz y tenía la sensación de que el mismísimo cielo que hasta ahora había tenido un intenso color negro, se abría y daba paso a la claridad total. Era como si después de varios días seguidos de noche aciaga, cerrada y tormentosa, aparecía un sol en el horizonte que daba luz a todo y le regresaba a la vida. Ya en el despacho del director al que accedieron por un de atrio interior sin contacto con los internos, éste preguntaba a Alfonso por la filiación exacta de Fornitura.

—Se llama —respondía Alfonso preso de emoción—, Almudena Quintana de la Iglesia y su padre por si el dato le sirve, es o mejor era, un militar de alta graduación que acaba de fallecer recientemente en un siniestro marítimo.

—¡Veamos! —exclamó el médico mientras repasaba una lista de pacientes con minuciosidad exagerada— ¡Estamos de suerte! ¡Sí, aquí se encuentra! Almudena está con nosotros desde hace un par de meses en el pabellón de mujeres pobres.

Alfonso temblaba de emoción y miedo a la vez. Como en otros momentos de intensidad emocional, su corazón volvía a latir

desenfrenadamente. Por momentos, otro ataque de terror frío y una rigidez mórbida se adueñaban de él, convirtiéndolo en una especie de pelele humano e inanimado. Cuando pudo saber por fin la ubicación definitiva y sabiéndose que Fornitura estaba instalada en el pabellón de mujeres que asistía la beneficencia y rezaba como indigente y sin posibles, Alfonso no entendió como podía haber llegado hasta esa situación límite. El médico, daba detalles del ingreso que leía con detenimiento de un informe que portaba delante de él. Alfonso no paraba de lanzar preguntas como si de otro interno se tratase.

—¿Dónde está? ¿Va a salir pronto de aquí? ¿Es irreversible su locura? ¿Hay medicinas para curarla?

—Todo ha sido imposible con ella —aclaraba el doctor—. La medicina y la ciencia lo han hecho todo sin tener respuesta. Además, insistió el galeno, su negativa a colaborar ha ido en su contra. Hemos tenido que recurrir a sedarla para administrarle alimento y aun así, los resultados están a la vista…

—¿Dónde estaba usted cuando la señorita Almudena Quintana entró en este estado si es verdad que dice ser su novio? —preguntó crudamente el director del manicomio.

Alfonso arrancó a llorar, como nunca antes en sus treinta y cuatro años de edad lo había hecho. Sus manos agarraban fuertemente la parte posterior de su cabeza mientras apoyaba la frente sobre un muro de piedra ante la mirada de los presentes. Tenía mucho que ver en la situación de su amada y no podía retener su impotencia y su rabia siendo presa de la desesperación. La única idea que le pasaba por su cabeza, era la de acabar lo antes posible con su vida por haberla dejado sola en un Madrid ahora maldito e indeseable.

XX-AL FIN JUEVES

El chófer acudía puntualmente a la puerta de la pensión a la hora que habían acordado a comienzos de semana. Como el Wolsley le daba ocasionalmente problemas de arranque, decidió como otras veces dejarlo en marcha mientras le avisaba. Venancio el taxista, y que hacía verdaderamente el agosto en el mes de marzo con Alfonso, nada más verlo le demandó novedades, puesto que, a fuerza de compartir viajes y búsquedas, la situación comenzó a serle tan familiar que sin reparos pasó a unirse a ella por la relación establecida con su generoso cliente. Vicente era un hombre tranquilo y con semblante serio, gesto que se traducía en que en más de una ocasión y al verlo la gente pegado como un sello a Alfonso, le hicieran pasar por escolta de algún despabilado alcalde de provincias o diputado a cortes de turno. Nada más verlo y tras el saludo protocolario comentó:

—Le noto cansado don Alfonso, ¿ha dormido usted bien esta noche? ¡Pero alégrese hombre que hoy va a ver a su novia con toda seguridad!

—Dios le oiga Venancio. Desde el lunes que nos despedimos, no sé lo que es la vida y apenas si he podido conciliar el sueño ni encontrarme conmigo mismo un solo minuto. He perdido las ganas de todo y me muero poco a poco de pensar en la situación en que la vea hoy.

—¡Si usted quiere puedo entrar a acompañarle! Así —continuaba el chofer—, se sentirá menos solo.

—Como quiera Venancio, aunque he pensado que antes de llegar podríamos parar en algún sitio por comprobar únicamente si este maldito apetito sigue vivo.

—¡Es una buena idea don Alfonso! Si usted quiere paramos en la venta donde estuvimos la última vez, y si después de tomar un vermú eso que usted dice le aparece, podemos dar cuenta de algunas de las exquisiteces que allí se cocinan. Yo invito hoy —recalcó el taxista.

La venta estaba repleta de gente y allí coincidían muchos familiares que agotaban los instantes finales previos a la visita a sus enfermos o conocidos a la Casa de Dementes de Santa Isabel. Después de tomar un aperitivo a duras penas y de dar Venancio

buena cuenta de una generosa ración de chorizo al vino, retomaron la marcha hasta plantarse a las mismas puertas del manicomio. Una ingente multitud se arremolinaba a la espera de iniciarse el horario de visitas. El jolgorio era inusual porque la gente vociferaba sin parar y reía como si a algún acto lúdico estuviesen asistiendo o también, como si en los prolegómenos del segundo acto o al descanso de una obra de teatro se tratara. No le alcanzaban sus entendederas a ninguno de los dos ni comprendían como la gente no guardase respeto y silencio a favor de los que encarnizadamente luchaban contra la locura de muros para adentro. Es posible —imaginaba Alfonso—, que la gente desde la risa y el júbilo apacigüe la pena por los que sufren en Santa Isabel; es también probable que todo sea una catarsis o se trate de una venda que les cierra los ojos ante la dura realidad irreversible. Cuando llegó la hora de la entrada varios celadores y vigilantes organizaban turnos, y establecían seis filas de otras tantas categorías, quedando manifiesta las diferencias relativas al origen de los huéspedes y a su condición de ser varón o hembra. Alfonso, al que no se le separaba un momento el taxista Venancio, se dirigió inmediatamente a la fila donde sabía que tenía que colocarse y en la que un celador alto y fuerte como un chopo, sostenía en su mano una lista con el encabezamiento de “Mujeres pobres”. Por fortuna ese jueves, esa sería afortunadamente la lista de visitantes que menos afluencia de personal convocaba, por lo que en pocos minutos, quedaba todo organizado y el celador que acompañaría en todo momento a los de fuera, distribuiría por orden de llegada a los mismos en las diversas dependencias. Cuando llegó el turno a Alfonso, el tercero de su lista en la visita, y al escuchar en boca del celador el nombre de Almudena Quintana, supo que todo había llegado a su momento y que aunque su debilidad ese día le había jugado una mala pasada, y que en algunos instantes llegó incluso a tirarle del brazo a Venancio para sacarlo de allí y darlo por olvidado todo. Ya no podía dar marcha atrás ni volver la cara ante la única realidad que existía. Una monja de la caridad que ayudaba a las internas y que formaba parte de la institución, recogía la orden y el nombre de la enferma que en el día de hoy tenía visita. Todo estaba meticulosamente organizado. Al menos esa era la impresión que se apreciaba o se quería trasmitir. Una sala con una veintena de mujeres se alzaba ante los ojos de Alfonso. Todas vestían uniformemente en esa dependencia, y la sensación de orden y limpieza se podía apreciar como si todo formase parte de una escena de teatro ensayada hasta la saciedad sin ningún fallo de puesta en escena.

—Allí tiene usted a Almudena —indicó la monja—. Procure acercarse con tranquilidad y háblele despacio intentando no alterar su descanso —repuso sor Catalina.

Ante sus ojos se presentaba aparentemente una mujer delgada, casi raquítica y con el pelo cortado. En una posición fetal sobre un taburete grande de madera en el que se posicionaba y con el uniforme gris que le asignaban a los pobres y la diferenciaba del resto de categorías de los internos, se balanceaba lentamente con la mirada perdida hacia el infinito. ¡No puede ser ella! —pensó Alfonso— No quería que fuera ella y solo cuando se acercó a poco más de un metro y pronunció su nombre sin respuesta, Alfonso la reconoció pese a estar ausente y físicamente trasformada por su debilidad. Todo era como sacado del pozo de los miedos; su cara se había cambiado en un rostro sin sonrisa e inexpresivo; las manos habían perdido esa sensibilidad que sin tocarlas irradiaban y que ahora se tornaban débiles y frágiles. Lejos de encontrarse en ella algún signo que la pudiese identificar a la manera de meses atrás, aparecía un ser inerte y famélico que nada tenía que ver con la mujer con la que Alfonso compartía meses atrás los mejores momentos de su vida. Volvió a llamarla otra vez por su nombre sin respuesta:

—¡Almudena…soy Alfonso! ¿No me reconoces? ¡He venido a verte amor mío!

Pero todo era inútil. No aparecía ninguna respuesta y solo el silencio era contestado con más silencio. Alfonso lloraba bajo la atenta mirada de Venancio que de vez en cuando lo cogía por los hombros. Mientras intentaba agarrar su mano, Fornitura la rechazaba una y otra vez cuando sentía la de Alfonso, como si tratara de un objeto incandescente que roza por momentos una piel delicada y la quema.

—¡Mírame! ¡Quiero ayudarte! —decía una y otra vez Alfonso con los ojos llenos de lágrimas— ¡Tienes que ponerte buena para volver al Madrid que dejamos a medias! Cuando terminemos de hacerlo nos casamos y nos perdemos por donde tú quieras: a Aranjuez, a Villaencina, a Granada a conocer a Federico para seguir haciendo teatro… ¡Dime al menos que estás bien, que eres feliz en este estado de letargo que te ha regalado la vida!

Solamente algún quejido y un grito lastimoso emitido por alguna de las enfermas compañeras de la sala parecían hacerle reaccionar. Un leve movimiento de cabeza intentando detectar el origen del sonido supuso la única forma en la que estableció comunicación con lo que le rodeaba.

Alfonso insistía una y otra vez sin encontrar nada que fructificase. Todo era como una semilla a la que el destino y la mano de un labrador cruel esparcen sobre una roca sin esperanzas de vida. Incluso su respiración era lenta como si tampoco tuviese ganas de tomar el aire necesario para vivir y sintiese la necesidad de morir poco a poco. Todo se perdía y todo acababa sin piedad. Ahora más que nunca —pensaba Alfonso—, la muerte a la que tanto miedo tuve no es nada comparado con el sufrimiento y la agonía de Fornitura, y la deseo para los dos, como se desea el agua en los momentos de sed intensa. ¡Quiero morir contigo en la locura lo antes posible y poder estar juntos para siempre! ¡Quiero llegar caminando hasta tus adentros para compartirlos y despertarlos con bríos y a la vida de otra forma! Déjame que te acompañe en este tránsito amargo y doloroso. Porque vivir así es perder el resuello poco a poco; adentrarse en la oscura profundidad de los infiernos para acabar depositado a sus cenizas. Y todo resulta como si nada de lo que nos había sucedido antes fuera realidad.

Antes de regresar a Villaencina y pese a no poder verla por no ser día habilitado para visitas, Alfonso volvía al manicomio porque había comprometido una cita con el director médico del mismo.

—El pronóstico es irreversible —manifestaba el galeno—, y siento decirle que nos tememos lo peor de un día para otro. Desde que usted la visitó el jueves pasado, su evolución ha sido negativa. Tuvimos que administrarle unos sueros glucósidos porque su debilidad era tal que no se sostenía de pie. En estos momentos se encuentra bajo sedación y a la esperas de lo peor. Todo ha sido muy rápido y no hemos podido hacer nada por ella —continuaba el médico—. Si me permite un consejo, prepárese para lo peor que está por llegar de un minuto a otro, y si le es posible, no vuelva por aquí porque será la beneficencia la que se encargue de todo. La muerte es desagradable en cualquier momento y en cualquier lugar —proseguía el director—, pero lo es todavía más entre estas cuatro paredes. Lo mejor que puede hacer es retomar su vida y volver junto a los suyos y si nos deja una dirección, le mandaríamos un telegrama en el peor de los casos.

—Ah, se me olvidaba, —facilítenos un número de teléfono—, intentaríamos darle novedades mediante una conferencia al lugar donde nos lo indique.

Días después de la visita a la Casa de Dementes Santa Isabel en Leganés, y ya de vuelta en Villaencina, Alfonso recibía una carta

firmada por Emeterio donde le comunicaba la muerte de Fornitura. Los médicos de Santa Isabel o la beneficencia, deberían de haber estado extraordinariamente enfrascados en sus tareas como para cumplir lo que el último día le prometían a Alfonso y nadie, ni por teléfono ni por telegrama, le había avisado de nada. El militar amigo de la familia de Almudena, el mismo que los puso en la pista para su búsqueda, transmitía la desagradable noticia de muerte a Emeterio que no dudó en mandarle una carta urgente a Alfonso para comunicárselo. Todo había terminado definitivamente y nada quedaba para él en este mundo; no quería vivir aunque lo disimulaba, y no deseaba con más intensidad nada más que el fin de su existencia.

XXI-LA FIESTA FINAL

Las tensiones locales entre el Ayuntamiento de Villaencina y la Guardia Civil por afinidades políticas contrapuestas parecían haberse solucionado con la llegada de Alfonso, o como por arte de magia. Ahora los dos poderes públicos del municipio borraban sus antagonismos y marchaban de la mano como cualquier pareja de novios bien avenidos que aprovechaban cualquier momento en el que se cruzaban para lanzarse guiños, como si una relación romántica empezase a formalizarse. A alguien de uno u otro estamento, se le ocurrió la idea de organizar una fiesta donde se enterrasen de una vez por todas las desavenencias, y cada institución, enviase a un grupo de sus representantes para celebrar un día de convivencia y acercamiento. También se pensó en la misma como motivo de festejo por la vuelta de Alfonso porque los acontecimientos por los que había pasado en los últimos meses, y en los que se había visto por caprichos del destino atrapado, despertaron en muchos de sus allegados e incluso en sus propios padres, la idea de no volverlo a ver jamás. Igualmente la continua sensación del nido vacío para Tomás y Mariana que empezaba a recuperarse era motivo para una celebración por todo lo alto. Todo tenía que ser razón para el júbilo y la fiesta, puesto que además la muerte de Fornitura, parecía empezar a superarse por la actuación del tiempo implacable que operaba a modo de borrador sobre una pizarra en la que se habían escrito y subrayado unos apuntes que recogían momentos desagradables para cierta persona. Se había determinado un sitio cercano y casi equidistante a los dos organismos; se habían elegido unas personas y se preparaba a conciencia y minuciosamente todo el acto porque la ocasión así lo requería. El olivar en el que se había pensado inicialmente como lugar de encuentro quedaba lejos de Villaencina, por lo que rápidamente la idea era descartada ya que la celebración de un bochinche festivo a tanta distancia del pueblo, ocasionaría problemas de logística y trasporte difíciles de tener la solución adecuada. Al final un salón que se destinaba habitualmente para celebraciones y bailes era el elegido, cuyos gastos de arrendamiento serían sufragados totalmente por el Ayuntamiento porque así lo estimaba el propio alcalde en un alarde de generosidad nunca visto.

Además las condiciones que el del Salón de la Zorra reunía, le colocaban como sitio ideal. Para la ocasión incluso se había requerido la actuación de una orquesta local que se encargara de amenizar el acto, y que con sus sones, diera un matiz más animado a lo que ya era considerada por muchos como el acto donde quedaba patente quien ostentaba la verdadera autoridad en el municipio. La intendencia corría en su mayor parte por cuenta del Ayuntamiento, aunque algunos particulares y familiares se habían comprometido a aportar comidas y bebidas. Mariana había preparado en la tarde de antes tres docenas de huevos con los que una vez cocidos, pelados y partidos por la mitad, fueran confitados a modo de gallitos con pimiento morrón asado, sal y pimienta molida en algunos de ellos. Ese mismo día con dos conejos y una perdiz que le habían regalado a Alfonso por su vuelta, preparó una vez asada la carne y organizados convenientemente todos los ingredientes, un salmorejo jarote que se reservaría para postre o según las ganas, sería distribuido a discreción entre los comensales. El alcalde y a modo de único anfitrión, se comprometía una vez más con el acto y mandaba llevar al salón unas arrobas de vino que esa misma mañana recogería Teófilo con su carretilla en la taberna de Zaleas y una caja de botellas de licores varios de la fábrica de aguardientes que se encontraba cercana y al paso del salón de La Zorra.

El lugar escogido para la fiesta era grande y como el día acompañaba, se dispusieron en un corral aledaño al mismo unas piedras grandes que aguantarían dos parrillas enormes donde se encendería la candela de encina y se asaría el borrego que el teniente de la Guardia Civil se había comprometido a aportar. Eso sí, bajo el compromiso de ser asado una vez encendido el fuego con sarmientos secos de parra que alguien le había hecho llegar de las vides de los alrededores y que él mismo como buen riojano, estimó porque “la carne asada de esta manera alcanza otras cotas de sabor y aroma que la hacen insuperable”. Dos vecinas de la calle de Alfonso habían frito un lebrillo de flores de huevo, leche y harina; otro de rosquillas con miel, que unido a una fuente generosa de cagajones espolvoreados con azúcar, completaban el menú de la “festolina”. Los licores y un café de puchero acompañaron a la dulcería, y cuando las risas y el bullicio solo se interrumpía porque la orquesta arrancaba con algún que otro pasodoble o pieza al gusto de los asistentes que le fuera solicitada, el respetable daba en llenar el espacio destinado a pista de baile. Este era ocupado fundamentalmente y en un principio hasta que los ánimos así lo

dictaminaban, por parejas de mujeres que con virtuosismo daban rienda suelta a sus cuerpos danzantes. Los hombres mayormente se arremolinaban junto a una pequeña barra de madera de nogal donde como había quedado claro antes de comenzar el convite, cada uno sería dueño y a la vez camarero de sí mismo, sirviéndose buenas dosis de bebida a la espera de que determinadas condiciones marcadas por el pudor o la desvergüenza, posibilitaran el oportuno cambio de pareja para el baile. Algunos corrillos empezaban a formarse en el salón dando muestra suficiente de las consecuencias del licor, y algún que otro invitado, desafiaba a la orquesta a la que con más gracia que arte imitaba a viva voz en alguno de los temas instrumentados ante el consiguiente regocijo de los asistentes. Otro corrillo donde se encontraba el alcalde, debatía acaloradamente sobre política local y una supuesta subida de tasas y tributos que no por dejar de ser necesaria, estaría peor recibida. Teófilo que desde las dos de la tarde y cuando si apenas se llevaban poco más de una hora de fiesta, había dejado de ser persona para convertirse en hijo del dios Baco. Pasó a tal estado que en pocos minutos y sin probar bocado, balbuceaba sin decir “aguas claras”. Para colmo y al igual que el famoso día de Los Santos le dio llorona, y al poco tiempo, redimía sus culpas y pecados entre los asistentes que por conocerlo de sobra apenas si le concedían atención. Uno de ellos por hurgar en la herida, preguntó pronunciando su nombre por la salud de la viuda que pretendió recientemente Teófilo. En ese preciso instante, y como cuando un torniquete corta la salida de sangre de una herida, las lágrimas cesaron de inmediato al recordar a Brígida la viuda, y una sonrisa de oreja a oreja cambiaba su cara. Al tiempo y entrecortando las palabras, cogía entre sus brazos una silla de madera y decía:

—¡Amor mío! ¡Ahora vamos a bailar estos pasodobles agarrados y sin caernos! ¡Tú no te preocupes que yo te llevo!

Toda la reunión lejos de confabular una mofa general imitó en su mayoría al beodo y al tiempo que la pequeña orquesta que no perdía detalle de lo que acontecía arrancaba con un pasodoble, el respetable asiendo cada cual una silla al modo de Teófilo bailaba extasiado prorrumpiendo vivas y olés hasta que finalizó la pieza. Al término de esta y a la que no se había sumado ni el alcalde ni el teniente por considerarlo poco decoroso, la caterva prorrumpía en una sonora ovación a la vez que se dirigía al Carretillas sabedora de sus aficiones taurinas, vitoreándolo con el grito unánime de: “torero” “torero”.

Alfonso había estado durante toda la celebración parco en

palabras. A excepción de una pequeña presa de carne asada del susodicho borrego que se llevó a la boca y un sorbo de salmorejo, apenas si cató ninguna de las delicadezas que se habían preparado para la ocasión en honor suyo. Sus padres, al igual que su amigo íntimo Nicolás no entraron de lleno en esta especie de alboroque villano y le insistían una y otra vez hasta los límites del hartazgo en probarlo todo. Eran sabedores de la buena boca y apetito que "el niño" —como le denominaban cariñosamente sus padres— tenía, y que siendo motivo de homenaje, su inapetencia y su semblante serio durante el tiempo que hubo trascurrido desde el inicio del festín, no les había pasado desapercibido. Tampoco el hecho dejó de preocupar a su amigo, que habiendo advertido algo raro desde muy temprano de esa misma mañana, no le dejó un solo momento aislado. En uno de los muchos momentos de risas y relativo descontrol del ferroviario, fue consciente de manera súbita que pasaba más de media hora en la que Nicolás había perdido de vista a Alfonso dentro de la reunión. Pensaba que dada la concurrencia de invitados, familiares, guardias y personal del ayuntamiento, y el continuo entrar y salir de los mismos del salón, tampoco tendría que ser de mayor importancia la ausencia de cualquiera de ellos. Podrían existir mil motivos justificados como para que en un momento determinado cada cual tuviera la capacidad voluntaria de desaparecer de escena, pero para Nicolás el episodio del baile de la silla acabó por ponerlo en alerta. Durante el mismo e incluso en sus prolegómenos, Alfonso había desaparecido del salón, y por momentos tuvo una ingrata corazonada después de haber cruzado con él una mirada perdida pocos minutos antes dejándole una sensación preocupante.

—¡A este hombre no lo he encontrado bien en todo el día de hoy! Me ha dado la sensación que no paraba de darle vueltas a su cabeza, y conociéndolo como le conozco, eso me ha da que pensar —decía Nicolás a su señora que también asistía a la fiesta.

—¿Has salido a buscarlo fuera del baile? —preguntaba ella.

—Sí. Lo he buscado ya por todas partes e incluso he bajado en un par de ocasiones a la calle y a la plaza del Carmen por si se encontraba paseando pero mi búsqueda ha sido nula. Tal vez —continuaba Nicolás—, podría darse la circunstancia de que haya ido al Ayuntamiento que está cerca de aquí a por algo o a dejar alguna razón.

—¡Acércate Nicolás! ¡Que por preguntar no se pierde nada! —insistió su mujer.

Nicolás, con un trozo de rosquilla enmelada en la mano derecha,

y otro deshaciéndose lentamente en el interior de su boca asentía a su señora, y cuando era capaz de tragar el dulce empujado por una corriente generosa de licor de bellota que algún invitado le había arrimado le dijo a la misma:

—Ahora mismo voy a buscarlo al Ayuntamiento. De paso preguntaré al primer municipal que encuentre en el cuerpo de guardia por si lo han visto pasar o me puede informar de algo sobre su paradero.

En tres pasos se plantaba en el ayuntamiento y el azar permitía que el guardia que ese día se encontraba en la puerta de la casa consistorial, se hubiese percatado del paso de Alfonso por la Plaza de la Constitución en dirección a la Iglesia haciéndoselo saber a Nicolás.

—Lo he visto pasar casualmente hace un cuarto de hora para la iglesia —dijo el guardia de los municipales, y me parece que ha entrado a la vuelta por la puerta de la sacristía. Iba con prisas, aunque dudo mucho que don Alfonso vaya a rezar a estas horas dado lo poco habitual a concurrir esos lares.

Nicolás intuyó súbitamente que algo raro pasaba, y corriendo como pudo y a duras penas, alcanzó la iglesia de San Miguel entrando por la puerta que frente al Ayuntamiento permanecía abierta. Al momento, ya en el interior, de un golpe de vista rápido notó cómo el acceso de subida al coro y que permitía a su vez encaramarse a la torre se encontraba entreabierto.

—¡No me digas Nicolás que es verdad lo que presiento y que este cobarde va a cometer una locura! —pensó para sus adentros— Como pudo, y con el corazón en la boca por su sobrepeso, ascendió extenuado los treinta y tantos metros de escalera de caracol de granito hasta el primer cuerpo de la torre. Cuando llegó pudo advertir pese a su cansancio y jadeante respiración, como dos personas discutían acaloradamente en la distancia sin que todavía las pudiese ver ni identificar. Al girar uno de los vanos de la espadaña, observó con asombro como Dolores, una joven que le habían presentado recientemente, gritaba como poseída por el diablo a Alfonso que subido en la barandilla de hierro de la torre apoyaba una de sus manos sobre el muro de piedra, mientras la otra apretaba sus ojos para hacer la oscuridad con la firme propuesta de lanzarse al vacío.

—¡Qué vas a hacer cobarde! —gritó desaforado Nicolás— ¿Acaso quieres terminar por la vía rápida y cómoda con tu vida? ¡Mal amigo! ¡Mira quién tienes delante tuya y afronta los designios de la vida sin miedo pedazo de cabrón! ¡Date al menos otra

oportunidad entre los mortales, porque si mueres, se te acabó la mojiganga! ¡Y que sepas, que todavía quedan muchos olivares en el pueblo por vender! ¡Insensato!

FIN

[image][image][image]